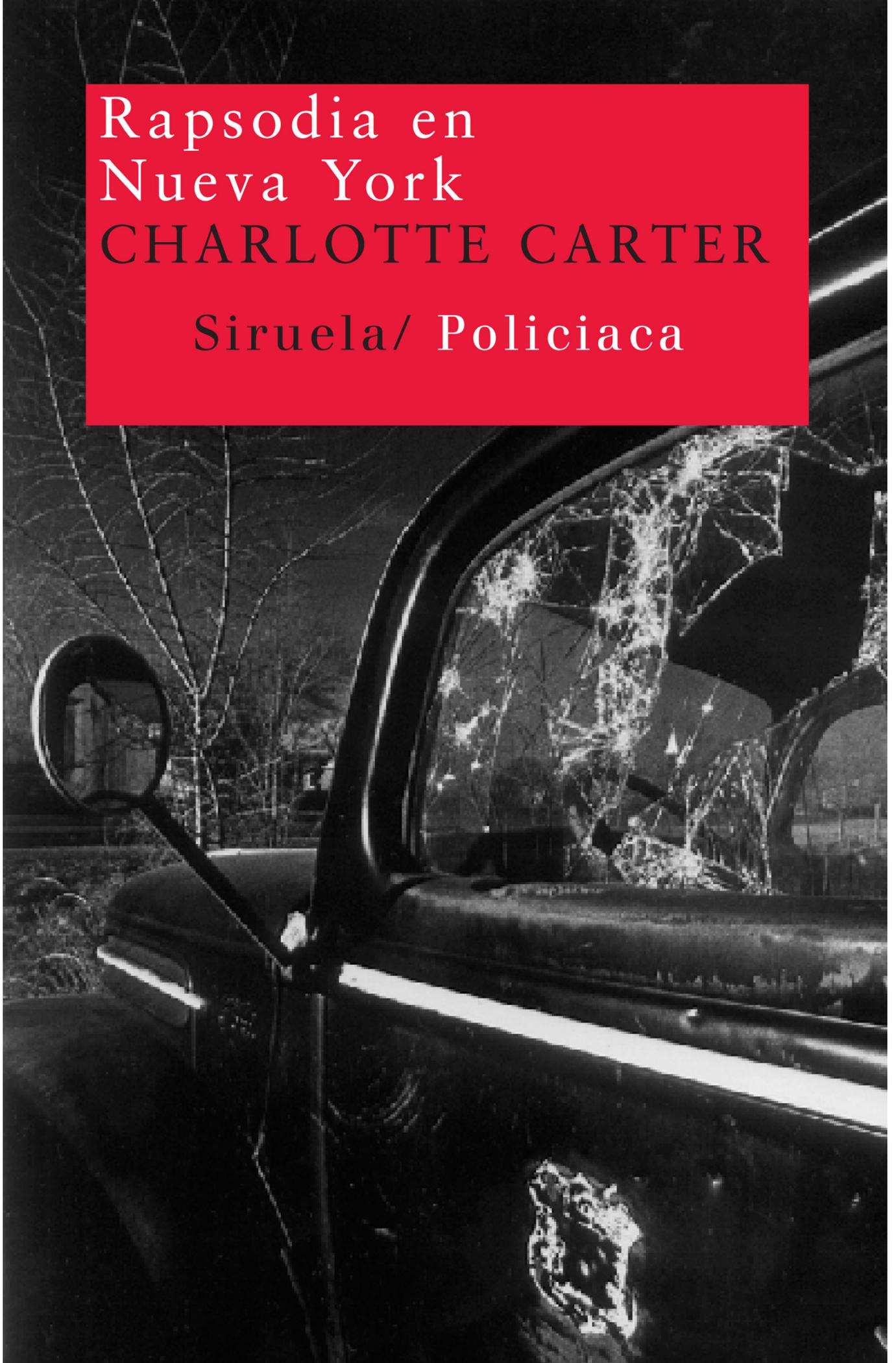


Rapsodia en
Nueva York
CHARLOTTE CARTER
Siruela/ Policiaca



**CHARLOTTE
CARTER**

**Rapsodia en
Nueva York**

 **Siruela**

Charlotte Carter

Rapsodia en Nueva York

Traducción del inglés de
María Corniero

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

Rapsodia en Nueva York

'Tis Autumn [Es otoño]

It's Magic [Esto es magia]

Repetition [Repetición]

Black Coffee [Café solo]

Filthy McNasty [El asqueroso McMalo]

Let Me Off Uptown [Déjame en el norte de la ciudad]

Fine Brown Frame [Un estupendo chasis moreno]

It's Easy to Remember [Es fácil de recordar]

The More I See You [Cuanto más te veo]

I Remember You [Te recuerdo]

It Shouldn't Happen to a Dream [No debería sucederle a un sueño]

Deep in a Dream [En las profundidades de un sueño]

It's Always You [Siempre eres tú]

Darn That Dream [Que lo zurzan a ese sueño]

Close Your Eyes [Cierra los ojos]

We see [Veamos]

Ask Me Now [Pregúntamelo ahora]

Blue Room [El cuarto azul]

As Long as I Live [Mientras viva]

Blood Count [Recuento sangriento]

Something to Live For [Algo por lo que vivir]

Agradecimientos

Créditos

Rapsodia en Nueva York

A los tres Bennys: Carter, Golson y Green,
cuyos temas de jazz me encantan
aunque a veces me confunda al atribuírselos.

Y en recuerdo de Robert Holkeboer.

'Tis Autumn [Es otoño]

–¿Quién se ha metido con Charlie Rouse? –pregunté despacio, con un tono pendenciero y desabrido–. ¡Me voy a cargar al gilipollas que hable mal de él, maldita sea!

Se hizo el silencio en la sala.

–¿Quién? –chillé, a la vez que volcaba varios vasos. Me planté en jarras. Debía de tener un aspecto verdaderamente feroz, porque un par de mujeres sentadas en el sofá de módulos empezaron a arañar las mangas de las chaquetas de sus acompañantes.

–Esto... ¿Nan? Creo que ha llegado el momento de irnos a casa.

Lo miré –a mi insignificante ligue– con indecible desdén.

–Quítame las manos de encima, mamón. Vete tú a casa si quieres. Yo voy a tomarme otra copa.

–Ya has bebido suficiente, Nan. Vamos a buscar tu abrigo –parecía el cómico Richard Pryor cuando pone acento de blanco histérico.

No voy a recordar lo que le dije en aquel momento. Me daría demasiada vergüenza. Sólo sé que fue algo rastrero, cruel y totalmente fuera de lugar. No era consciente de llevar dentro tanto veneno hasta que lo escupí.

El tipo se alejó de mí, tan incómodo como un maestro de escuela dominical en un burdel de Storyville. Lo había puesto como un trapo delante de sus amigos... en fin, que eran amigos suyos no es más que una suposición. Cabe la posibilidad, aún peor, de que fueran compañeros de trabajo, cualquiera que fuese su trabajo. Lo cierto es que no recuerdo cómo se ganaba la vida; ni recuerdo qué aspecto tenía, sólo sé que era un negro alto con calzado elegante; y tampoco recuerdo de quién era la casa donde estábamos; todo lo cual se explica porque ese día, como desde hacía meses, me había pasado con la bebida.

Bueno, puestos a ser sinceros, eso de que me había pasado con la bebida es un eufemismo risible. En realidad, en aquella época bebía en plan suicida.

Para hacerle justicia, a mi ligue, quienquiera que fuese, he de decir que al final resultó no ser tan poquita cosa. Al terminar mi infame monólogo revientafiestas, me encaminé de nuevo hacia la mesa donde una preciosa joven negra con rastas y delantal blanco servía las bebidas. No conseguí llegar allí. Sin darme tiempo a que me percatase de lo que pasaba, mi hombre me agarró por el cuello de la blusa. Salí despedida por la puerta principal con tal fuerza que reboté

contra la pared del fondo del ascensor, allí a la espera, y aterricé sobre el panderero. Una fracción de segundo después, mi chaquetón marrón de ante surcó el aire hacia mí; cualquiera lo habría tomado por Rocky, la ardilla voladora.

Bajé al vestíbulo sin parar de proferir maldiciones y pasé haciendo eses ante el silencioso portero, que si duda había presenciado todo el episodio en su pequeño monitor de seguridad.

Era una noche de sábado. Lo recuerdo porque todo estaba lleno de parejas que habían salido a dar una vuelta. Parejas a las que yo miraba con odio. A las que me daban ganas de cortarles la puta cabeza al verlas tan felices en mutua compañía.

¡Cómo se atreven a estar felices! ¡Cómo se atreven! Deseé llevar encima el revólver.

Y una copa. También deseé llevar encima una copa más.

No pretendo dármelas de perdonavidas ni nada por el estilo... no son cosas como para alardear de ellas. Estaba desbocada y lo sabía.

La primavera pasada, a mi regreso de París, me había hundido en una profunda depresión pos-relación amorosa. Una depresión que se fue asentando y agravando a lo largo del desagradable verano neoyorquino, en el que me ganaba el sustento día a día, tocando el saxo en la calle durante muchas horas y con algunas clases y traducciones que me iban cayendo. No buscaba más compañía que la de mis mejores amigas, la señora ginebra y la señora tónica. Dejaba puesto todo el día el contestador automático y casi nunca devolvía las llamadas. Estaba demasiado desquiciada para leer, demasiado decaída para escribir, no salía con amigos ni con ningún hombre, y sólo mantenía un contacto esporádico con mi madre y con mi amiga de toda la vida, Aubrey, lo justo para que supieran que seguía viva.

Cuando bajó la temperatura me pasé al bourbon. Durante el mes de septiembre me bebí si no un Amazonas de whisky sí un afluente importante. Y además me compré un revólver.

A una vecina mía la habían violado el fin de semana del Día del Trabajador. Según los maderos, era el mismo violador en serie que había actuado más hacia el norte de la ciudad. Presa de un nihilismo creciente, compré ilegalmente un revólver, pensando que si el tipo venía a por mí, yo cerraría la serie, porque le iba a quitar de en medio. Era perfectamente consciente que el cerdo de mierda tal vez me llevara a mí por delante. Si las cosas llegaban a ponerse así... qué le íbamos a hacer.

Conocía a un músico de conga, Patrice, de Haití, a quien le hacía gracia. Un hombre encantador, aunque, como decía él, nunca llegamos a sintonizar del

todo nuestros ritmos. Un primo suyo era especialista en reunir a cada persona con el arma que mejor le iba. Patrice y yo aprovechamos la ocasión para festejar la noche. Primero me llevó a cenar a un restaurante filipino de la Primera Avenida; después, a un nuevo club de la Avenida A, donde un grupo con un saxo tenor fantástico actuaba por primera vez con un vocalista que empezaba a descollar; al final, avanzando cada vez más hacia el este, nos metimos en las tripas de un edificio de ladrillo rojo de la Avenida D.

El primo, cuyo nombre no llegó a mencionarse, era un tipo siniestro. Pero lo importante es que, cuando salí de nuevo a la calle, iba equipada con un pequeño Beretta prácticamente nuevo, que, según me dijeron, había pertenecido a una ex policía que lo había cambiado por heroína. Me encajaba perfectamente en la mano, pero tenía garantizada la potencia de un arma mucho más aparatosa. Y, gracias a que pasé por ser la chica de Patrice, recibí como regalo de la casa munición reglamentaria y de fogueo.

Al violador lo atraparon, afortunadamente para él y para mí.

Circulaba por el mundo sumida en la melancolía, la agresividad o la amargura, sin gratitud hacia la vida ni las menores ganas de vivir. Nada me conmovía. Y cuando digo nada, no lo digo por decir... ni un maravilloso solo de saxo tenor que escuché en la radio, ni los mágicos tonos dorados y cobrizos que cubrían parques y jardines, ni siquiera una buena hamburguesa. Seguí representando el papel de Doña Perdonavidas, Nan, la dura, con su baqueteado saxofón. No le gustaba cómo estaban las cosas, pero aguantaba la soledad a pie firme y se lo tomaba como un hombre.

En octubre tuve tres o cuatro amantes. Vaya, otra vez se me ha escapado un eufemismo. Cuatro hombres en un mes, a los que no vuelves a ver el pelo... más que amantes son trucos de magia. Las borracheras continuaron con la misma intensidad, y el aislamiento, y la sensación de estar fatal y no saber cuándo se van a levantar los nubarrones, o si llegarán a levantarse.

Mi amiga Aubrey no me había abandonado por completo; claro que no. Pero estaba hasta el moño de mis despropósitos autodestructivos. Hablábamos por teléfono, pero casi nunca quedábamos para cenar o ir a visitar a mi madre... ni para nada. Las cosas no iban bien entre nosotras desde hacía meses... desde que regresé de París con el corazón destrozado por mi aventura amorosa. En las raras ocasiones en que nos veíamos, sólo conseguíamos sacarnos de quicio mutuamente.

Y de pronto ya estábamos en noviembre. Seguía deprimida y más insoportable que nunca. ¿Qué podía hacer? Sabía que mi representación de Doña Perdonavidas era pura autocomplacencia. Pero estaba dolida; terriblemente dolida. Y entonces, una noche, conocí a ese tipo en un club de jazz –si no recuerdo mal– y traté de animarme un poco teniendo un rollete.

Segunda toma: la trepidante fiesta en el rascacielos de lujo aquella noche de sábado en la que me pasé *veinte pueblos*.

Que nadie vaya a pensar que el señor y la señora Hayes criaron a una hija salvaje; siendo como soy una persona de cierto refinamiento, no estaba acostumbrada a que me instasen a irme de casa de nadie, y mucho menos a que me arrastrasen por el cogote y me tirasen al ascensor como una caja de lechugas podridas.

Sin embargo, sabía que me merecía lo que me hizo aquel tipo... y mucho más. Había tenido un comportamiento abominable.

Salí al fresco aire de noviembre, en el que ya se presentía el invierno, y vi a todas esas parejas vestidas con grandes jerséis paseando abrazadas. Y riéndose – eso es lo que verdaderamente me dolió–, aquella risa melodiosa que te dejaba al margen. Salían de tomar una cenita en un restaurancito italiano. Regresaban a casa después del cine. Se detenían a pedir un puñetero descafeinado de máquina. Iban a escuchar música a algún local con las luces bajas. Sentí un vivo deseo de matar a alguien.

En el fondo, no deseaba eso en absoluto. Más bien lo contrario. Para ser precisa, deseaba a André, el hombre al que había encontrado y al que había perdido en París.

Me subí la cremallera del chaquetón, crucé la calle y apreté el paso para que me perdiera de vista el portero, que en ese momento me miraba como si fuera un ejemplar de zoológico. Conseguí por los pelos meterme en el zaguán del estanco cerrado antes de que reventaran las compuertas que contenían las lágrimas. Me vine abajo y estallé en desconsolados sollozos. Lloré como quería llorar desde hacía meses sin conseguirlo. Con la boca abierta de par en par, casi a gritos, en plan testimonial. Los mocos me caían hasta la barbilla, largos como cirios. Lloré con tanta fuerza y durante tanto tiempo que acabó por sangrarme la nariz.

Las escenas de este tipo son comunes en la ciudad: pobres desgraciados, mujeres por lo general, que lloran a mares en público, sin el menor sonrojo. El dolor es casi tangible. De pronto se te forma en la garganta un nudo de empatía. Tú también quieres llorar. Tú también te sientes desconsolado. Pero no te detienes, no interfieres, pasas de largo. Y, en esta ocasión, la pobre desgraciada, la que estaba dando el espectáculo era yo.

Nadie me hizo ningún caso. Nueva York es así.

Por fin escampó la tormenta. Me quedé agotada. Con un hambre de lobo. Y seguía muy triste. Pero, curiosamente, me sentía mucho mejor. Caminé un par de manzanas hacia el norte hasta dar con una casa de comidas anónima. Mientras me preparaban un sándwich de beicon y ensalada, pasé al lavabo y me adecenté lo mejor que pude.

Despaché el sándwich en un abrir y cerrar de ojos y me tomé una galleta rancia con la tercera taza de café. Dios mío, pensé, *espero* haber tocado fondo: una noche de sábado, sola en una taberna griega donde el hombre más atractivo que tenía a la vista estaba triturando con las mandíbulas un bocata que ablandaba sumergiéndolo en un aguado caldo de pollo, y yo con mi mejor chaquetón embadurnado de mocos sanguinolentos y la cara hinchada como un globo del desfile de Macy's. Creo que ya no se puede caer más bajo, ahora toca ir hacia arriba.

Eran casi las dos de la mañana cuando salí de la taberna. Por un instante, pensé en regresar a la fiesta para disculparme. Pero deseché esa ocurrencia de inmediato. Lo único que tenía claro era que aún no quería irme a casa. No soportaba la sola idea de entrar en mi piso vacío. Además, había alguien más a quien también debía una disculpa.

Salté al primer taxi que encontré, agradeciendo a mi buena estrella que el taxista fuera indio. No es que conozcan la ciudad al dedillo ni que sean unos conductores de primera... muchos son abominables. Pero suelen parar a los negros cuando todos los demás taxistas ni los miran, y eran las dos de la mañana y yo tenía todo el aspecto de vivir bajo el puente de Brooklyn.

En circunstancias normales, Caesar's, el club donde baila Aubrey con las tetas al aire seis noches por semana, sería el último sitio adonde querría ir. En circunstancias normales, la taberna griega de mala muerte sería preferible al Caesar's Go Go Emporium. Pero, esa noche, sus chillonas luces de neón eran un faro de esperanza que alumbraba aquel pavoroso tramo de la Sexta Avenida.

Era el turno de Aubrey y había un aforo completo. Como siempre, tenía subyugados a los hombres con sus movimientos y todos los ojos estaban clavados en el escenario.

Me abrí paso hasta la barra, donde vi a Justin, el encargado, acomodado en su taburete reservado. Me sonrió y apartó de un codazo al cliente que ocupaba el taburete contiguo para que yo me sentara a su lado.

–¡Cielo santo! –exclamó, dándome un buen repaso visual–. Espero que hayas podido anotar la matrícula del camión.

–Sí, sí, ya lo sé –me limité a decir.

–¿Es que te han atracado o algo así?

–No, estoy bien.

–¿Dónde has andado metida, Siniestro Total? ¿En la Escuela de los Feos?

No pude por menos de reírme, a la vez que me secaba una lágrima suelta que me corría por la nariz. Justin me pasó el brazo por los hombros para consolarme. Me ofreció uno de sus absurdos cigarrillos largos y yo lo acepté agradecida.

–Bueno, aunque estés hecha unos zorros, me alegro de verte.

–He pasado una mala racha. «Mala» de verdad.

–Has tenido problemas, ¿no?

–Es una larga historia, Justin. Y la habrás oído miles de veces. Sólo cambian los nombres.

–Ah –dijo con complicidad–, *eso*. No me digas más, niña. ¡Los hombres! Imposible vivir con ellos, imposible cortarles el pito.

Me invitó a un coñac sin hacer caso de mis alegaciones de que ya tenía suficiente alcohol en el cuerpo.

Nos quedamos un rato en silencio, hasta que Justin lo rompió.

–Aubrey sigue siendo la estrella –comentó, siguiendo con la mirada sus evoluciones–. Esta noche se la ve fabulosa.

Asentí con la cabeza y repetí:

–Fabulosa. Y tú, Justin, ¿cómo estás?

–¿Mi pobre persona? Tu sarasa favorito está estupendamente –ensanchó un poco la sonrisa y, más que decir, cantó–: He conocido a una persona guay.

–¿En serio? Qué genial, J. –en verdad, se le veía excepcionalmente alegre.

–¿Sigues tocando jazz, Siniestro Total?

–Sí. Sigo tocando. Este verano ha habido mucho turismo y me ha ido bastante bien. Pero voy a necesitar agenciarme alguna fuente de ingresos fija enseguida.

–Siempre cabe la posibilidad de encasquetarte una peluca para que trabajes aquí de camarera. Con esas delanteras tuyas, las propinas serán alucinantes. Tal vez podrías inventarte algún numerito de topless con el saxo. Quién sabe, cielo. Todo vale. Vaya, eso no se me había ocurrido nunca. La saxofonista especializada en topless. Imagino que con eso me aseguraría un puesto en los anales del jazz.

–Lo pensaré –dije–. ¿Cuánto crees que le falta a Aubrey?

–Unos minutos. Oye, ¿por qué no vas a esperarla al camerino? Yo me paso por ahí dentro de un rato.

Agarré la copa.

–Gracias. Nos vemos.

El cuartito de Aubrey era cálido y acogedor. Tomé unos sorbos de coñac y cogí el paquete de Newport de mi amiga, pero enseguida lo volví a dejar en su sitio con un resoplido de disgusto.

Me senté en su tocador para revisar los daños en el gigantesco espejo. Pues sí. Sobresaliente *cum laude* en la Escuela de los Feos. Lo mío era insuperable. Aunque el maquillaje no iba a servir de mucho, empecé a retocarme con una barra de labios de Aubrey.

No, estaba en lo cierto; no servía de nada. En un instante, había dibujado un

par de espantosos labios de payaso sobre mi boca. Abrí los ojos como platos y canté en *falseto*: «¡*Todos a bailar!*».

Tuve un acceso de risa histérica, que fue *in crescendo* hasta que noté la presencia de otra persona.

Oí un saludo poco entusiasta:

–Hola.

Aubrey se paró detrás de mí, observando mi reflejo en el espejo. Giré en redondo para ponerme de cara a ella.

–Dios mío, Aubrey, lo siento. Y no me refiero sólo a esto. Me refiero a esta etapa tan penosa. Ya sabes, a cómo me he portado.

Siguió mirándome impassible durante unos segundos y, después, ella también estalló en carcajadas.

Le conté la versión abreviada de la humillación que había sufrido, sin ahorrar los detalles relativos a las mujeres despavoridas del sofá y al aterrizaje del chaquetón de ante en mi cara. Como cabía esperar, eso también le pareció hilarante.

Justin nos encontró revolcándonos de risa, abrazadas.

–¿Qué escándalo tenéis aquí montado, queridas? ¿Puedo participar?

–Pues claro –replicó Aubrey–. Ya sabes que la fiesta no empieza hasta que llegas tú.

Justin dejó su disparatado cigarrillo sobre la superficie que tenía más a mano y, a continuación, con una sonrisa traviesa, nos enseñó lo que llevaba escondido a sus espaldas.

–Para ti –dijo, mirándome a los ojos–. Feliz cumpleaños, Siniestro Total.

Bajé la vista hacia el regalo: una muñeca de trapo de treinta centímetros con la «piel» marrón oscura. Y hablando de escándalos: era una voluminosa dama de edad con un mandil y un pañuelo de colorido desenfrenado: rojos, amarillos y naranjas selváticos y rayas tipo cebra. Tenía bordada con hilo blanco una expresión misteriosa en el pequeño rostro. No es que las comisuras de su boca estuvieran torcidas hacia abajo, pero desde luego no sonreía. Su pañuelo, de muchos colores combinados, por así decirlo, se elevaba sobre la cabeza en un turbante. Un arete minúsculo decoraba su oreja izquierda. Y llevaba en la mano un saquito cerrado con una cuerda.

–Ahí debe de ser donde guarda la medicina vudú –dijo Aubrey con sorna.

–Exactamente –confirmó Justin, y se volvió hacia mí para añadir–. Puede hacerle un hechizo al hombre que te ha dejado maltrecha. Lo tendrás a tus pies en un abrir y cerrar de ojos.

–Estoy emocionada, J. Pero aún faltan varios meses para mi cumpleaños.

Meneando la cabeza, me colocó la muñeca en las manos.

–¡Qué carajo! Todos los días cumple años alguien, ¿no es así? Toma, es para

ti. Sé de buena tinta que esta mujer te puede resolver la vida, sea cual sea tu problema. Y, las cosas como son, Siniestro Total, no te vendrá mal su ayuda.

A caballo regalado no le mires el diente, como se suele decir. Aunque nunca haya comprendido qué demonios significa ese viejo axioma.

–Gracias, J. Es todo un detalle. Creo que la llamaré Justin, en tu honor.

–No, no. Ya tiene nombre –me advirtió–. Mama Lou. Tienes que llamarla Mama Lou.

–De acuerdo. Pero ¿por qué?

–Perry Mason –dijo Justin, como si con eso respondiera a mi pregunta.

–¿Perry qué? –preguntó Aubrey.

Yo sabía quién era Perry Mason, pero no por eso comprendía la respuesta.

–Era una serie de televisión de los años cincuenta –empezó a explicar Justin–. Un abogado que nunca perdía ningún caso. Y mi querida Della, su secretaria, usaba unos zapatos de tacón flipantes abiertos por detrás.

...Cuando empecé a trabajar en Caesar's, mi turno empezaba sobre las dos de la tarde. Así que solía levantarme sobre las once o las doce. En aquel entonces, el Canal Cinco ponía reposiciones de *Perry Mason* todos los días. Desayunaba y me arreglaba viendo la serie. Me aficioné tanto que, para mí, un día que no veía la serie era un día perdido. Vi casi todos los capítulos cinco... seis... centenares de veces.

...Pues bien, uno de los episodios trataba de una chica blanca que se había quedado huérfana y a la que había criado en Haití una sacerdotisa vudú, Mama Lou. Pero a Big Mama la asesinan. Una pasada, es mi capítulo favorito. Pero justo cuando lo estaba viendo, se fue la luz de mi edificio y no me enteré de quién era el asesino. Ese episodio no lo repusieron más, maldita sea. Y, hasta el día de hoy, sigo sin saber quién mató a Mama Lou.

...El otro día, cuando volvía del Armani de la Quinta Avenida, atajé por la calle Quince para regresar hacia el este. Y entonces, en la esquina de Union Square con la Quince, donde se reúnen los vendedores ambulantes...

–¿Armani? –chilló Aubrey con incredulidad, interrumpiendo el relato de Justin–. No pretendas hacernos creer que eres cliente de Armani, mamón.

Justin se puso tieso y replicó ásperamente:

–Compro el jabón en Armani, bruja. Todo el mundo sabe que los jabones italianos son los mejores. En fin, como iba diciendo, estaba en la esquina de la Quince con el parque y, al levantar la vista, veo a Mama Lou mirándome directamente a la cara.

...Es una mujer con toda la pinta de dedicarse al vudú. Hace muñecas y las vende en la calle. Tenía una mesa llena. Me dijo que todas poseían poderes mágicos. Un poco de magia no le viene mal a nadie, joder. Por eso, cuando te he visto entrar con esa pinta de... bueno, con la pinta que traías –dijo–, pues se

me ocurrió que serías el campo de pruebas ideal para la magia de Mama Lou. Si te ayuda a ti, es que puede ayudar a cualquiera.

Cogí la muñeca y la apreté contra mi cuerpo, tragando saliva con esfuerzo.

–Tú lo has dicho, Justin.

Dirigí la mirada hacia Aubrey:

–¿Sigues cabreada conmigo, Aub?

En lugar de responder, mi amiga cogió un puñado de pañuelos de papel del tocador y se puso a limpiarme los labios.

–Gracias, mamá y papá –dije sonriéndoles.

It's Magic

[Esto es magia]

¡Este puñetero invento *no* funciona!, pensé con amargura.

Esa tarde estaba de un humor de perros. Hacía un par de días que Justin me había regalado a Mama Lou, y que nadie me viniera a decir que en mi vida se habían operado cambios mágicos.

El vudú era un cuento. Y Perry Mason otro.

Tenía la muñeca apoyada contra la funda del saxofón para que pudiera supervisar y dar el visto bueno a la lluvia de billetes que iría cayendo en la funda como agradecida muestra de reconocimiento del público. Ja. La colecta de la víspera había sido mediocre. Y la de aquel día, una auténtica porquería.

Estaba tocando en la estación de Times Square, a la que, según me habían contado varios músicos del mundillo conocidos míos, habían dado un lavado de cara en los últimos tiempos. Se suponía que Times Square se había convertido en un buen lugar para recibir propinas, en parte debido a la disneyficación a que había sido sometida la zona. Manadas de provincianos paseaban por allí despreocupadamente, cogiendo trenes día y noche, perdido el miedo a que les atracasen, les violaran, les secuestraran o cualquier otro horror. Poco a poco, Nueva York se iba rehabilitando como meca del turismo; o, lo que es lo mismo, se iba convirtiendo en un gran centro comercial, que es donde los norteamericanos auténticos se encuentran verdaderamente a gusto.

Como a todos los Manhattanitas de pura cepa, el lavado de cara que decían haber dado a la calle Cuarenta y dos me parecía de mal gusto. Cierto es que, hasta entonces, la calle Cuarenta y dos no era ningún paraíso, atestada de chulos, de cines porno, de tipos que te importunaban para que entrases a los espectáculos porno en vivo, de parásitos que haraganeaban en torno a la terminal de autobuses de Port Authority y de todo tipo de bazofia humana. Pero aquello era preferible a esta versión del País de las Maravillas donde todo el mundo compra Sirenitas hinchables y hace cola para ver *El rey león*.

Estaba harta del Deuce, como llamaban a Times Square en los años setenta. Tiré la toalla: recogí los bártulos y subí al nivel de la calle en el flamante ascensor de estreno.

Encerré a Mama Lou en el estuche soltando una risita cruel, con la esperanza de que se asfixiara allí dentro.

Eché a andar hacia el este, deteniéndome en la gran biblioteca de la Quinta

Avenida. Entré en Bryant Park, di un paseo sobre las hojas secas y crujientes y descansé en un banco durante unos quince minutos. Luego volví a la calle para probar suerte de nuevo. Una vez más, coloqué de pie a Mama Lou, mi supuesto amuleto.

Recogí un par de dólares que me dieron unos chicos con pinta de estudiantes, un billete de cinco de una pareja europea y monedas varias de esos benditos neoyorquinos que parecen dar dinero automáticamente a cualquiera que lo pida.

Al cabo de un par de horas, me encaminé hacia el centro, echando pestes mentalmente contra los turistas hartos de maíz vestidos con vaqueros K Mart; el alcalde y su puñetera estrechez de miras; las señales de desvío; el otoño en Nueva York; mi maldito karma; y, sobre todo, contra Mama Lou.

Necesitaba comprar provisiones. Dado el estado de mi presupuesto, los espaguetis se me antojaban un manjar. En el supermercado, pasé de largo junto a las chuletas de cordero y me dirigí directamente a la sección de la pasta.

Ya en casa, clavé la vista en la botella de Jack Daniel's, pero no le eché mano. En lugar de eso, me quité los zapatos con sendos puntapiés y abrí una cerveza. Mientras preparaba la cena, escuché una cinta de Lady Day y Lester que siempre me había encantado, y me acerqué un par de veces al aparato para volver a poner «This Year's Kisses».

Mi pose de chica dura casi se había evaporado, a lo que había contribuido bastante el titánico ataque de llanto de hacía unos días. Empezaba a sentirme como yo misma, más o menos humana. Pero seguía sin blanca y seguía triste.

No tenía prisa por escuchar los mensajes del contestador. ¿Qué más me daba? No me apetecía hablar con nadie. Ni pensaba devolver la llamada, a no ser que fuera de Aubrey. A pesar de todo, justo antes de irme a la cama, presioné el botón para oír los mensajes.

Sonó una voz de mujer vagamente familiar. Hasta que no dijo algo relativo a un cheque por importe de trescientos cincuenta dólares no la reconocí como la voz de la secretaria de la revista de viajes para la que trabajaba periódicamente, traduciendo artículos del francés al inglés. Por lo visto, debido a algún error informático, tenían mal mi dirección. Llevaban varias semanas enviándome por correo un cheque que siempre les devolvían.

¡Dinero! Por fin, un poco de buena suerte.

Dirigí una breve oración de agradecimiento a los cielos y una disculpa silenciosa a Justin. Si él tenía tanta fe en aquella muñeca absurda, yo también debía otorgarle un mínimo de confianza.

De hecho, Mama Lou no era la primera muñeca que había poseído de adulta. En tiempos, adornaba un estante de la cocina con una serie de monadas

africanas, pero me deshice de ellas la última vez que pinté el piso... terminé por dárselas a la niña de una vecina.

De pequeña, solía contarle mis secretos a una muñeca. Si no me falla la memoria, mi padre me sorprendió una vez hablándole en susurros y entre lágrimas. Como es natural, se empeñó en saber qué le estaba contando. Estoy segura de que le mentí. Las supersticiones y las personas negras que se dejaban dominar por ellas no le merecían una buena opinión. Los amuletos de la suerte, los viernes 13, los libros de sueños, la necesidad de esquivar las escaleras y las grietas de la pared, todo eso eran tonterías, decía él. Trabaja duro, lleva una dieta sana, pórtate con honradez y no necesitarás buena suerte.

Pero no era mi caso. Yo necesitaba una racha afortunada.

Durante cuatro días a la semana, el cuadrante norte de Union Square Park se transformaba en un mercado rural: una embriagadora mezcla de preciosas flores silvestres, especias, artesanía y productos de temporada. Veinte variedades de manzanas, sandías, extraños híbridos de patata; calabazas grandes como un Volkswagen, tartas caseras, mantas de lana pura de oveja y *focaccia* de horno de leña; mantequilla batida a mano y miel de producción biológica... una lista interminable de artículos por los que los urbanitas se desvivían y aflojaban la pasta. De noche, esa misma zona del parque se convertía en lugar de reunión de adolescentes que perfeccionaban sus acrobacias sobre patines de ruedas.

Pues bien, la pregunta es: ¿De verdad necesitaba un ramillete de auténtico brécol lleno de tierra? ¿O no era más que una excusa que me permitiera ir a echarle un vistazo a la creadora de la muñeca, a Mama Lou en carne y hueso?

Con el bullicioso mercado a mi izquierda, caminé por ese estrecho tramo de Broadway –o Union Square West, como lo habían nombrado en la nueva placa de la calle que corría en paralelo al parque. En la esquina con la calle Diecisiete vi una tienda de zumos naturales y, a su lado, un McDonald's. Ese tipo de paradojas siempre me han divertido.

Unos cuantos portales más adelante había una bodega de aspecto costoso y a continuación estaba la marisquería con terraza que les gustaba frecuentar a los amantes de mediana edad en las noches de verano.

Seguí caminando hacia el sur. Pasé de largo junto a un café de moda que abre toda la noche y adonde acudían en masa los jóvenes, con la ingenua pretensión de ver a unas cuantas supermodelos tomándose el yogur de media mañana y su dosis de heroína.

Al fin llegué a la calle Quince. Según me había dicho Justin, allí era donde vendían las muñecas. ¡En efecto, allí estaban! Toda una banda de muñecas oscuras vestidas de colores escandalosos, amontonadas sobre una mesa plegable colocada ante un edificio de oficinas con un banco en la planta baja. Y la Mama

Lou auténtica al pie del cañón, sentada en una silla metálica. No había clientes a la vista y estaba entretenida jugando un solitario al borde de la mesa.

En vez de dirigirme a ella directamente, me puse a inspeccionar el puesto contiguo, desatendido en ese momento, donde se exhibían multitud de frasquitos de cristal oscuro rellenos de aceitoso almizcle. Por lo visto, esos aromas les parecen eróticos a algunas personas. No lo comprendo.

–Enseguida vuelve, corazón –me informó la señora de las muñecas a la vez que colocaba un diez de corazones sobre una sota de espadas–. Estoy vigilándole el puesto.

–Es igual –dije–. Sólo estoy mirando.

Un hombre negro de pelo enmarañado que estaba dormitando a la entrada de un cajero automático se levantó, se acercó a mí y me puso delante un vaso de papel.

Le di un dólar, pero cuando intentó enredarme en un coqueteo de esos a los que son aficionados algunos pordioseros, me lo quité de encima y me desplacé hacia la mesa de la artífice de las muñecas.

–¿Qué le pasa? –preguntó con una risa burlona–. ¿No necesita un novio nuevo?

–Es curioso que me lo pregunte –repuse–. Porque, en efecto, lo necesito. Dado que no consigo que vuelva a mi lado el que tenía.

–Ya volverá, corazón. Y no deje de decirme si tiene un abuelo disponible.

Entonces, las dos nos reímos con ganas.

–¿Cómo se llama, cielo? –me preguntó.

–Nan.

–Yo soy Ida Williams.

Juntó todas las cartas, dando por concluido el juego. Me fijé en sus manos de ébano, ágiles a pesar de la edad, con nudillos como pequeñas canicas.

–Hay algo que la tiene preocupada, ¿verdad? –aventuró.

Me dio un vuelco el corazón.

–¿Se me nota?

No respondí.

–Es que últimamente no he tenido mucha suerte en... bueno, en nada.

–Hum, eso va a cambiar, cielo.

–¿De verdad lo cree?

–Cada cosa a su tiempo, corazón, cada cosa a su tiempo.

La señora Williams me dio unas palmaditas en la mano. Resulta que estaba llorando y no me había dado cuenta.

En ese momento, se pararon junto al puesto tres mujeres jóvenes cargadas de bolsas de la compra. Menos mal que nos interrumpieron. De no ser así, quizá me hubiera desahogado a fondo con la señora Williams, lo que habría sido una

solemne estupidez, dado que la conocía desde hacía cinco largos minutos. Pero había tanta empatía en esos viejos ojos suyos. Era amigable, simpática e ingeniosa. Y, a pesar de todo, también se le notaba un poso de tristeza.

Las compradoras en potencia empezaron a examinar las mercancías de Ida. Ella inició su perorata y yo me aparté.

–Me alegro de haberla conocido –le dije mientras me alejaba.

–Yo también, que tenga un día precioso, corazón.

Volví hacia ella una mirada bastante escéptica.

–Anímese –añadió–. ¿No lo ve? Hace un día precioso, ¿a que sí?

Tenía razón. Me quité la bufanda y dejé que la potente luz de sol me acariciara la nuca. Una sensación maravillosa.

No me podían ir mal las cosas.

Lo pasado, pasado estaba. Hoy, nada me podía ir mal. O quizá debería decir no «nos» podía ir mal. La muñeca Mama Lou sonreía orgullosa mientras yo me empleaba a fondo con el saxo.

Tenía pensado actuar más o menos una hora ante el café grande e insulso de la esquina de la calle Cincuenta y tres con la Séptima Avenida y luego regresar hacia el centro. Pero las multitudes no me dejaban marcharme. El estuche rebosaba de billetes de dólar.

Un hombre mayor de vestimenta estafalaria y, a juzgar por como olía, enganchado a los martinis, me hizo tocar tres veces «Save Your Love for Me». Cada vez que lo interpretaba, me echaba en el estuche un billete de diez dólares. Cuando era joven, me dijo, bebía los vientos por Nancy Wilson. A propósito, estaba alojado en el Sheraton, justo cruzando la calle, por si me interesaba.

Luego, una señora con abrigo de piel me preguntó si sabía «Ribbon in the Sky» de Stevie Wonder. La verdad es que no. Lo interpreté a trompicones. Y, a cambio, recibí otros diez dólares.

Ese día, todo lo que tocaba se convertía en dinero.

Finalmente, cerré el quiosco, guardé el botín en mi cartera y caminé hasta la estación más próxima para ir a la zona centro de Lexington Avenue.

Quizá debería comprarle un abrigo de piel a Mama Lou, pensé mientras el tren avanzaba a toda velocidad. Para que no pase frío en invierno.

En la estación de la calle Veintitrés, subí los escalones de dos en dos. Prácticamente, floté escaleras arriba hasta mi piso.

El recado que tenía esa noche en el contestador le daba cien vueltas al que me había dejado la revista: mi antiguo profesor de música, Jeff Moses, me anunciaba que me había conseguido una actuación fija, si es que quería aceptarla. Sustituiría al saxofonista enfermo de un trío que tocaba tres noches a la semana en un restaurante del norte de la ciudad.

¡Cómo que si quería aceptarla!

Corrí hacia la funda de mi instrumento, saqué a Mama Lou de su prisión y le planté en la cara un besote enorme.

–Buenas tardes, señora Williams –dije a la mujer delgada de piel oscura, que ese día llevaba una cazadora sobre un vestido con un estampado muy colorista.

–¿Qué tal está hoy, corazón? –replicó con una sonrisa.

–Muy bien. Mucho mejor. Quería darle las gracias.

Frunció la frente.

–Déjeme que se lo explique –dije–. Un amigo me regaló una de sus muñecas hace unos días. Como bien dijo usted, tenía un montón de preocupaciones. Pero mi suerte ha dado un vuelco total.

–Pues claro. Estas muñecas tienen poderes, hija mía. Poderes que ni siquiera imaginamos.

–No lo dudo ni por un instante, señora Williams. Por cierto, ¿las hace usted?

–Llámeme Ida. Sí, las hago yo. Cada cual es diferente, igual que las personas. Pero todas tienen poderes. Y voy a contarle otra cosa sobre ellas, tesoro. Sólo funcionan cuando uno está preparado para que funcionen. Así que usted debía de estar preparada.

A la vez que hablaba, desplazó discretamente un par de muñecas hacia la parte delantera de la mesa.

–Como es natural, algunas son un poco más especiales que otras. Mire ésta.

–Es una belleza –dije–, y además se nota que sabe lo que quiere.

Era una negra alta y esbelta, una especie de sacerdotisa *mamba* con un *sarong* azul intenso y un tocado naranja. Llevaba un collar de alambre al cuello y una ajorca en el tobillo. También iba provista del saquito de remedios mágicos.

Ida cogió la muñeca y me la colocó en las manos.

–No estoy diciendo que la que tiene no le vaya a proporcionar lo necesario para ser feliz. Pero con ésta, corazón, dominará el mundo.

Ahí es nada.

Yo me tomaba medio en broma mi creencia en Mama Lou. Y hasta la fe que Justin tenía en ella parecía un poco jocosa.

¿Sería posible que Ida se tomara sus creaciones en serio? ¿Que realmente creyera lo que decía?

–¿Cuánto es? –pregunté.

–No olvide que es muy especial. Por ser para usted... dieciocho cincuenta.

En esos momentos pensé que Ida no podía ganarse la vida vendiendo aquellas muñecas; en plan realista, aun en el mejor de los días, ¿cuánta demanda puede haber de negritas vudú? Aunque, por otra parte, Ida era una vendedora

muy persuasiva. Si manejaba a todo el mundo con tanta habilidad como a mí, quizá el negocio le diera para pagar el alquiler.

Saqué un billete de veinte de la riñonera y le dije que se quedara con el cambio.

–Es usted un encanto –musitó–. Ya verá qué maravillas empiezan a pasarle.

Cuando ya había cruzado medio parque, giré sobre los talones y volví a la carrera al puesto de Ida.

–Quiero invitarla a un sitio, Ida. Corre todo de mi cuenta.

–¿A mí? ¿Adónde quiere invitarme?

–A escuchar mi actuación. Le gusta la música, ¿verdad?

–¿Tengo pinta de que no me guste? Sin música, no seríamos nada.

Anoté la dirección del restaurante donde iba a tener un bolo tres veces por semana y dije a Ida que daría su nombre al encargado para que la dejase pasar.

–Se diría que es un sitio muy exclusivo.

Me encogí de hombros a la vez que hacía un ademán que significaba: «No se preocupe por eso».

–Por mí, estupendo, niña. Tengo un vestido que les dejará con los ojos a cuadros.

Me eché a reír.

–Fantástico, Ida. Me muero de ganas de verlo.

–¿Qué música toca? ¿El piano?

–No. El saxo. Estoy en un trío.

–Dios mío, es fantástico. Seguro que su madre y su padre están muy orgullosos. ¿Irán a verla?

–Esta vez no –dije sonriendo.

Guardé la nueva muñeca en la funda para que Mama Lou no se sintiera sola. Y confié en que no se pusiera celosa.

Por lo general, hacía lo imposible por evitar el Soho.

Pero me habían llovido del cielo trescientos cincuenta dólares, y el restaurante donde iba a actuar era de tipo formal y estirado, y en Prince Street había una tienda estupenda que vendía unas faldas negras maravillosas: faldas negras de gasa decoradas con encajes, faldas negras de lana con aberturas que revelaban lo que ni siquiera tu médico debería ver, faldas de fiesta negras de tafetán; ceñidas, largas, cortas. Todas me gustaban. Así que cuando me despedí de Ida, enfilé Broadway abajo en busca de algo que ponerme para el bolo.

La suerte no me abandonó. Encontré una moneda de veinticinco centavos en el suelo.

Pero no la conservé mucho tiempo. Antes de que llegara a la calle Octava, me abordó para pedirme dinero una reinona entrada en años, de pies enormes y

aspecto lastimoso. Ni siquiera se me cruzó por la cabeza no darle nada. Le entregué los veinticinco centavos y todo el suelto que llevaba en los bolsillos.

El éxito se me estaba subiendo a la cabeza, empezaba a repartir suerte a mi alrededor.

Repetition

[Repetición]

La clientela de Omega, un restaurante fino en la parte alta de la Primera Avenida, acudía fundamentalmente a disfrutar de la comida, no de la música. Jeff me lo había advertido desde el principio. Pero a la vez era un público demasiado sofisticado para tratarnos como un mero sonido de fondo; muchos comensales sabrían apreciar la diferencia entre el jazz tipo hilo musical y el verdadero.

Dicho de otro modo, había pocas probabilidades de que un cazatalentos como los que frecuentan las canchas de baloncesto de los barrios y los clubes de variedades a la busca de carne fresca me descubriera y me lanzara a un estudio de grabación. Pero tenía que prepararme bien para tocar con los consumados profesionales con los que iba a compartir el escenario.

Roamer McQueen es el gordo más encantador que haya conocido. Es un bajista de talento y, según pude deducir, el alma y el corazón del trío que actuaba tres días por semana en Omega. Fue extremadamente amable conmigo en aquellos días enloquecidos y enloquecedores que dediqué a ensayar con él y con Hank Thayer, el elegante pianista que se situaba en el centro del grupo. Los dos se portaron de maravilla conmigo.

No sé por qué, a los hombres les da por ponerme motes. Roamer me apodó Piernas Largas. Como el sagaz showman que era, me prometió un sustancioso solo por cada blusa escotada que me pusiera para actuar. Roamer era la monda.

Estaba sustituyendo al saxofonista Gene Price, el tercer Mosquetero, cuya afición al budín de mazorca de maíz con queso y a los cigarrillos sin filtro le había llevado al quirófano para ponerse un bypass.

Aunque esté feo que yo misma lo diga, me quedaba de muerte el modelito abotonado por la espalda que me había comprado en Prince Street. Antes de salir de casa la noche señalada, pedí a Mama Lou y a Dilsey (así había bautizado a la nueva muñeca) que emplearan sus artes mágicas especiales para traerme suerte en la actuación. Les mandé un beso por los aires a cada una a la vez que me precipitaba hacia fuera. Subí inmediatamente al autobús de la Primera Avenida y me senté en el asiento corrido del fondo silbando «Liza» mientras la mayoría de los varones sensibles se me comían con los ojos. Me sentía la reina de los mares.

Sí. Una vez más estaba incurriendo en el error de no hacer caso a otra figura

femenina negra de importancia en mi vida. Se llama Ernestina y, en calidad de mi severa a la par que quijotesca conciencia, a veces es un auténtico peñazo. Por lo visto, a Ernestina no le gusta mucho que me sienta la reina de los mares. Seguro que estaba tratando de prevenirme, pero esa noche no le presté oídos.

En el restaurante nos dieron de cenar, formaba parte del trato. Y la comida no estaba nada mal. Ciertamente, superaba a la paga. Sea como fuere, los nervios no me permitieron disfrutar de ella.

Tanto Aubrey como Justin trabajaban esa noche y no pudieron acudir al bolo, pero me habían prometido venir a verme otro día de esa semana.

Su ausencia me pesaría, desde luego, pero descubrí que a quien tenía más ganas de ver era a Ida Williams, la artesana de las muñecas. Era casi como si tu excéntrica abuela viniera a animarte la noche de un estreno.

Había adquirido la costumbre de llevarle recipientes de té caliente a su puesto cada vez que me hallaba en los alrededores del mercado de productos del campo. A veces Ida daba la imagen de mujer curtida y vendedora magistral de nuestro primer encuentro, mientras que otras veces parecía tan frágil como un viejo pergamino, aturdida y apesadumbrada. Dicho de otro modo, era una persona compleja. Tenía la ilusión de convencer algún día a mi madre de que viniera al centro para salir a comer las tres juntas.

Me habían contado que Omega era un buen negocio. A juzgar por lo que veía, no me habían mentado: el maître, que normalmente era la tranquilidad personificada, estaba desbordado. No paraban de entrar clientes. Las bebidas corrían a raudales. En la sala resonaba un fuerte rumor de conversaciones. Omega estaba a años luz de esos clubes cavernosos y llenos de humo donde Monk o Charlie Rouse o Art Tatum o Max Roach iban a pasar a la historia y donde X (*ponga aquí el nombre de su trompetista drogadicto preferido*) compraba papelinas en el callejón de detrás. Pero ¿qué demonios? No por eso era menos divertido. Y yo seguía en la cresta de la ola.

El primer pase empezaba a las nueve. Hank había hecho un bonito arreglo de «Stella by Starlight», con el que arrancaríamos. Los tres músicos estábamos cuchicheando en la tarima, junto a la cristalera de la fachada del restaurante.

Divisé a Ida entre el tropel de clientes; estaba hablando con la señorita del guardarropa, que le ayudaba a quitarse la capa.

¡A tope, Ida! ¡Menudo vestido! Un clásico de dama elegante para salir de cabarets. Me pregunté si lo habría encontrado en alguna de las tiendas caras de ropa antigua de la ciudad, o si sería un modelito que tenía guardado con naftalina desde los años cincuenta. Lana con textura discretamente elegante, y además marcaba todo lo que debía marcar. Ni una lentejuela a la vista, como habría dicho Justin. Y encima, se había arreglado el pelo con unas ondas fabulosas.

Sonreí de oreja a oreja y la saludé con la mano, pero estaba demasiado lejos para verme. Le habían preparado una mesita junto al estrado de los músicos. Me dispuse a bajar para agradecerle que hubiera venido y preguntarle qué le apetecía beber. Pero no llegué a hacerlo.

De pronto, se produjo una explosión en la sala.

Disparos y gritos de terror.

La clientela y el personal se arrojaron al suelo. Sentí los dedos de Hank rodeándome la muñeca. Me arrastró bajo la banqueta del piano y mi saxofón cayó del estrado dando tumbos.

El alboroto terminó en pocos segundos. Todos los rostros reflejaban desconcierto e incredulidad: no, el cielo no se había desplomado sobre nuestras cabezas; no, no nos estaban robando las joyas una banda de malhechores enmascarados; no, no había unos terroristas dementes dirigiéndonos hacia los cuartos traseros. Nada de eso.

Entonces, ¿qué hostias había pasado?

Roamer y Hank volvían a estar de pie, sacudiéndose los trajes y cruzando miradas aturdidadas.

En ese momento me acordé de ella. ¡Ida!

Confiaba en que no la hubieran pisoteado en el barullo.

Me precipité hacia la barra de la entrada, donde un corrillo de personas miraban fijamente hacia el suelo espantadas, las mujeres tapándose la boca con la mano.

Ida.

Un agujero perfectamente redondo en medio de la cara. Un charco sanguinolento y pegajoso bajo su cabeza.

Me tiré al suelo y empecé a comprobar frenéticamente si había señales de vida. Todo en vano. Emití un espeluznante quejido grave que enseguida subió hacia los tonos agudos. Después debí de quedarme pasmada, hundida en las profundidades de mi mente. Entré en una especie de trance del que no me recuperé hasta que sentí que Roamer y Hank me conducían hacia una silla.

–¡No! –chillaba sin cesar–. ¡Otra vez no!

Black Coffee

[Café solo]

Los maderos nos retuvieron en Omega durante un tiempo que se hizo eterno mientras recogían huellas y sacaban fotografías, parloteaban por los *walkie-talkies*, interrogaban, tomaban declaración a los presuntos testigos y supervisaban el levantamiento del cadáver de Ida.

Como es natural, a mí me sometieron a un interrogatorio particularmente severo, dado que era la única persona presente que conocía a la víctima del asesinato... aunque no fuera más que un conocimiento muy superficial. Un agente uniformado me hizo sentarme a una mesa para cuatro cerca de la cocina, separándome de Roamer y Hank.

Ida llevaba en su pequeño bolso unos treinta dólares, una barra de labios, un espejo, un peine, tabaco y un monedero. Pero no llevaba cartera... ni nada que la identificara. Al detective que estaba al mando, un tal Loveless, le resultaba difícil creer que yo no tuviera ni idea de dónde vivía Ida ni de cuántos años tenía, si había parientes suyos en la ciudad, si tenía hijos, ni de nada de nada. A fin de cuentas, señaló, Ida era mi invitada.

Le expliqué al detective que sólo la conocía porque montaba un puesto de venta ambulante en el barrio, había sido muy amable conmigo y yo le había comprado una «muñeca de trapo». Me había caído tan simpática, le dije, que llevada por un impulso la invité a venir a escucharme. Me libré muy mucho de explicarle a aquel gordo que se las daba de héroe viril de la serie *NYPD Blue* nada relacionado con las disparatadas supersticiones de Ida, y mucho menos con las mías.

Las fútiles preguntas se sucedían una tras otra, al igual que las promesas de que apenas tardaríamos unos minutos más. Los minutos fueron pasando y se convirtieron en horas. Por un momento creí que me iba a dar algo. Hasta el rudo teniente Loveless comprendió que estaba a punto de arrancarme el cabello de raíz.

Estoy convencida de que me tomó por una más de las mujeres que estaban al borde del desmayo, alucinando por lo que había pasado. Se equivocaba.

Cierto es que la visión de la pobre Ida yaciendo en un charco sanguinolento era un horror. Pero lo importante es que para mí no era la primera vez. Antes de irme de París la primavera anterior había visto a mi tía Vivian, sangre de mi sangre, en una situación espantosamente similar, asesinada de la forma más vil.

Presenciar de nuevo una escena tan truculenta era demasiado para mí. Casi no lo podía creer. Tal vez por eso no me quedaban lágrimas que verter por la dulce Ida Williams.

Al malvado teniente sólo se le ocurrió decirme que, en su opinión, a Ida «le había tocado la china»; que algún imbécil había irrumpido en el restaurante no con la intención de matar a nadie, sino de acojonar a la clientela de peces gordos, y que, por desgracia para Ida, el imbécil en cuestión no tenía muy buena puntería.

–Usted lo debería saber –dijo–. Estaba plantada allí arriba. Vio lo que pasó.

–No vi nada en absoluto –le informé por centésima vez–. Tal vez algunos testigos hayan dicho que *creen* haber visto al ciudadano preferido de la policía. Pero no es mi caso.

–¿Qué significa eso del «ciudadano preferido de la policía»? ¿Qué pretende insinuar?

–Ese negro que está en todas partes y lo hace todo cuando nadie le mira. Secuestra chiquillos, se lleva camionetas de verduras, monta el pollo en Internet... causa un sinfín de problemas a las personas respetuosas de la ley.

La cara del teniente parecía una máscara. Ni el menor atisbo de que valorase mi ingenio.

–Está bien. Así que no ha visto nada. El alboroto se desató justo cuando usted bajaba del escenario. Pero sí oyó los disparos. Tres en total. Dos balas perdidas y otra que mató a la víctima.

La víctima. La víctima. Dios, deseé que dejase de emplear esa fría expresión anónima. Se llamaba Ida Williams. Claro que, cada vez que miraba la figura metida en una bolsa negra de plástico, llamarla *víctima* parecía de lo más adecuado.

–Pues sí, cabe esa posibilidad –reconoció Loveless al cabo de unos minutos–. Es posible que el pistolero entrase aquí con la idea de matar. Pero, en ese caso –señaló con impaciencia–, no era a esa mujer a quien pretendía eliminar. Quizá no esperaba encontrarse con tanto gentío y se asustó o lo que fuera. O tal vez le empujaron y por eso falló los disparos. O a lo mejor no sabía que aquí estaría tan oscuro. Y por eso no acertó al hombre que era su objetivo, o a la mujer, que también pudiera ser. Si esto estaba planeado, en cualquier caso no era a esa anciana a quien quería dejar cuajada. Ha sido un error.

¿Por qué?, me habría gustado preguntar. ¿Es que Ida Williams era demasiado insignificante para que quisieran matarla?

Loveless debió de leerme el pensamiento, o al menos debió de reparar en la acritud de mi expresión, porque hizo la pregunta pertinente:

–¿Tenía algún enemigo?... Dígame.

Evidentemente, no tenía respuesta para esa pregunta; lo cual no me impidió

hablar. No, Nan la Bocazas no podía dejar pasar la oportunidad.

–Todos tenemos enemigos –repliqué ásperamente–. ¿Qué me dice de usted mismo, teniente Loveless? ¿Todo el mundo le ama?

Su mirada incendiaria me cerró la boca momentáneamente. Sabía que me estaba yendo de la lengua cuando lo suyo habría sido tomárselo con calma: asimilar la situación, observar. Además, el sentido común me obligaba a reconocer que Loveless probablemente tenía razón. Ida había tenido la mala suerte de estar justo allí en aquel preciso momento.

–Mire, señorita –dijo al fin Loveless, exhalando un suspiro–. Me da la impresión de que me está diciendo dos cosas contradictorias. Primero me cuenta que la víctima era una anciana encantadora que vendía juguetes en la calle, como en un cuento de hadas. Que, en su opinión, era incapaz de hacer daño a una mosca. Pero luego le da por insinuarme que no la estoy tomando en serio como posible candidata a un asesinato por encargo. ¿Entiende por qué me confunde su actitud?

No repliqué. Me había pillado en renuncio.

Lo cual no significaba que su visión de la muerte de Ida como un suceso estrafalario –a fin de cuentas, aquella vendedora ambulante estaba fuera de lugar en un sitio con clase como Omega– no estuviera cargada de indignante condescendencia.

Pero me había pillado en renuncio.

–¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí? –preguntó entonces Loveless, ablandándose un poco.

Negué con la cabeza.

–No. Ésta era mi primera noche, y quizá sea la última. Iba a reemplazar a un músico que está enfermo.

–Por lo visto, a usted también le ha tocado la china –dijo. Quedé a la espera mientras Loveless golpeaba el extremo de un bolígrafo Bic contra su libreta–. ¿Conoce al dueño de este local? –preguntó con suavidad.

–La verdad es que no. Sólo le he visto unas cuantas veces.

–¿Es un tipo majo?

–Supongo que sí. Para mí lo es. Le gusta la música.

–Vaya, qué bonito –dijo Loveless–. Mire, señorita Hayes, si esta noche pretendían darle galopa a alguien, es mucho más probable que ese alguien fuera el dueño que su amiga.

Con eso me dejó si habla.

–Sepa que ese tipo tan majo ha practicado la costumbre de pedir prestado para sus negocios. A veces, cuando pides dinero prestado y no lo devuelves a tiempo, hay personas que se disgustan. ¿Entiende por dónde voy?

Le indiqué con un gesto que le entendía perfectamente.

–Y también tenemos aquí a algunos empleados de interés, señorita Hayes – continuó–; el portero, por ejemplo. ¿Cree usted que un gorila como ése es un desconocido para nuestro Departamento? ¿Por qué no le pregunta cuando pueda qué tal es el alojamiento en algunas de las mejores instituciones públicas?

Miré con disimulo al corpulento Nate, a quien no había prestado la menor atención hasta entonces.

–Ya veo –comenté.

–Ahora ya lo comprende, señorita Hayes. No se trata de acusar a nadie. Sigo pensando que la persona que se ha liado a tiros esta noche debe de ser un lunático. Pero *dudo mucho* que una anciana que vende muñecas en Union Square Park esté en el punto de mira de nadie.

Hizo una pausa y, cuando volvió a hablar, dijo:

–Bien pensado, a usted es más probable que alguien quiera darle el pasaporte, con tantos enemigos como tiene. Podría ponerme a investigar su vida. ¿Qué tal se lo tomaría?

No quería seguir por ese camino.

–Muchas gracias –dije–. Mejor lo dejamos como está.

Entonces, el malvado teniente encendió un cigarrillo y concluyó:

–Estaremos en contacto.

Cuando llegué a casa ya había despuntado un amanecer brumoso. No había pegado ojo en toda la noche. A la luz de la mañana, eché un vistazo al patio cubierto de maleza y vi al viejo y desastrado perro del portero husmeando una bolsa de Kentucky Fried Chicken.

El café ya estaba listo... la segunda cafetera. Me serví una taza y le añadí un generoso chorro de bourbon. Me envolví en una manta y me desplomé en el sofá. Melancólica y triste. Una vez más.

Tan ocupada había estado Ida Williams encasquetando a todo el mundo sus puñeteras muñecas que se había olvidado de reservarse una.

Y en lo referente a mi suerte... poco me había durado. Después de poner mi vida patas arriba como consecuencia de lo sucedido en París, después de pasarme meses y meses borracha y hundida en la miseria, parecía que mi suerte al fin había cambiado. Dejé de pegarle a la botella. Me reincorporé al género humano. Encaucé mi relación con Aubrey. Me hice un buen hueco en la calle y ganaba dinero a manos llenas. E incluso conseguí un trabajo que podía sacar adelante. Pero otra vez estaba en las mismas.

Por lo visto, mi viejo karma seguía persiguiéndome y pegándome patadas en el trasero.

Proferí un gemido. Ya habrían salido los periódicos. Era muy posible que alguna de las últimas ediciones incluyera la noticia de lo ocurrido en Omega la

noche de la víspera. Cabía la posibilidad de que Jeff, que me había conseguido el bolo, se enterase por la prensa al cabo de un par de horas... o quizá lo leyera Justin o, Dios me amparase, mi madre. ¿Y si los diarios mencionaban mi nombre, en calidad de amiga de la víctima? Se me escapó otro gemido.

Como era yo quien había proporcionado a la policía la escasa información que poseían sobre Ida, las probabilidades de que se mencionase mi nombre eran elevadas. Imaginé a mi madre hojeando el *Daily News* mientras paladeaba su Nescafé matinal y descubriendo mi nombre impreso.

¡*Vete a la mierda!*!, quise gritarle a Ernestina. Ya sé que debo llamarla para contárselo todo. ¡Lo sé! La sola idea de tener que hacerlo me llevó a cubrirme la cabeza con la manta.

Unos treinta minutos después seguía sumergida bajo la manta y, entonces, sonó el teléfono. Cuando *maman* se calmó lo suficiente como para escucharme, confesé.

Así que ya está al tanto de cómo paso las noches. En realidad fue un alivio, me alegré de no tener que seguir engañándola.

Eso sí, por lo que se refiere a la otra trola inmensa que le había hecho tragar, a saber, que era profesora de francés a tiempo parcial en la Universidad de Nueva York, creo que si esa venerable institución se incendiara, antes que afrontar la realidad preferiría adoptar una nueva identidad y dejarle creer que mis despojos calcinados habían quedado sepultados bajo los escombros.

Después de la llamada de mi madre, desconecté el teléfono. Ya les dejaría sendos mensajes a Jeff y a Aubrey más tarde. De momento, lo único que quería era dormir.

Es más fácil decirlo que hacerlo. Al cabo de una hora, desistí y me levanté como pude de la cama. Me bañé, me vestí y salí a la busca de algo para desayunar.

La eclosión de los cafés tardó siglos en propagarse hasta mi barrio. Pero, cuando al fin llegó, arrasó. Hace un par de años aquí sólo había casas de comidas griegas pasadas de moda y restaurantes bien montados y muy caros. Un extremo o el otro. En medio, prácticamente nada. Supongo que fue el éxito de Starbucks el que disparó la nueva tendencia. Gracias, Seattle. Hoy día tenemos media docena de cafés agradables, cada cual con su propia personalidad, donde se puede tomar un expreso o un café con leche auténtico. En un par de locales, incluso te permiten fumar.

Cogí el *Newsday* y el *Daily News* del expositor que hay a la puerta de la tienda de revistas de la Tercera Avenida y entré en el primer café que encontré.

Mi nombre no aparecía en letra de cuerpo grande, precisamente. En el artículo del *News*, descubrí un «Nanette Hayes de Manhattan» perdido en el

tercer párrafo, y el otro diario ni siquiera mencionaba mi nombre. Aparté el bollo de canela y volví al inicio de la noticia.

Informaba verazmente de que un agresor desconocido había asesinado en un restaurante elegante del Upper East Side a una mujer negra de sesenta y tantos años que se ganaba la vida como artesana y vendedora ambulante... «vendiendo marionetas de mano». En fin, en eso habían patinado un poco.

«Los clientes del restaurante a quienes se interrogó en la escena del crimen no supieron facilitar una descripción del pistolero a los investigadores. Los relatos contradictorios del incidente han dejado a la policía sin una idea clara de quién puede ser responsable del tiroteo.

...El teniente Frank Loveless comentó que no se habían esclarecido los móviles del crimen. De momento, la policía se basa en el supuesto de que el asesinato fue un trágico accidente y de que Ida Williams ha sido una víctima inocente», concluía la información.

También en eso decía la verdad. Aunque el teniente no había empleado conmigo un lenguaje tan delicado. No recordaba haberle oído usar adjetivos como *trágico* o *inocente*.

Pedí otro café. Estaba transmitiendo a mi pobre cuerpo todo tipo de señales equívocas. De agotamiento y sobreexcitación a la vez. Pero ya no quería dormir; cada vez que cerraba los ojos, veía el horripilante agujero en la frente de Ida.

Hubo dos balas perdidas, había dicho el malvado teniente, y la tercera mató a la víctima. Para que luego digan que no hay gente gafada. Dos balas se incrustan en la pared «perdidas del todo» y la última le perfora el rostro a Ida con tanta precisión como si alguien hubiera querido ver qué tal le sentaría un tercer ojo.

Claro que estaba partiendo de una premisa sin ningún fundamento, ¿o no? ¿Quién podía asegurar que fue el tercer y último disparo el que mató a Ida? Quizá fuera el primero.

Quizá el artero cabrito de Loveless tenía razón. Tal vez Ed Brubeck, el dueño de Omega, andaba en tratos con tipos peligrosos y habían decidido ajustarle las cuentas por impago de una deuda. Pero esa gente no encarga los trabajos a incompetentes sin puntería. Si el blanco era Ed, ¿por qué el asesino no fue a su despacho a liquidarlo? ¿O aprovechó el momento en que se bajaba del coche?

Brubeck no estaba a la vista cuando estalló el alboroto.

¿Cómo sabía yo que no estaba a la vista?

Porque cuando saludé a Ida con la mano, tuve un par de segundos para ver a la concurrencia. Varios clientes. La señorita del guardarropa. La propia Ida. Pero ni rastro de Ed Brubeck, que en ese momento estaba en su despacho,

situado en el sótano detrás del restaurante. Tampoco andaba por allí Nate, el portero.

Y sin embargo... mierda, pensé, yo qué sé. El teniente Loveless parecía cargado de razón. Su teoría de que Ida había tenido la mala fortuna de estar precisamente allí en ese justo momento era racional e impecable.

Así pues, ¿por qué me resistía a aceptarla?

Sabía muy bien la incómoda respuesta a esa pregunta; o, más bien, Ernestina la sabía: me resistía a aceptarla porque si no hubiera sido por mí, Ida no habría estado allí en aquel momento.

Que hubiera muerto no era culpa mía. Claro que no. Yo no tenía nada que ver con el asesinato. Pero en cierta medida me sentía responsable de lo sucedido. ¿Por qué? Porque era incapaz de seguir mi camino tranquilamente –hecha un manojo de nervios–. Tuve que meter las narices en los asuntos de la tía Vivian y no supe marcharme después de haberle comprado la puñetera muñeca a Ida. Tuve que hacerme la simpática, causarle buena impresión. Me sentía la reina de los mares, qué idiota. Y ahora Ida ya no estaba en este mundo. Ni la tía Vivian.

Llegué a casa con la moral por los suelos, a pesar del subidón de todo el café que había tomado. Mi vista recayó inmediatamente sobre las dos muñecas, mis nuevas amigas. Mi amuleto. Las que iban a darle un vuelco a mi vida, ¿no era eso? En aquel momento parecía que se reían de mí. Me lo tenía merecido por haberme tragado esa sarta de supersticiones.

Saqué el saxo y me puse a soplar un par de temas que había ensayado con Hank y Roamer.

Pero ¿qué ganaba con eso? Esa noche no íbamos a tocar. Y todo hacía prever que no tocaríamos durante una temporada. La pasma había cerrado provisionalmente Omega, la escena del crimen.

Por lo menos hice una cosa bien... una sola. No recurrí a lo que probablemente me habría dado la puntilla. No me puse a beber.

Lo que hice fue agarrar por el pescuezo a Mama Lou y a Dilsey y tirarlas a la papelera de debajo de la mesa.

Algo iba mal. Algo iba descaradamente mal. Y el vudú no tenía arte ni parte en el asunto.

Filthy McNasty

[El asqueroso McMalo]

–¡Oh, no! ¿Qué coño haces *tú* aquí?

La expresión de su rostro –mitad de terror, mitad de desdén– era de lo más cómico. Y la servilleta blanca de papel que le colgaba del cuello de la camisa como un babero la remataba.

Le dirigí una sonrisa de mil vatios.

–Pasaba por aquí y no lo pude resistir, Lemán.

No le hice reír.

Claro que, como bien recordaba, Lemán Sweet no era un hombre dado a la risa. Una presencia mastodóntica con el pelo rapado. El absurdo bigote a lo Fumanchú que lucía la última vez que lo vi se había convertido en un bigotito tipo cepillo, demasiado pequeño para sus labios gruesos y su imponente mandíbula.

–No me llames Lemán, Bola de Billar.

Levantó en el aire un dedo admonitorio. Su manaza tenía el tamaño de un jamón de Pascua.

Di un respingo al oír el apodo por el que más le gustaba llamarme, «Bola de Billar», una referencia a la época en que llevaba afeitada la cabeza.

–En lo que a ti respecta, Bola de Billar –dijo–, me llamo sargento y me apellido Sweet.

–Como quiera –respondí a la ligera–. ¿Puedo sentarme a su lado?

–¿Te lo puedo impedir?

Con eso me ponía en un compromiso. A saber lo que decía la ley. ¿Sería un delito sentarse a la mesa de otra persona en un asador de barrio?

–Imagino que también pretenderás que te invite a comer –masculló a la vez que se limpiaba la barbilla pringada de salsa–. Si mal no recuerdo, tienes un morro que te lo pisas.

Lemán Sweet, ni por asomo el más gentil de mis conocidos negros, siempre fiel a sí mismo: me estaba dando caña a base de bien.

De hecho, fue así como empezó nuestra extraña relación, por llamarla de alguna forma. El detective Sweet, del Departamento de Policía de Nueva York, estaba entre los primeros agentes que se presentaron en mi casa aquella madrugada en que fue escenario de algo inusualmente desagradable: otro

madero –de paisano, que se hacía pasar por un músico tirado– murió asesinado en mi cocina.

Y lo que es peor, el poli muerto era compañero de Sweet. Ni que decir tiene que no fui yo quien lo mató. Unas personas despiadadas se habían aprovechado brutalmente de mí y poco faltó para que yo también me despidiera de este mundo. Pero Sweet necesitaba culpar a alguien de la muerte de su compañero y, como le caí gorda a primera vista, me eligió a mí.

Eso sucedió hace mucho tiempo. Al menos, me da la impresión de que han pasado siglos desde entonces. No creía yo que volvería a ver al detective Sweet en mi vida... y mucho menos imaginaba que le buscaría, interrumpiría su almuerzo mega-calórico y le pediría consejo y un favor.

–No tengo hambre, gracias –le dije–. Sólo quería saber si podría concederme unos minutos.

Emitió un gruñido.

–Pero ¿cómo has sabido que estaba aquí?

–Llamé a la comisaría donde trabajaba antes. Me dijeron que lo habían transferido a una unidad especial de la calle Doce. Al llegar allí, el sargento que está en información me dijo que había salido a comer y siempre solía ir a algún local de la calle Octava. El olor a cerdo me hizo descartar casi todos los demás sitios. Eso y la cantidad de negros a los que vi poniéndose las botas cuando me asomé por la cristalera.

Sweet acabó de roer vorazmente un hueso ennegrecido.

–Hay que ver, qué astucia detectivesca.

–Además, a juzgar por lo que veo apilado en su plato, debe de haber pedido el combinado de ocho con noventa y cinco dólares.

Entonces apartó el plato y me taladró con la mirada.

–Muy bien, Bola de Billar. Ahora que has demostrado tu ingenio, ya puedes decirme qué quieres de mí.

–En primer lugar, necesito que escuche lo que le voy a contar. Sencillamente, que lo escuche. Y que luego me diga su opinión. Un momento, permítame invitarle a otra Coca.

Arranqué hablándole del regalo de la muñeca Mama Lou y terminé detallándole el interrogatorio al que fui sometida en Omega... reconociendo entretanto que me había dejado embaucar por las promesas hechas por Ida de que tendría buena fortuna y riquezas si confiaba en los poderes de Mama Lou y Dilsey. Esto último me costó desembucharlo; estaba muy avergonzada de mi simpleza.

Cuando levanté la vista, más que con agresividad, Sweet me miraba con una compasión despectiva.

–¿Y bien? –dije humildemente.

–¿Y bien qué?

–¿Puede echarme una mano? ¿Ayudarme a descubrir si fue asesinada? Y aunque no fuera así, aunque haya sido un accidente, ayudarme a descubrir quién era y si tenía familia. Habrá que notificárselo. No quiero que termine en Potter's Field como un vagabundo cualquiera.

–¿Para qué crees que sirve la policía, nena? Ellos averiguarán todo eso.

–Sí, supongo que sí. Pero el tal Loveless ya se había formado una idea sobre el caso. No creo que vaya a ponerle mucho... cómo diría yo, mucho entusiasmo a la investigación. Ya tiene bastante con tratar de parecerse a ese poli de la tele que lleva bigote y trajes ceñidos. Además, averigüe lo que averigüe, dudo mucho que me mantenga informada. Para él, Ida no significa nada. Y yo tampoco.

–Loveless hace su trabajo. Lo hace mejor que la mayoría. Y ni se te ocurra meterte con esa serie ni con Dennis Franz.

–O sea, que lo conoce. No me refiero a Dennis No-sécuántos, me refiero a Loveless.

–He coincidido con él alguna vez. Es un policía como Dios manda. Y puedes considerarte afortunada porque no te haya volado los sesos por pasarte de lista con él.

–Sí, ya veo que he sido muy afortunada –repliqué, incapaz de seguir conteniendo la irritación–. Estoy familiarizada con sus encantadoras técnicas de investigación, sargento. Recuerdo cómo extrae confesiones a los sospechosos. Y los meneos que me dio cuando nos conocimos.

–No sigas por ahí, Bola de Billar.

Respiré hondo y cambié de registro, rechazando el poderoso recuerdo olfativo del sudor de Sweet cuando me tiró al sofá de mi casa y se abalanzó sobre mí como el alter ego oscuro de Barney, el peluche púrpura idolatrado por los niños de guardería.

Lo mejor será escucharle, me dije, contrólate. Necesitas que colabore contigo, si no estás perdida.

–Está bien, así que más o menos conoce a Loveless, ¿verdad? Pues eso nos viene muy bien, ¿a que sí? Quizá le cuente lo que han averiguado. ¿Por qué no le llama para decirle que hay algo sospechoso en la manera en que mataron a Ida?

–Pero si ya te he dicho que *no hay nada* sospechoso en el asunto. ¿Quién dice que sí? ¿Mama Lou?

–Muy gracioso. Pues sí, a lo mejor lo dice ella, Lemán... perdón, sargento. Pero aunque esté tan pirada como para tomarme en serio el rollo de las muñecas, eso no significa que en este asunto no haya gato encerrado. Esa forma

de quitar de en medio a Ida le ha venido muy bien a alguien. Es una corazonada. ¿No me hará el favor de llamar a Loveless?

Se tomó su tiempo para responder. Y, en realidad, no me respondió.

–¿Por qué siempre tienes que creerte más lista que la policía? –fue lo que dijo.

–No me creo más lista. Lo digo en serio. Lo único que pretendo es actuar como es debido. Imagine... imagine por un instante que alguien asesinó a esa anciana. ¿Quiere que se vaya de rositas? ¿Le parece una buena idea esconder bajo la alfombra otro cadáver negro?

–No me vengas con cuentos, nena. Lo que yo sé de muertes de negros en esta ciudad no puedes tú ni soñarlo. No tienes ni puta idea.

–Está bien –dije, recobrando la calma–. De acuerdo, tiene razón. Pero es que debo encontrar el medio de aclarar esto. Me siento tan culpable.

–¿Por esa mujer? No seas absurda. No ha sido culpa tuya.

Dios mío, ¿cómo era posible? ¿Leman Sweet dando muestras de compasión? ¿Demostrándome *a mí* una migajita de su lado humano? Me dejó si habla.

–Mira –dijo Sweet, limpiándose los dedos con una toallita húmeda que sacó de su envoltorio de papel de aluminio–, puede que aquí haya gato encerrado y puede que no. Pero en cualquier caso, no tengo por qué inmiscuirme en los asuntos de Loveless... y, lo que es más importante, no tengo tiempo. Estoy metido hasta el cuello en otro caso en el que los poderes fácticos se dedican a esconder bajo la alfombra los despojos de un negro. Los despojos de muchos negros, en realidad.

–¿De qué se trata? ¿Asesinatos en serie?

–Se podría decir así. Estoy trabajando en el más reciente de ellos... el asesinato de Black Hat.

Me quedé en blanco. Absolutamente en blanco.

–¿Qué es Black Hat? ¿Un club?

–La pregunta no es qué era, sino quién era. Un chico que fue asesinado hace unos meses.

–Ah. ¿Y cuántos cadáveres más se han acumulado?

–Otros seis.

Llevaba varios meses encerrada en las profundidades de la cueva de mi depresión empapada en alcohol. Pero, aun así, no entendía cómo no había oído nada sobre el asesinato en masa de siete chavales negros.

–¡Dios santo! ¿Siete chavales asesinados? ¿Cómo ha sido?

–No mataron a todos a la vez –respondió–. Y no todos eran chavales. Son las llamadas guerras del rap.

Otra vez en blanco.

–Rap, pardilla –dijo Sweet–. R-A-P.

De pronto se me encendió la bombilla.

–¿Se refiere a la música? ¿A la música rap?

–No eres tan tonta como pareces, ¿eh?

Tenía el vago recuerdo de haberlo oído en las noticias: un rapero famoso había sido asesinado a tiros cuando recorría Grand Central Parkway en el asiento trasero de una limusina. Pero eso debía de haber pasado por lo menos hacía un año. Le pregunté a Sweet si era el chico al que acababa de nombrar, Black Hat.

–No, ése era Phat Neck –me informó–, el cuarto en caer en dos años. Era una de las grandes figuras.

–Sí, claro.

Lo dije por decir. Como aborrecía la música rap, el nombre de una de sus grandes estrellas no me decía nada. El rap llevaba suficiente tiempo en circulación como para haber empezado a ejercer influencia en los demás estilos musicales. Se había colado prácticamente en todas las parcelas de la vida en Estados Unidos. Se empleaba para vender coches y refrescos dietéticos. En los programas educativos de la televisión, enseñaban a leer a los niños a ritmo de rap. Era imposible ver una película en la que no se incluyera en la banda sonora. Y, ahora, ya era un fenómeno global. A pesar de todo, a mí no me costaba mucho que me entrara por un oído y me saliera por el otro. Ni lo oía, porque me parecía de mal gusto, ofensivo y puede que incluso temible: una música demasiado tosca y simplista, y muy autocomplaciente.

–¿Y a quién más han asesinado? Aparte de al joven Black Hat, me refiero.

–El primero fue Rawhide. Busta Jelly el siguiente. Después, Daddy Homo. A continuación, Phat Neck, como ya te he dicho. Black Hat tuvo la mala suerte de estar con Droop Rooster y Boom Dadee la noche que fueron a por ellos. No era más que un chaval que se movía en ese ambiente para tratar de lanzar su carrera de músico. Todos los demás eran grandes nombres de la industria. Probablemente lo utilizaban de chico de los recados o como una especie de guardaespaldas. Aunque el pobre ni pudo protegerse a sí mismo.

Conque *la industria*, ¿eh? Leman se había puesto a hablar al grandilocuente estilo de Hollywood. Y hasta daba la clara impresión de que había sido fan de alguno de los astros asesinados, sino de todos. ¡Pero si eres un hombre hecho y derecho!, me daban ganas de gritarle. Esas simplezas que cuentan en sus canciones, ¿no te las sabes ya de memoria?

–Uno tras otro –dijo Sweet–. Fueron cayendo uno tras otro. Mientras daban una vuelta en coche o salían de un club *after hours* o de un hotel. Y se diría que Tupac fue víctima de este mismo tipo de guerra entre tribus urbanas en Las Vegas. La «guerra del rap», la llama la prensa. Al Departamento le importa un carajo siempre que no haya bajas «civiles», o sea, entre los blancos. Dejad que los negros se maten entre sí por el puto diseño de una carátula de disco... o por

los derechos de autor... o por las mujeres... por el crack... o por la chorrada que les tenga enfrentados.

...Pero un grupo de agentes negros empezamos a montar la bronca. No nos afecta lo que dice esta gente sobre la policía en sus canciones. Están en su derecho de criticar a la policía, qué coño, como cualquiera. Tienen el mismo derecho a vivir. Y el mismo derecho a que se atrape y se castigue al asesino cuando los matan.

...Supongo que los mandos se hartaron de que les diéramos la brasa. Me destinaron a una unidad especial que trabaja en la subcomisaría de la calle Doce. Han pasado seis meses y como si nada, seguimos tan despistados como al principio. La población negra de la ciudad está indignada por los asesinatos y hay un montón de grupos exigiendo que se tomen medidas. Siento mucho lo de tu amiga, pero en este asunto, Loveless y yo estamos en el mismo barco. Tu amiga tuvo mala suerte... igual que Black Hat. Quizá deberías llevar a juicio a esa estúpida muñeca.

Leman Sweet, el defensor de la justicia. Me tomé un momento para reflexionar. Dios, la vida no dejaba de darme sorpresas. Aquella situación guardaba cierto paralelismo con mi encuentro con Frank Loveless, el teniente malvado. Un par de maderos con un ego como un elefante, un par de maderos que no me inspiraban simpatía ni confianza, pero los dos tenían un criterio propio. Y, sintiéndolo mucho, debía reconocer que no encontraba lagunas en sus razonamientos bien fundados.

Un buen disgusto para la pequeña Nan.

Entonces concebí un avieso plan. Un montaje solapado y de lo más machista. Nan, la vergüenza del feminismo.

Aubrey Davis, famosa castigadora de hombres y mi mejor amiga, me había echado un cable que me dio un respiro cuando Sweet me estaba haciendo la vida imposible por el asesinato de su compañero. El pobre Lemán perdía el culo por ella y se puso en el mayor de los ridículos. Pero se le puede excusar. Es el efecto que Aubrey ejerce sobre los hombres, y sabe sacarle partido al máximo.

–Bueno, lo que dice me parece muy razonable –dije con un suspiro–. A pesar de todo, si encuentra un rato para dedicárselo al asunto de Ida Williams, ¿hará el favor de llamarme? –garrapateé a toda prisa un número de teléfono en una esquina del mantel de papel y la corté con la mano–. Podrá localizarme en casa de mi amiga Aubrey. Tal vez la recuerde... una chica alta, bastante guapa. Tiene toda una colección de las muñecas de marras. Debió de comprarle ocho o nueve a Ida en su momento, y ahora está tan disgustada por lo que ha pasado que no quiere pasar la noche sola.

–Este teléfono –dijo Lemán lentamente, mirando el trozo de papel–, ¿es el de

Aubrey?

–Ajá.

Está claro. Voy a ir de cabeza al infierno feminista.

Let Me Off Uptown [Déjame en el norte de la ciudad]

Lancé una mirada maléfica a Dilsey y a Mama Lou, tiradas entre pañuelos de papel sucios y correo basura en la papelera de mimbre. Meneé la cabeza. ¿Por qué no me deshacía de ellas de una vez por todas?

Eché mano a la papelera, pero me detuve. Más valía esperar a que estuviera llena para vaciarla en una bolsa de basura y tirarlo todo al cubo del portal, incluidas las dos traidoras.

Me puse el uniforme urbano sexualmente neutro: vaqueros negros, camisa negra, botas tobilleras negras, chaqueta de cuero larga. Se trataba de dar una imagen hiper discreta. En una ocasión, fui a comer con mi padre vestida así y él me preguntó muy preocupado qué había sucedido en mi vida para que quisiera parecerme a Johnny Cash. Por un instante pensé ponerme una corbata, pero descarté la idea; probablemente, sólo serviría para hacer resaltar más los recursos naturales de mi pecho.

Quería embolsarme un puñado de dólares, desde luego, pero no era ése el propósito principal de mi salida de aquel día. Planeaba instalarme en la esquina de la calle Quince con Broadway, donde solía ponerse Ida; pasar allí un rato y charlar con los vendedores ambulantes. Suponía que alguno de ellos tenía que saber dónde vivía Ida. Supuse, además, que si estaban tan poco puestos en la actualidad como yo solía estarlo, quizá sus compañeros ni se hubieran enterado de que había muerto.

Como era día de mercado, había centenares de personas pululando por allí. Antes de abrir el estuche, me estuve paseando por los puestos, tomándome mi tiempo para ver las mercancías y conversar con cualquiera que me diera pie a hacerlo. Incluso con el nigeriano que vendía almizcle.

Toqué un par de temas, empezando por «Blue Gardenia», un solo que había ensayado con Hank y Roamer. Unos cuantos clientes de una tienda de electrónica cercana se pararon a escuchar al salir y echaron unos dólares en la funda. Después de interpretar «Gone with the Wind» y «Street of Dreams», hice una pausa para tomar una taza de sidra caliente que compré en el mercado.

Había un tipo blanco entrado en años vendiendo gafas de sol que daban el pego pese a ser copias de pacotilla de marcas de diseño.

Un asiático había desplegado todo un muestrario de pulseras y anillos de plata.

Una atractiva negra cuarentañera tenía delante un montón de gorros de lana tejidos a mano.

Hablé con todos ellos a lo largo de la mañana y durante las primeras horas de la tarde. Ninguno conocía a Ida más que de pasada.

Toqué de tanto en tanto a medida que transcurrían las horas: «What's New», «Just Friends», «Prelude to a Kiss» y unas cuantas peticiones, incluida la de una mujer blanca que llevaba a unos gemelos en una sillita tándem y que no me dio ni un centavo después de que le dedicara «On the Street Where You Live».

Sobre las cuatro de la tarde hubo una especie de cambio de turno, llegaron nuevos vendedores y se fueron casi todos los que estaban desde más temprano.

Dos chavales de edad universitaria vendían guiones encuadernados en rústica de películas antiguas y modernas.

Un viejo irlandés muy sociable montó un puesto de ristras de perlas falsas, tres por cinco dólares; me di el gusto de aprovechar esa oferta.

Un negro alto y de buena figura, de unos treinta y cinco años, ofrecía libros de arte ilustrados a precios irrisorios. Nada más llegar, sacó un loro gigantesco y puso una cinta de Clifford Brown. Caí en la cuenta de que lo había visto antes, desempeñando su oficio con entusiasmo un poco más al norte de la ciudad. Si mal no recordaba, había sido en verano, y yo le había pegado un buen repaso visual a ese torso suyo, cubierto por una camiseta de rejilla blanca.

Hasta que no le saludé quitándome de la cabeza un sombrero imaginario, no se percató de que estaba ahí al lado, tratando de hacer música en vivo. Sonrió y apagó el radiocasete. Toqué «Imagination» mientras él atendía a un par de personas y luego me aplaudió cuando concluí «Out of this World».

—No está nada mal —dijo acercándose. De su lenta mirada de reconocimiento, con la que me recorrió desde las botas hasta las cejas, deduje que se refería tanto al sonido como a la chica que lo emitía.

Yo también le inspeccioné con la mirada.

—¿Vienes mucho por aquí?

—No —respondí—. ¿Y tú?

—Dos o tres días por semana.

—Últimamente veo montones de libros a la venta en la calle, ¿sabes? Libros nuevos. Tú tienes ahí una selección fabulosa de volúmenes a menos de la mitad de precio que en las librerías. Me preguntaba cómo es posible que los vendas tan baratos. O sea que dónde los consigues... ¿al por mayor?

Esbozó una sonrisa a modo de respuesta.

—¿Te apetece un café? ¿O tomar un bocado? —dijo.

—En otra ocasión. Ahora quiero hacerte otra pregunta impertinente —levanté la mano para que no me interrumpiera—. No se trata de tu negocio —le

tranquilité; sino de esa mujer mayor que vende muñecas. ¿Sabes a quién me refiero?

–Sí. ¿Qué pasa con ella?

–¿La has visto recientemente?

Después de reflexionar un instante, dijo:

–No. Estas dos últimas semanas no han coincidido nuestros horarios.

–Tenía la intención de comprarle un par de muñecas para mis sobrinas. ¿No sabrás por casualidad dónde vive?

Otra vez esa sonrisita enigmática.

–¿Qué? ¿Por qué me miras así?

–Me preguntaba dónde consigues esa *fabulosa* colección de embustes –dijo con una voz que era una notable imitación de la mía, sutilmente distorsionada por la simulación. Hizo unos aspavientos femeninos con sus huesudas manos frente a su cara.

Los dedos largos de los hombres me vuelven loca, no sé si lo habré dicho antes.

Me contagió la risa burlona, no pude evitarlo.

–Me has pillado –dije–, lo reconozco. ¿Cómo has sabido que eran embustes?

–Malik –respondió, señalando al vendedor de incienso–. Me contó que la policía había estado por aquí haciendo preguntas sobre Ida... porque la habían matado. Él les dijo que no sabía nada. Yo no estaba cuando vinieron.

–¿Y sabe algo?

–No lo creo.

–Y tú... ¿sabes tú algo? En concreto, ¿sabes dónde vivía?

–¿Cuál es la verdadera razón de que lo preguntes?

–Pues... –cuernos, estaba harta de mis salidas ingeniosas–, porque quiero portarme bien con ella.

–Llegas un poco tarde. Ha muerto.

–Ése es mi problema. No estoy enredando por enredar, créeme. Tengo razones sólidas para querer enterarme de... ¿Y ahora qué? ¿Qué estás mirando?

–¿Cómo quieres que te llame?

–Nan.

–¿Cuándo puedo llamarte?

–Vete a la mierda.

–Eres una preciosidad, Nan. Supongo que estás harta de oírlo.

¿Qué era ese repentino golpeteo en los oídos? Ah, claro, las consabidas palpitaciones.

–Bueno, ¿qué me dices?

–¿Qué te digo de qué, pequeñaja?

–De la dirección de Ida.

Entonces señaló casi imperceptiblemente con la cabeza una abollada camioneta color gris pardusco que estaba junto al parquímetro al otro lado de la calle.

–Ida tuvo que encargarse de que le reparasen la máquina de coser en una ocasión. Yo la recogí en el taller y se la llevé a casa.

–¿Y dónde estaba su casa?

–En Amsterdam.

–¿Recuerdas la dirección exacta?

–Con un buen esfuerzo de concentración, quizá la recordara.

Esa sonrisita suya me estaba haciendo sentirme como Caperucita Roja.

Su frase de doble sentido pedía a gritos una réplica, pero yo no tenía listo el guión. Debía darle esperanzas, pero sin animarle tanto como para que me montara allí mismo, en plena calle. Maldita sea, mis neuronas no estaban en buena forma. Vamos, pasmada. ¿Qué diría Aubrey en este momento? ¡Cualquiera sabe! Para empezar, Aubrey no estaría interrogando a un hombre sobre la dirección de una mujer asesinada.

Salí del paso como mejor pude:

–Hum... ¿qué podríamos hacer para que te concentraras bien? Con un buen mano a mano entre los dos, seguro que se nos ocurría algo.

Con eso desembuchó.

–Espero que me estés diciendo la verdad. ¿Es ésa realmente su dirección? Porque en la guía de teléfonos no figura ninguna Ida Williams en esa dirección.

–Te lo prometo –respondió–, es ésa.

Saqué el bolígrafo del bolsillo de mi blusa.

–Y ahora –prosiguió–, te propongo que echemos un póquer para que te explique por qué no viste el nombre de Ida Williams al buscar esa dirección en la guía.

–¿Un póquer?

–Sí. Vamos a subir las apuestas.

–¿Hasta dónde? –pregunté con voz gélida.

–Cambiemos la comida por una cena.

–Hecho. Dime por qué no figura en la guía.

–Cuando fui a llevarle la máquina de coser, el nombre que ponía junto al timbre no era Williams, sino Rose. Alice Rose. Supuse que Ida vivía con una amiga o realquilada.

–Excelente –dije a la vez que anotaba el nombre y la dirección.

–¿Te gusta la comida picante?

–No, en absoluto –respondí–. Te llamaré –y le tendí el bolígrafo y un papel para que apuntara su teléfono.

Así lo hizo.

–¿Howard? *No* tienes pinta de Howard.

–Por ésta te debo una muy gorda, J.

–Tranquila, Siniestro Total. Pedir que me devuelvan los favores es uno de mis mayores placeres. Y, además, este chorizo también me debe una gorda.

Justin y yo estábamos a la puerta de un bar siniestro y anónimo de Amsterdam. Para mí, territorio desconocido. Por debajo de la calle Treinta y cuatro, conocía Manhattan como la palma de mi mano. También tenía trilladas algunas zonas de Harlem... las casas de colegas músicos, el Estudio Museum, un par de bares y, desde luego, la elegante y decadente Sugar Hill, donde Aubrey vivió en tiempos en un piso realquilado de lujo. Estaba incluso familiarizada con algunos barrios de Brooklyn. Pero el Upper West Side, desde el norte de Lincoln Center hasta el sur de Harlem, quedaba fuera de mis rutas habituales.

J y yo estábamos esperando a Lefty. No es que el chorizo se llamara así. Aún no sabía su nombre. Lo único que sabía es que era uno de los personajes más que equívocos del mundo de Justin... que, a decir verdad, también era el mundo de Aubrey. Vividores de poca monta y traficantes de coca, empleados de clubes de strip-tease, picapleitos sin escrúpulos, camareros que en sus horas libres actuaban en películas porno o robaban almacenes. Lefty pertenecía a ese mundo.

Y, sin embargo, conducía un coche pelotudo. Llegó en él al cabo de pocos minutos.

–¿Seguro que este tipo sabe lo que quieres que haga? –pregunté mientras veía acercarse al conductor.

–Claro que sí.

–Ese favor que te debe tiene que ser de cojones.

–Le proporcioné una pequeña coartada. Digamos que supuso veinticinco años de diferencia en su vida, y olvidémoslo.

–Ya está olvidado.

–Tú también me puedes devolver el favor, Siniestro Total. Sin necesidad de transgredir las leyes.

–Lo que tú me digas...

–Mi novio Kenny quiere invitarnos a comer... un festín a base de pasteles de cangrejo y champán.

–¿Eso es todo lo que debo hacer?

–Eso es todo. Deuda saldada.

–Cuando quieras, compañero.

Visto de cerca, Lefty resultó ser un hombre blanco bastante bien parecido... nada que ver con un machaca. La cola de caballo resultaba en él un error

disculpable, no un auténtico crimen como en otros hombres. Era un poco tapón; Justin y yo le sacábamos una cabeza.

No fue muy amable con Justin. Con la mandíbula apretada, saludó mecánicamente con una inclinación de cabeza y eludió su mirada mientras Justin le daba la dirección de Ida.

–Entendido –masculló–. Vamos allá.

–¡Un momento, mastuerzo! –le reconvino Justin–. ¿No has visto que aquí hay una dama? Te presento a mi amiga Thelma. Thelma, éste es... Mark.

«Mark» podía ser o no ser el verdadero nombre de Lefty. Pero ¿cómo se le había ocurrido ponerme Thelma de alias? Buaj. Muchas gracias, Justin. ¿Por qué no Shaneequa?

Mark apenas me miró, evidentemente ansioso de estar en cualquier otro sitio. Pero cuando al fin volvió los ojos hacia mí, se tomó su tiempo para examinarme.

Me di cuenta de que me estaba viendo sin blusa, contorsionándome en el escenario bajo los focos azules y naranjas.

–Me alegro de conocerte, Thelma. ¿Trabajas en Caesar's?

–No –respondí–, pero pienso presentarme a una audición. Tengo preparado un número con un pollo vivo.

–¿En serio? Qué genial... genial –estaba totalmente arrobado. Absorto en la contemplación de mi pecho. Los bajitos tienen un rollo especial con las tetas.

–¿Te parece entonces, Mark, que tengo posibilidades de que me contraten? –pregunté.

–Genial... genial...

Creo que con mucho gusto se habría quedado allí plantado toda la tarde, observándolas mientras en su cabeza se desarrollaba una película privada.

–Bueno, niños. Ya habéis tenido bastante estimulación previa –nos comunicó Justin–. Vamos a ello.

J y yo nos adelantamos. Encontramos enseguida el edificio donde había vivido Ida, una casa blanca de buen aspecto con columnas en la entrada, y pasamos al portal.

Ese día no me había travestido a lo Johnny Cash. Llevaba una mini marrón de punto y un jersicito de crochet bajo un abrigo de lana, una boina de cachemir, vistosos zapatos de tacón y maquillaje cuidadosamente aplicado. Toda una actuación estudiada. ¿Quién era yo? La ayudante de un jefe de una agencia de publicidad. Una socia ejecutiva de una distribuidora de cine independiente de éxito. La novia de un destacado marchante de arte europeo. Cualquiera de esas posibilidades colaría si me encontraba cara a cara con el portero o con un vecino curioso. Les explicaría que estaba tan desesperada por encontrar piso que había optado por ir de casa en casa.

Verifiqué la cuestión de los timbres. Mi amigo de Union Square había sido legal al informarme. En aquel edificio no había ninguna Ida Williams, pero una tal Alice Rose vivía en el piso 61 C.

Nuestro hombrecito especialista en pechos entró apresuradamente en el portal al cabo de unos minutos. Le vi echar mano a su bolsillo trasero y sacar una herramienta fina y reluciente. En un abrir y cerrar de ojos, traspusimos la puerta interior.

J y yo cogimos el ascensor hasta la planta sexta y localizamos el 61 C. Entonces Lefty llegó por la escalera, sigiloso como una sombra, y Justin le llamó por señas desde el fondo del pasillo.

A mí me enviaron a hacer de vigía junto al ascensor. Hasta que no oí el zumbido del aparato en su caja, bajando hacia el portal, no se me ocurrió que lo lógico era sentir miedo.

Algunos de mis parientes mayores solían llamarme el bulldog. Me pusieron ese apodo porque, cuando se me metía algo en la cabeza, no paraba hasta que me salía con la mía, ya fuera demostrar a mis padres que necesitaba una pluma estilográfica cara, convencerlos de que me dejaran ir a Europa o cualquier otra cosa. Y con la cuestión de llegar al fondo del asesinato de Ida me estaba portando igual. Estaba ayudando a dos hombres a allanar un piso. Nuestra intención no era robar, ciertamente, pero de todos modos aquello era allanamiento de morada. Un delito, se mirase por donde se mirase.

Empecé a sudar profusamente, imaginando que el portero nos había visto entrar en algún monitor de seguridad y en ese momento se dirigía hacia la planta sexta acompañado por la policía.

Oí un golpe seco procedente de la zona donde estaba trabajando Lefty y mi corazón le hizo eco con una palpitación. El ascensor venía hacia arriba. ¿Dónde se detendría? Donde se detenga, nadie puede saberlo. ¿Dónde se decía eso? ¿En el juego de hacer girar la botella para darse un beso? ¿O en *Wheel of Fortune*?

Se detuvo en el quinto piso. Justo debajo de mí. Me llegó desde allí el sonido de unas voces –un hombre y una mujer comentaban amistosamente sus respectivos planes para el Día de Acción de Gracias– que luego se fueron perdiendo a lo lejos.

De pronto un brazo me rodeó la cintura y oí un susurro áspero:

–Todo en orden, Thelma.

Del respingo que di, casi me salí de mis escaupines Ecco de noventa y ocho dólares.

–Si tienes cualquier problema en Caesar's, no dejes de decírmelo –dijo Lefty–. A lo mejor nos tomamos una copa juntos la próxima vez que vaya.

No esperó a que le respondiera. Cuando recobré la voz, ya había bajado la mitad de las escaleras.

La casa de Ida fue toda una sorpresa. Supongo que esperaba ver un pequeño apartamento con mobiliario de segunda mano y restos de las telas baratas con las que confeccionaba las muñecas esparcidos por todas partes. Unos cuantos estantes que crujirían bajo el peso de baratijas cubiertas de polvo y una Biblia familiar... o tal vez un manual de brujería. Unas humildes latas de comida en la cocina. Quizá un gato callejero medio muerto de hambre.

No era así para nada. Había un amplio cuarto de estar luminoso, limpio y despejado. En un rincón, unas veinte o treinta de sus muñecas se exhibían en una vitrina. La cocina, de buen tamaño, estaba impecable y perfectamente equipada, incluso con un refrigerador posmoderno de reluciente acero inoxidable.

El vestidor del escueto dormitorio estaba pulcramente organizado y, además del previsible surtido de jerséis, impermeable, pantalones, faldas y otras prendas, vi por lo menos tres preciosos vestidos de fiesta de gusto tan exquisito como el que llevaba la noche en que murió. Allí estaba también su máquina de coser, sobre una mesa con ruedas. A los pies de la cama de matrimonio gigante había una manta de viaje de angora como para morir.

Sólo tenía una pregunta que hacer: ¿Cuándo me podía mudar allí?

–Bastante decente, el pisito –le comenté a Justin, que estaba tranquilamente sentado en el banco estilo Shaker colocado frente a la ventana más grande de la sala.

–Tú lo has dicho, mi niña.

–Tenemos que aligerar, J. Vamos a registrarlo todo.

Echó atrás la cabeza, agitando unos bucles imaginarios.

–¡Quién lo iba a pensar! Aquí estoy, realizando una arriesgada misión en busca de la fórmula antes de que la encuentren los alemanes. ¡Dios mío, me siento como Hedy Lamarr!

–Los de la prisión de Rikers Island van a decir lo mismo si nos descubren aquí, pasmado. Empecemos por las cajas del armario del dormitorio.

En esas cajas no había más que ropa de verano primorosamente guardada entre virutas de cedro. Con el mayor sigilo posible, abrimos los cajones de la cómoda, palpamos los pliegues del sofá y de las sillas, verificamos el contenido de la cajonera de la ropa blanca, sacamos los trastos del armarito del cuarto de baño. Era un registro a ciegas, porque realmente no sabíamos qué íbamos buscando. Luego, en una sombrerera del armario del vestíbulo, encontré algo: un fajo de billetes. En total, unos ochocientos machacantes.

–¿Qué te parece? Es algo más que dinero para imprevistos –dijo Justin.

–Algo más que dinero para imprevistos –repetí–. Es mucho dinero para guardarlo en casa, pero no suficiente para que signifique nada especial. Tal vez

sea su recaudación de los últimos meses. A lo mejor no confiaba en los bancos. Le pasa a mucha gente mayor.

Continué revolviendo objetos por aquí y por allá.

–Entonces, ¿quién te parece que es la tal Alice Rose? –preguntó Justin.

–Eso mismo estaba yo cavilando. Evidentemente, no es una compañera de piso. Ésta es la casa de una sola persona. Ida debía estar realquilada, como dijo el tipo del mercado de granjeros. Probablemente, de manera ilegal.

–Tal vez –respondió Justin–. Pero, aun así, ¿cómo se lo podía permitir? Este edificio es fabuloso.

–Hum... Estoy de acuerdo. Quién sabe... a lo mejor Alice Rose paga una renta antigua. Quizá se cuente entre los privilegiados que llevan siglos en esta casa y siga costándole unos doscientos dólares al mes.

Advertí que mi amigo había dejado de registrar la mesilla de noche y contemplaba una fotografía con marco de oro.

–¿Qué estás mirando?

–He encontrado esto en lo alto de la librería –dijo–. Mira a la buena de Ida. Parece una súper vedette.

Me acerqué a la librería.

–A ver.

La fotografía, que tenía aspecto de retrato de estudio, era de hacía unos veinticinco o treinta años. Ida llevaba un traje blanco con corpiño adornado con cuentas.

–Qué pasada. Una auténtica súper vedette, en efecto. Tengo un viejo álbum de Sarah Vaughan donde se la ve vestida exactamente así.

–Fíjate en cómo va maquillada, mi niña. Whitney Houston ha debido de ver esta foto en alguna parte.

–Qué raro, ¿verdad? –comenté–. Lo que más me extraña ahora es cómo pasó de *esto* a vender muñecas vudú en la calle. Sigue buscando, J.

No encontramos ninguna fórmula secreta, ni un estado bancario con un saldo de medio millón de dólares, ni siquiera un recibo de alquiler con el nombre de Alice Rose. Pero, cuando nos disponíamos a rendirnos y marcharnos, me acerqué al vestidor de puerta corredera para cerrarlo. Allí dentro había visto un gran cesto de mimbre con sus útiles para coser. Dejándome llevar por una corazonada, me dirigí hacia él y hundí la mano hasta las profundidades.

Palpé un objeto duro al fondo del cesto. Cuando lo saqué, resultó ser una vieja carpeta de papel de Manila. Volví a hundir la mano y esa vez saqué un objeto mucho mayor y más sólido... una especie de álbum de recortes.

Primero abrí la carpeta.

–Mira, Justin. Otra foto estilosa de Ida cuando era joven.

–¡Qué lujo de vestido! –exclamó–. Caray, mi niña. Si parece Della Reese antes de que se metiera en carnes. Si esos pendientes siguen en esta casa, sintiéndolo mucho, me los adjudico.

Agarró la carpeta para echarle un vistazo de cerca y entonces cayó al suelo una hoja amarillenta de periódico. Allí estaban retratados Ida y un hombre negro despampanante vestido de frac; el pelo alisado de ambos relucía como los dientes de una modelo en un anuncio de blanqueador dental. A Justin y a mí nos dio un ataque de risa histérica, y sólo lo reprimimos al recordar dónde estábamos.

«Miller (a la izquierda) y Priest», decía el pie de foto. Miré la cabecera de la página, que estaba arrancada. Lo único que se veía era la palabra «Cleveland».

–Aquí pone que se apellida Priest, ¿no es eso? –preguntó J–. Yo pensaba que se apellidaba Williams.

Me encogí de hombros.

Sólo encontré otra foto: un primer plano del mismo dúo, tomado, probablemente, unos diez años antes que la foto de Miller y Priest.

Se la pasé a Justin.

–Bien plantados, ¿eh? –dije–. ¿Cuál sería la noticia? ¿Por qué los sacarían en el periódico? ¿Habrían ganado la lotería o algo por el estilo? No parece que sea la comunicación de una boda. Más bien algo del mundo del espectáculo... como si la foto del periódico fuera un anuncio. Ida y ese tipo debían de actuar juntos. Supongo que era eso. ¿A qué crees que se dedicaban? ¿Al *tap dance*?

Justin meneó la cabeza.

–Bueno, por lo menos nos hemos enterado de que no era pareja de Sammy Davis.

–Será mejor que nos vayamos ya –dije–. Sólo un instante para que vea qué es este libro...

–¿Qué? ¿Qué es, Siniestro Total?

Tardé un minuto en contestar porque, como dicen mis amigas que van al psiquiatra, aún estaba procesándolo.

–Es un anuario –repuse al fin, suavemente–. Un anuario de instituto.

–¿De qué año? ¿De 1920?

–No. Más reciente. Del noventa y seis.

Justin me lo quitó de las manos.

–Stephens Academy, 1996 –leyó. Y luego se encogió de hombros–. No lo entiendo.

–Ni yo tampoco. Es el colegio de mi padre. Es el director.

Fine Brown Frame

[Un estupendo chasis moreno]

Contemplé los árboles, como venía contemplándolos desde hacía veinte minutos, con el anuario abrazado contra el pecho.

La majestuosa vista de Central Park desde las ventanas de Aubrey siempre había sido lo que más me gustaba de su piso, y en esos momentos estaba bebiéndome la vista con los ojos, absorta en mis pensamientos, absorta en la contemplación de los árboles.

Aubrey salió del baño con una toalla puesta. Alrededor de la cabeza, quiero decir. Era todo lo que llevaba encima.

Se sentó en el kilométrico sofá modular «¿compran alguna vez otro tipo de sofá las personas que viven en rascacielos?» y empezó a pintarse las uñas de los pies.

Me había llamado hacía unas horas para decirme que Lemán Sweet, cuya debilidad por ella no era ningún secreto, había mordido el anzuelo. Había telefonado a Aubrey y le había dicho que quería verme y sabía que pasaba la mayoría de las noches en su casa. Le vendría bien, según dijo, dejarse caer por allí esa noche, de camino a su casa.

–Su casa... habría que ver qué cueva es –se burló Aubrey.

En su día, Aubrey se había divertido tomándole el pelo, seduciéndole, pero nunca olvidó ni perdonó que me hubiera tratado mal.

Por suerte, aún no había sacado la basura de mi casa. Recordaba haberle dicho a Sweet que en realidad era Aubrey y no yo quien tenía debilidad por las muñecas de Ida Williams. Por eso, antes de ponerme en marcha hacia el norte de la ciudad, saqué a los dos reinos del vudú de la papelera de debajo de mi escritorio y las guardé en la mochila. En aquel momento, estaban plantadas en la repisa de la ventana, mirando hacia fuera y, probablemente, disfrutando tanto como yo de la vista del parque.

Cuando vio que las colocaba allí, Aubrey comentó:

–Esta noche, antes de irte, acuérdate de llevarte a ese horror de muñecas harapientas.

–No te preocupes –repliqué–. Nunca se quedan donde no son bien recibidas.

–Bueno, ¿de qué crees que va la cosa? –me preguntó.

–¿El qué? ¿Lo de Lemán? No tengo ni idea de lo que va a decirme esta noche.

–No hablo de eso, boba. Me refiero al libro. Del cole de tu padre. ¿Por qué lo tendría en su piso esa mujer?

–Ya me gustaría a mí saberlo.

Era una manera eufemística de expresarlo. Sentía un miedo cerval desde que le había echado la vista encima al anuario. Ni idea de por qué estaba en casa de Ida. Probablemente, habría una explicación muy razonable; como que tenía un nieto o nieta prodigio, o algún sobrino, que asistía a ese colegio de pijos, y el hecho de que mi padre lo dirigiera no era más que una coincidencia. No parecía inverosímil. Pero, entonces ¿por qué lo guardaba en el fondo del cesto de costura? Escondido. Eso tenía que significar algo.

No satisfecha con allanar la casa de Ida Williams, me había llevado un objeto que tal vez fuera una prueba judicial. Antes de salir de allí con Justin, agarré el anuario. No sabía cómo encajaba mi padre en todo el asunto; pero sabía que debía sacarlo de allí. Aunque tuviéramos nuestros más y nuestros menos, los lazos de sangre eran indelebles.

Ningún lazo de sangre me unía a Ida. Lo cual no me impidió guardar junto a la cubierta posterior del libro su foto más reciente, en la que estaba con... cómo podría llamarlo... el señor Miller, su presunto compañero de escena, y llevármela.

Cuando todo aquello saliera a la luz, Leman Sweet iba a crucificarme si alguien no le ataba las manos. Eché un vistazo al perfecto chasis de Aubrey. Dios mío, y ahora estaba chuleando a mi mejor amiga.

–¿Recuerdas que una vez te hablé de una noticia que había leído en el periódico, Aubrey? Cuando estaba en París. Recordarás que te dije que me había enterado por la prensa del asesinato de una mujer. Nunca había oído hablar de ella ni de ninguno de los implicados en el asesinato... pero, por algún motivo, supe que esa mujer iba a tener alguna influencia en mi vida.

–Y la tuvo. La peor de las influencias.

–Exacto. Pues eso mismo fue lo que sentí al ver el anuario. Como si mi padre tuviera algo que ver con el asunto de Ida. O con las muñecas de mierda... o algo así. Verás, es que las dos cosas, el anuario del instituto y la vieja carpeta con las fotos y el anuncio del periódico, estaban juntas en el cesto. Y yo qué sé... qué sé yo. La cuestión es que se me pusieron los pelos de punta.

–Estás empezando a decir tantas bobadas como Justin. Siempre anda cruzando los dedos de los pies, o poniéndose un anillo especial para que le traiga buena suerte y no sé cuántas chorradas más. En mi opinión, estáis los dos pirados.

Me encogí de hombros avergonzada, incapaz de rebatirle con algún argumento. Aún me tenía asombrada la facilidad con que me había tragado todo el rollo de las muñecas y sus poderes especiales, como los llamaba Ida. No

me tenía yo por una persona especialmente supersticiosa. Creía en el destino, eso sí. Pero no era una esclava de la superstición.

En ese momento, Aubrey fue a vestirse. No me dio tiempo a reflexionar sobre el otro interrogante de la noche: ¿Qué me iba a decir Leman? Apostaba lo que fuera a que la policía ya había identificado a Ida y, probablemente, localizado su casa. Me recorrió un escalofrío al pensar que nos podían haber pillado a Justin y a mí en el piso, que cabía la posibilidad de que hubiera llegado la pasma y, al darse cuenta de que había alguien dentro, se hubiesen anunciado a su estilo particular... con una rociada de balas.

Sonó el timbre del portero automático.

Aubrey me dijo a voces desde el dormitorio, al fondo del pasillo:

–Debe de ser el Cataplins Calientes. ¿Contestas tú, por favor, Nan?

Así lo hice.

–Viene a verla el sargento Sweet –anunció el portero.

–Que suba –respondí.

Sí, que suba. Empieza el espectáculo.

–¿Cómo te va, Leman? –fue mi saludo.

Hizo una inclinación de cabeza bastante amistosa. Por lo visto, me iba a permitir que me dirigiera a él por eso que llaman nombre de pila.

–No estás ocupada, ¿verdad? –preguntó a la vez que escudriñaba la habitación.

–No, tranquilo.

Lo conduje al cuarto de estar y le invité a sentarse. Me quedé allí plantada, en silencio, mientras él continuaba buscando señales de la presencia de Aubrey.

Mi amiga apareció al cabo de unos segundos. Largas piernas enfundadas en medias blancas. Un jerséi amarillo de angora que dejaba un hombro al descubierto. Rizados mechones alborotados por aquí y recogidos por allá. Entabló con Sweet ese contacto visual primordial, diciéndole engañosamente con la mirada: *Si juegas bien tus bazas, quizá llegue a estar tan interesada en ti como tú lo estás en mí.*

–Hola –dijo sencillamente, convirtiendo el saludo en una palabra de por lo menos cuatro sílabas.

–¿Recuerdas a mi amiga Aubrey, verdad Leman?

Pobre Cataplins Calientes. Se echó a reír como un bobo, tratando de no tartamudear. Al final logró decir:

–¿Qué tal, Aubrey?

–Muy bien –larga pausa, sonrisa traviesa, sosteniendo todo el rato la mirada–. Nanette, ¿le has ofrecido a Sweet algo de beber?

–¿Quieres beber algo, Leman?

–No, estoy bien así –se apresuró a responder, sin molestarse siquiera en fingir

que me miraba.

–No estás bien así –sentenció Aubrey–. Voy a traerte una cerveza. Tengo una Heineken reservada para ti. ¿Te apetece, Sweet?

El detective asintió con la cabeza tan enérgicamente que temí que se partiera el cuello.

–¿Y bien? –pregunté a la vez que me sentaba frente a él–. ¿Ha sucedido algo?

–¿Qué ha sucedido?

–No lo sé. Pensaba que tú me lo ibas a contar.

–Ah, sí. Ha sucedido algo. Llamé a Loveless para preguntarle sobre la anciana de la que me estuviste hablando. No llevaba encima ningún documento, tal como me dijiste. Pero al final la identificaron por las huellas. Ida Williams no era su verdadero nombre.

–Vaya, vaya.

–O, mejor dicho, no era más que uno de sus nombres. Tenía cuatro o cinco...

En ese momento llegó Aubrey con la cerveza. La colocó en la mesa de cristal junto a una jarrita y luego se retiró discretamente.

–...cuatro o cinco alias y unos antecedentes de veinte años de antigüedad.

–Estás de guasa –fue una respuesta automática. Supe repentinamente, con claridad meridiana, que iba en serio.

–Cumplió algunas condenas por falsificación de dinero, robos de guante blanco... cosas así –añadió.

Entonces me llegó el turno de reírme como una boba. Por el mismo motivo por el que se había reído él: me había quedado sin palabras.

Leman giró la cabeza en redondo. Aubrey estaba hablando por el teléfono de la cocina y él aguzaba el oído para tratar de oír lo que decía. Pero mi amiga estaba inquietantemente fuera de su alcance, su voz no era más que un lejano ronroneo.

–Por lo visto, la viejecita no era ni mucho menos como tú creías –comentó. Luego tomó un largo sorbo de cerveza y se secó los labios con la servilleta rosa de papel que le había proporcionado nuestra anfitriona.

–Eso parece –dije despacio, pensativamente.

–¿Por qué no se lo contamos también a Aubrey? A lo mejor se anima al saber que Ida era una farsante.

–Hum, buena idea –murmuré–. Se lo diremos enseguida.

Para ser sincera, lo que estaba pensando era: ¿Será peor la bronca que me caiga si se lo cuento ahora o más tarde? ¿Podré librarme de dar explicaciones sobre mis correrías de allanadora de moradas? Eché una ojeada al anuario, que estaba boca abajo junto a las muñecas. La seductora actuación de Aubrey era mi salvación. Pero ¿caería también mi padre bajo su protección si al final resultaba

que en efecto estaba relacionado con las fechorías de Ida? ¿O incluso con su asesinato? De ninguna manera.

No había olvidado la manía que me cogió Leman cuando nos conocimos por mis supuestos aires de «universitaria» sabelotodo. Si mi superdotado padre había hecho alguna maldad, le caería un castigo mucho peor que a un delincuente común de la calle. Leman se ocuparía de ello. Aquel negro mofletudo del tribunal supremo había acuñado una expresión que podía aplicarse a este caso: habría un linchamiento de alta tecnología.

–¿Te apetecen unas galletitas saladas, Sweet? –era Aubrey, hablando desde la cocina.

–Sí, ¿no te apetecen? –le animé, todavía dándole vueltas al asunto, posponiendo lo inevitable.

–No. Estoy controlando la sal –respondió.

–Haces bien –dijo Aubrey, asomándose un instante por la puerta. Luego desapareció a toda prisa.

–Sigo sin creer que haya sido un asesino a sueldo el que ha matado a esa mujer –me dijo entonces Sweet–. El hecho de que tenga antecedentes no demuestra nada. Estamos en Estados Unidos... cualquier negro puede tener antecedentes penales. Pero lo mejor que podéis hacer Aubrey y tú es manteneros al margen de todo el asunto de Ida Williams –soltó una risita maliciosa–. La otra noche conseguiste hincharle las narices a Loveless, ¿sabes? Me da la impresión de que está cabreado por toda la movida de los antecedentes de Ida. Quizá el caso no sea tan sencillo como creía. Pero, aun así, no te interesa buscarte problemas con él. Te lo aseguro.

Un grito ratonil se me escapó de las profundidades del pecho:

–¡Mierda!

–¿Qué pasa?

Sufrí mi segundo ataque de risa histérica.

–Mira, Leman. Será mejor que... que te cuente algo.

Esperó a que prosiguiera. Vi que la expresión se le endurecía poco a poco.

Me levanté y fui a buscar el anuario. Paso a paso, mientras contaba a qué había dedicado la tarde del jueves, confesé un allanamiento de morada, el escamoteo de pruebas y Dios sabe cuántos delitos menores más, como se diría en la jerga policial, que irían incluidos en el lote. También le conté todo sobre el compañero escénico de Ida. Y sobre el fajo de billetes de la sombrerera.

–¡*Maldita* sea! Eres incorregible, Bola de Billar –me acusó–. ¿Por qué no te ahogaron cuando naciste? –señaló con la mano el anuario–. Dame eso, nena, antes de que...

–¿Qué tal van las cosas por aquí? –la cálida voz de Aubrey fundió la tensión acumulada en el ambiente.

–Será mejor que te responda Leman –dije–. Quédate con nosotros, Aubrey. Ah, y yo también me voy a tomar una de esas cervezas.

Con ademán brusco, Leman sacó la fotografía del libro, la observó desdeñosamente y la soltó de golpe. Luego reanudó su andanada contra mí a la vez que pasaba las páginas del anuario hecho una furia.

–Pero ¿qué estúpida idea se te metió en esa Bola de Billar tuya para cagarla de esa forma? ¿Es que estás loca de atar? ¿O es que pretendes volverme loco a mí? ¿Y por qué hostias crees que tu padre tiene algo que ver con esto? Menuda capullada.

La cara me ardía. Por lo visto, una vez más, estaba tomándome demasiado a pecho el rollo supersticioso y viendo malos agüeros donde no los había.

–Mira lo que te he traído, Sweet –con una gran fuente rebosante de galletitas saladas en la mano, Aubrey parecía una lasciva representante de productos alimenticios–. Todas con poca sal –anunció frívolamente.

Leman quiso decir algo, pero mi amiga ya había untado una de las galletas con crema de queso y se la estaba metiendo en la boca con sus dedos de uñas recién pintadas.

Se sentó cerca de él en el sofá.

–No quiero interrumpiros –dijo–. Continúad con lo vuestro.

Leman carraspeó.

Yo suspiré resignada.

–Sí, continúa, sargento Sweet. ¿Por dónde íbamos?

Pero Sweet no reanudó su arenga. En lugar de eso, me preguntó:

–¿Cómo dices que se llama ese colegio?

–Stephens Academy –repuse innecesariamente, porque en ese momento Sweet cerró el libro para ver la cubierta a la vez que marcaba con la otra mano la página donde estaba.

–Ésta es la promoción del noventa y seis, ¿verdad?

–Sí, ¿por qué?

Me levanté para ver qué le interesaba tanto. Sweet estaba mirando a una bonita muchacha vestida de toga y birrete, con una atractiva sonrisa maliciosa en los labios. Tenía un rostro llamativo, más que bello, un conjunto de planos espectaculares que eran el receptáculo perfecto para sus ojos almendrados y sus labios carnosos.

–No te voy a echar más la bronca, Bola de Billar.

–¿Ah, no?

–No. Se acabó. Me has dado una idea. Coño, si hasta te voy a dejar que me llames por mi nombre.

–¿Ves? –dijo Aubrey muy satisfecha, como si hubiera resuelto todos nuestros problemas; como si incluso comprendiera a qué se refería Sweet.

–No, no veo nada –dije–. ¿Qué idea te he dado, Leman?

–Olvídalo de momento. Recuerdas lo que te conté sobre mi misión en la calle Doce, ¿verdad?

–La unidad de homicidios. Chavales asesinados. Estrellas de la música rap.

–Eso mismo. ¿Ves a esta chiquilla que está aquí? Salía con el último que murió, Black Hat. Claro que él no era una estrella ni de lejos. Era un chaval de familia bien, Kevin Benson, al que los capitostes de la discográfica utilizaban de mandado. Un quiero y no puedo. Tenía planes de casarse con esta chica, Felice Sanders.

¡Ahí estaba la conexión! Solté una exhalación. ¿Consistiría en eso la sincronicidad kármica? ¿No era mi padre el implicado sino una alumna de su colegio?

Bueno, ¿y qué? La chica asistía al Stephens. ¿Qué más daba?

Hice a Leman esa misma pregunta.

–Así que ese rapero tenía una amiguita blanca que iba al colegio de mi padre. ¿Qué más da eso? ¿No pensarás que lo mató ella, verdad?

–Claro que no. Por lo que he podido saber, estaba loca por él.

–Y, además, ya no va al colegio. Se ha graduado, ¿o no?

–Pues sí. Hasta ahora, no tenía la menor idea de a qué colegio iba. No era una cuestión relevante. Pero ayer decidí entrevistarla otra vez para atar algunos cabos sueltos –llegado a ese punto, titubeó.

–¿Y? –le animé.

–Resulta que, después de la última vez que hablé con ella, se escapó de casa... al menos, eso es lo que me ha explicado su madre. Y ahora me encuentro con que no puedo localizarla.

–Vaya.

–Como has encontrado este anuario, se me ha ocurrido otra forma en que puedes echarme un cable.

–¿Ah, sí?

–Sí. Y, a cambio, yo te mantendré en contacto con Loveless y al tanto de lo que vaya pasando en el caso de Ida Williams. Y le convenceré de que no te coma viva.

–Quieres que vaya a Stephens a hablar con mi padre sobre Felice.

–Has dado en el clavo, Bola. A ver de qué te puedes enterar. ¿Se movía con algún grupo determinado? ¿Hay alguien con quien pueda haber mantenido la amistad? ¿Alguien que le haya ofrecido su casa? Ese tipo de cosas. En la calle Doce andamos cortos de personal. Estamos buscando a la chica, pero tenemos mil cosas más que hacer. Pero tú, tú tienes las puertas abiertas en ese colegio, caray, para algo está tu padre al mando. Quizá sea una pérdida de tiempo, quién sabe. Pero dedícate a fisgar un poco, a fin de cuentas para ti es lo más natural.

Mejor que pierdas tú el tiempo a que lo pierda yo. Eso es lo que me estaba diciendo. Pero hice como que no me enteraba. Necesitaba información confidencial sobre la investigación de Ida Williams y sólo él me la podía proporcionar. Y no tenía el menor deseo de que Loveless me comiera viva.

–Cuenta conmigo –fue lo único que dije.

It's Easy to Remember [Es fácil de recordar]

Recuerdo que una vez escribí un poema y, alentada por mi madre, se lo enseñé a papá. Debía de tener nueve o diez años.

El hecho de que lo hubiera escrito le pareció elogiabile, y así me lo dijo, pero, para ser sinceros, el poema no era gran cosa. *No obstante*, añadió, lo importante no era eso. Lo importante era que él me sabía capaz de superarme.

Después pasó tres semanas trayéndome todos los días algún libro de la biblioteca cuando volvía del trabajo; una antología de Langston Hughes, las obras completas de Emily Dickinson, una pequeña edición encuadernada en cuero de *Cane*, de Jean Toomer, etc.

Ni siquiera abrí ninguno de esos malditos volúmenes. Y no traté de escribir otro poema hasta que cumplí los diecinueve.

Mi padre es bastante implacable.

Es un excelente *pater familias*. Inagotable. Honrado. Racional. Ecuánime. Incluso generoso... si hasta fue él quien le pagó la operación de apendicitis a mi amiga Aubrey, porque su madre estaba en Jersey, en un torneo de póquer, cuando Aubrey se puso a morir. Así pues, debo reconocer que por lo general mi padre hace las cosas de buena fe, pero aun así es implacable y eso no tiene remedio.

Llegar a aceptarlo, sin ayuda de un loquero, ha sido para mí una larga andadura. Y la cosa se complicó aún más cuando, a mitad del camino, mi padre abandonó a mi madre para casarse con una mujer blanca a la que le sacaba unos veinte años.

Desde entonces, los dos estamos empeñados en un cauteloso esfuerzo de mutuo acercamiento. Hablamos de tanto en tanto, nos sentamos lado a lado en los funerales de los parientes, intercambiamos regalos de cumpleaños (el suyo es invariablemente un práctico cheque por un buen importe) y, en Navidad, me saca por ahí a cenar a lo grande. Gracias al cielo, decidió que ya no tenía edad para seguir procreando y me ha ahorrado el trago de tratar con hermanastros.

Todo parecía indicar que las cosas seguirían así eternamente, que nuestra relación iría languideciendo poco a poco con el paso de los años, hasta que él muriera. Pero la historia dio un vuelco la primavera pasada.

La muerte violenta de su hermana, mi tía Vivian, fue un terremoto que lo puso todo patas arriba. Como si nos hiciera falta que algo más se interpusiera

entre nosotros, algo más que lamentar, demasiado comprometido para afrontarlo, demasiado enmarañado y doloroso para hablar sobre ello. Y, así, la pavorosa muerte de Vivian y mi incapacidad para evitarla se convirtió en una cosa más que había que esconder bajo siete llaves.

Estuve observando a mi padre sin que él lo supiera. Se había parado en el semáforo de la calle Hudson, con una expresión muy suya en la cara. Cuando ponía ese gesto de despiste, no es porque estuviera en las nubes. Muy al contrario, estaba maquinando alguna gorda, casi siempre algo relativo a la Stephens Academy y a cómo convertirla en un establecimiento todavía mejor. Mi padre es totalmente partidario de «planear por adelantado». Me temo que le he defraudado al no salir a él en eso.

Acababa de comer, sin duda, y estaba tomando el aire antes de volver a su despacho en el instituto. La Stephens Academy «un edificio bajo en el extremo occidental de Greenwich Village» no poseía un recinto ajardinado ni un parque cubierto de hierba. Pero tenía una extensión de césped bien cuidado tras las verjas de hierro que daban a la calle y, a espaldas del colegio, lejos del tráfico, el césped se desplegaba en abanico creando un bonito efecto. Allí había unas cuantas mesas de merendero donde los estudiantes tomaban el almuerzo cuando hacía buen tiempo, un jardín de flores y plantas medicinales donde solían desarrollarse las clases de botánica, y una casita de piedra de estilo japonés... ¿Para lecturas de poesía? ¿Recitales de flauta de bambú? ¿Meditación de adolescentes?

Estaba plantada junto a la cancela, observando cómo mi padre se acercaba paulatinamente vestido con su chaquetón verde botella. Burberry's. Lo sabía porque su señora se lo había regalado con ocasión de nuestra última reunión navideña. Como no llevaba sombrero, me llamaron la atención las vistosas ondas grises de sus sienes. Y, qué curioso, hasta entonces no había caído en la cuenta de que mi frente era como la suya. Y mi boca también. Yo no soy implacable. Pero no puedo negar que soy su hija.

¿Se daría cuenta de mi presencia?

No. Pasó de largo.

—Hola, papá.

Se paró en seco, justo al atravesar la cancela, y giró sobre los talones.

—Nanette. Hija mía.

Nos abrazamos un instante y luego me echó hacia atrás para mirarme a sus anchas.

—Se te ve bien hija... estás muy guapa. Bueno, ¿a qué debo este placer? Nunca he conseguido que vinieras a visitar el colegio...

—¿No es mejor que entremos? —le corté.

Le agarré del brazo, pero él no se movió.

–¿Pasa algo? –inquirió.

–No. Estoy bien. Y mamá también –añadí antes de que formulase la pregunta.

Entonces asintió con la cabeza.

–Estupendo. Vamos adentro.

Lo primero, presentarme a su fiel secretaria. No era la fiel secretaria que había conocido hacía años. Ésta no llegaba a los cuarenta, lucía un peinado de lo más moderno y vestía unos khakis y un jerséi de cuello alto de DKNY. Pero, igual que la secretaria de antaño, se levantó y me estrechó calurosamente la mano entre las suyas, como diciéndome con ese gesto: «Ah, tú debes de ser la pequeña Nanette».

Ya en el despacho, reconocí el cubilete para bolígrafos que le había regalado un año, y también el marco de plata, donde había puesto una foto suya con un ex alumno que luego había saltado a la fama, tomada en algún evento celebrado en el colegio.

–¿No tendrás por casualidad un anuario del año noventa y seis, papá?

–¿Nuestro anuario? Pues claro que sí. ¿Por qué?

–Me gustaría echarle un vistazo. Quiero enseñarte una cosa.

Fui pasando las páginas rápidamente hasta que encontré lo que buscaba. Mi padre no guardaba ningún recuerdo especial de Felice Sanders, pero sí se acordaba de que estudiaba con beca.

–¿A qué viene tanto interés en esta jovencita, Nanette? ¿Es amiga tuya?

–No exactamente. No vale la pena meterse en explicaciones, papá. Sólo necesitaba saber si la recordabas... si sabes algo de su vida privada o has tenido noticias de ella desde que se graduó.

Fue como si le leyera el pensamiento. Quería saber más, por supuesto, y, ciertamente, se sentía en el derecho de preguntar más. *Pero, por otra parte*, estaba pensando, mi chica tiene todo un historial de comportamientos bastante censurables. Ha logrado bandearse sin que yo me enterase nunca de muchos detalles. Probablemente lo mejor es no dar pie a que me cuente algo para luego arrepentirme de habérselo preguntado.

A punto estuve de reírme al pensar qué diría si supiera que había comprado un revólver. También pensé en el odio que le tenía mi madre, todavía al rojo vivo después de tantos años. La imaginé esperándole tras la cancela de hierro en mi lugar. El porte súper digno de mi padre se habría venido abajo al verla apuntándole al corazón con mi pipa. Deseché esos pensamientos.

–En el registro tenemos la dirección de Felice –dijo–. Y tal vez la declaración de la renta de su familia. Las notas y demás información académica. ¿Te valdría de algo?

–Todo me vale.

–Por cierto –añadió–, aquí hay una persona que seguramente estará mejor informada de cómo era Felice.

–¿Quién?

–Dan. Dan Hinton. Es profesor de inglés y también hace las veces de psicólogo, extraoficialmente, esto es, porque tenemos un psicólogo escolar en regla. Pero Dan también está licenciado en psicología y les cae bien a los chicos. Tiene el don de ponerse a su nivel y conseguir que se abran.

Vaya por Dios.

Ese personaje no faltaba en ningún colegio. Un hombre o una mujer más próximos por su edad a los chavales que la mayoría de los profesores. Alguien que siempre se creía «en contacto» con las verdaderas necesidades de los adolescentes. Se vestía como si fuera más joven. Trataba de estar muy puesto en la música que escuchaban los chicos –seguía la pista a los ídolos de la cultura pop, así como a las drogas de moda– y a la última en cuestiones de argot. Se tenía por una persona que sabía escuchar. Todo ese rollo me ponía enferma.

Pasé con mi padre otros quince minutos. En realidad, nuestra lista habitual de temas de conversación no tardó tanto en agotarse: ¿qué tal le iba a Aubrey?, ¿necesitaba dinero?, ¿me las estaba arreglando para ahorrar algo?, ¿continuaba estudiando música con Jeff?, ¿cuántos alumnos tenía en mi clase de francés? Y, en lo relativo a él: ¿qué tal iban las reformas del departamento?, ¿había leído últimamente algún libro que mereciera la pena?, ¿adónde pensaban ir de vacaciones el próximo verano su mujer y él?

Di a mi padre un beso de despedida y prometí ir con él y su señora a la ópera una noche; un plan que tenía tantas posibilidades de convertirse en realidad como el de que él viniera un día a casa para que le preparase una de mis «famosas tartas del revés».

Mientras subía a la tercera planta, me entretuve prediciendo cómo sería Dan Hinton. ¿Tendría ese aire desaliñado y escurrido de los universitarios? ¿O estaría ya un pelín estropeado y con calvicie prematura? ¿Con gafas o sin gafas? ¿Torpe de modales o un derrochador de simpatía?

Casi me choco con un chaval flaco, de pelo rubio ceniza, con los pantalones resbalándole peligrosamente por las caderas, que salía del aula. Por encima de su hombro tuve mi primera visión fugaz de Dan Hinton.

Vaya, vaya. Pues no llevaba gafas. Pero era un horror de feo. Es decir, tan feo como pueda serlo Harry Belafonte. ¿A vosotros os parece feo Denzel? ¿O Brad Pitt? ¿O Laurence Fishburne? Dan Hinton era de ese club.

¿Cómo iba vestido? ¿A quién podía importarle? Me sentí desbordada, lo confieso. Hasta que dijo: «Nanette, ¿verdad?», y se levantó, exhibiendo sus hombrazos.

Con eso me dejó pasmada.

Para colmo, sabía cómo me llamaba.

–No soy adivino –dijo con voz grave, salida de las alturas celestiales–. Vi tu foto en casa de Eddie una vez que Amy y él me invitaron a cenar.

¿Eddie? Nadie llamaba Eddie a mi padre.

–¿Le estás buscando?

¿Qué? ¿Quién? Ah, claro, aún no había pronunciado ni una palabra. Vamos, Nanette, vuelve en ti, chica.

–¿A mi padre? No, ya he estado con él. Me ha dicho que quizá tú podrías contarme alguna cosa sobre una antigua alumna que tuviste, Felice Sanders. Se graduó en el noventa y seis.

–¿Le ha pasado algo a Felice?

–No. Bueno, no lo sé. Sólo quería verla para ver si me podía poner sobre la pista de una vieja amiga mía, que también era amiga suya. Pero tampoco consigo localizar a Felice.

Me dio la impresión de que ese embuste sin pies ni cabeza no colaba en absoluto.

–Vaya, vaya. En fin, no me extraña que te cueste seguirle la pista a Felice.

–¿Por qué? ¿Tú has mantenido el contacto con ella?

–De manera intermitente. Por cierto, ¿no quieres sentarte? –señaló uno de los dos pupitres en forma de media luna.

–Gracias. Pero no quisiera que dejases de trabajar por mí.

–Sin problemas. El trabajo puede esperar.

Qué alucine, el señor Hinton. Esos dientes tan blancos. Esos labios.

Tomé asiento, crucé las piernas y me pregunté si su mirada se detendría en las piernas de todas las señoritas igual que en las mías. Stephens era un instituto demasiado progresista para imponer uniforme y apostaba lo que fuera a que las faldas de las alumnas eran más cortas que la que llevaba yo.

–Estabas diciéndome... que sí habíais mantenido el contacto.

–Sí. Felice da señales de vida con cierta regularidad. Cuando estaba en Stephens, no era exactamente alumna mía. Necesitaba alguien con quien hablar. Como muchos chicos. No acababa de intimar con sus compañeros.

–¿Así que no tenía una pandilla fija? ¿Una amiga en cuya casa pueda estar ahora?

–Lo dudo mucho. A sus compañeros les caía bien, creo yo. Pero era bastante reservada. Una chica maja. Con talento. Quiere ser bailarina... o quería. Las últimas veces que hablamos estaba descentrada... sin saber para dónde tirar. Deprimida. Cabreada. Bastante desorientada.

–¿Por culpa de la muerte de su novio?

–Entonces ya estabas enterada.

–No mucho. Sólo sé que le mataron.

–Eso le dio la puntilla. Estaba enamorada de Black Hat.

–¿A él también lo conocías?

Negó con la cabeza.

–No. Lo único que sabía es que, al parecer, ella lo quería de corazón. Felice estaba en secundaria inferior cuando se conocieron, cuando se enamoraron. Le sentó de maravilla. Es hija adoptiva. Con una infancia complicada. Su padre adoptivo murió. Un golpe tras otro. Pero cuando conoció a ese chaval, se le abrió el cielo. Ya estaba hablando de casarse cuando se graduó. Es tremendo lo de esa pareja. Tan absurdo... tan injusto.

¿Con quién me las estaba viendo? ¿Con el psicólogo escolar del milenio? No contento con guiar tus pasos a lo largo de la penosa experiencia del instituto, luego se mantiene informado sobre cómo te va la vida.

¿Y el asunto de la cena en casa de Eddie y Amy de qué iba? ¿Un poco de peloteo?

–¿A qué te referías al decir que no te sorprendía que no pudiera seguirle la pista a Felice? –pregunté.

–No es cuestión de revelar confidencias, pero te diré que Felice se ha desmadrado un poco desde que murió Black Hat. Se siente sola y... tiene pocos recursos. Me refiero a que ahora es vulnerable y no siempre elige lo que más le conviene.

–En cuestión de hombres, quieres decir.

–Eso mismo. Y la última vez que hablamos, mencionó a un hombre que me da mala espina. Es, a todas luces, mucho mayor que ella. Se ha ido de casa de su madre y no quiere que se sepa dónde está viviendo y... mira, como te he dicho antes, no debería comentar sus intimidades con una desconocida. No te lo tomes a mal. Sé que eres la hija de Eddie y que vas a ser discreta, pero...

–Lo comprendo. Secreto profesional.

–No, Felice no es mi paciente. Es...

Dejó la frase a medias. Me quedé pensativa un instante, quizá más de un instante: «No es mi paciente. Es...». ¿Qué es?

El cuarentón Hinton parecía demasiado responsable, demasiado inteligente para seducir a tontas y a locas a las alumnas. Claro que, cuando Felice dejó de ser alumna del instituto, quizá hubiera habido algo entre ellos. ¿Una falta de ética por su parte? No lo sabía. Lo que sabía con certeza, porque me lo decían las tripas, era que si a mis dieciocho años me hubiera sentido «desorientada» y hubiese tenido a alguien como Dan Hinton interesado en mí, a alguien como él para hablar, o como apoyo o lo que fuera, me habría ido con él a la cama de cabeza.

Pero ¿qué pasaba con aquel tío? ¿Sencillamente que era demasiado estupendo

para ser real? Un hombre negro fuerte, inteligente y que estaba como un tren, con un trabajo fijo, que se llevaba bien con los chavales y los respetaba. Más que un profesor de inglés, parecía la estrella de una serie televisiva para todos los públicos. ¿Qué pasaba con él?

Ah, ya sabía lo que pasaba... no me caía bien.

–Por cierto –dijo–, me gustaría hacerte una pregunta.

–¿A mí? ¿Cuál?

–Sobre ese poema tuyo, «La traducción», que apareció en *Transfer*.

Debí de ponerme verde al oír aquel nombre. Santo Dios. ¿Estaba enterado de eso?

Hacía unos diez años, una pequeña revista cultural de muchos vuelos que se llamaba así me había publicado un poema. Entonces disfruté de una gloria efímera en la universidad. Mi padre debía de tener guardado un ejemplar desde entonces y, seguramente, se lo habría enseñado cuando le invitó a cenar. ¡Qué putada!

–¿Qué quieres saber? –pregunté.

–Era bastante mediocre. ¿Sigues escribiendo?

Tuve una explosión de risa. ¿Qué *pasaba* con aquel tío? El muy cerdo me insultaba y yo me partía de risa.

Suave como un batido, así era. Puede que, en efecto, a los chicos les pareciera el no va más. Y quizá lo era.

–¿Así que tu relación con Felice no pasó de ahí? –le pregunté al cabo de un momento–. Fuiste para ella un amigo mayor y consejero, nada más.

–No fo... nunca... –tartamudeó– me acosté con Felice.

–Podías haber dicho «follé», no pasa nada. No me chivaré a papá.

Sonrió.

Se hizo el silencio. Sin que resultara particularmente incómodo. Él posó en mí una mirada intensa y yo no desvié la mía, ni una vez. Pasado un rato, vi que echaba una ojeada al reloj.

Me apresuré a levantarme.

–Gracias por concederme este rato.

–Sin problemas. Oye, no sé de Felice mucho más que lo que te he contado. Sólo que no se presentó al acceso a la universidad. Su plan era casarse con Black Hat y pensaba seguir adelante con la danza. Ah, sí, una vez le pregunté cómo se tomaría su familia que se casara con un negro, y ella respondió que, de haber algún problema, en su opinión sería por parte de la familia de él, no de la suya. ¿Te sirve eso de ayuda? Es decir, ¿te aclara un poco lo que sea que te traes entre manos?

–Aún no lo sé –dije–. Tal vez. En cualquier caso, gracias –di media vuelta para irme.

–El *final* del poema sí me gustó.

–Por favor... no hace falta que digas eso.

–Ya lo sé. No te estoy mintiendo. Es verdad que el final me gustó. Además, me ha parecido que unos halagos no vendrían mal antes de... antes de planteártelo...

–¿Que ibas a plantearme?

–Si querías que saliéramos por ahí.

¿Qué estaba pasando?, pensé mientras caminaba, medio trastornada, por la calle Novena. ¿Qué estaba pasando conmigo? ¿Desde cuándo había empezado a rociar con feromonas de atracción irresistible a los tíos buenos de Nueva York? ¿Y quién iba a ser el siguiente en tirarme los tejos? ¿El carnicero?

¿Andáis buscando a un hombre que valga la pena, amigas? Pues ya podéis ir olvidándoos. Los tengo yo todos.

Encontré a Lemán en el puesto de pizzas de University Place, a la vuelta de la esquina del edificio donde tenía su base. Ese día se había visto obligado a renunciar al asador debido a la sobrecarga de trabajo. Eran las tres de la tarde y estaba tomando un bocado rápido.

Le di el parte de mi visita a Stephens mientras él trituraba tres porciones con albóndigas y pimientos.

En su barbilla relucían churretes de salsa roja.

–¿Y qué otros rollos patateros te ha largado el fulano ese? No me sorprendería que ese cabronazo tan listo estuviera metiendo... –dejó la frase a medias y puso una sonrisa lasciva–. Los negros cultos –continuó, carcajeándose– siempre creéis que os las sabéis todas y luego sois incapaces de encontrar una mosca en una cagada de burro.

Otra vez lo mismo. ¿Qué viejos rencores estarían reconcomiéndole ahora? ¿Quién sería la pija que le había rechazado cuando estaban en cuarto grado? A nosotros, los negros burgueses nos iban poniendo alfombras para andar por la vida, mientras el pobre proletario de Lemán Sweet tenía que luchar a brazo partido para abrirse camino, ¿no era eso?

Claro que estaba dando por supuesto que era un resentimiento antiguo y no reciente lo que le atormentaba. Cuando seguro que Sweet tenía mil quejas justificadas sobre la vida en su calidad de policía negro... De hombre negro. Pero, aparte de la rabia provocada por los asesinatos de los raperos, nunca me había comentado nada al respecto.

Lemán Sweet era un hueso duro de roer. Un hombre brillante, a la vista estaba. Un policía hábil, también estaba a la vista. Pero todo lo que presuponía de mí y de los míos era exasperante, y la volubilidad de su carácter –la violencia

que llevaba dentro— me asustaba. Además, aun cuando los encantos de Aubrey estuvieran obrando efecto sobre él, y aun cuando hubiera decidido que yo podía serle útil en el asunto de Felice Sanders, no estábamos destinados a ser amigos. Fuera lo que fuese lo que veía en mí, estaba claro que sólo le inspiraba desprecio.

Esperé pacientemente a que terminara de reírse con malicia y fuera al grano.

—Vi a esa chavalita en el funeral de Black Hat. Y estaba disgustada, claro. ¿Cómo iba a estar? Su novio había muerto. Pero no la vi más loca ni «desorientada» de como estaría cualquier chica en su situación. Lloraba y gimoteaba. ¿Y qué? Era un funeral.

—Oye, Leman, querías que me enterase de la historia de Felice en el colegio y es lo que he hecho. A mí me parece que Dan Hinton le tiene afecto. Si él dice que está un poco pasada de rosca, yo tomaría en serio su opinión.

—Bueno, Bola, no tengo tiempo para discutirlo —apuró el vaso de soda de un trago asombroso—. Además, es posible que Hinton no vaya muy descaminado. La madre de Felice sigue sin tener noticias suyas. Y, ahora que lo pienso, es verdad que ese día la chica se puso hecha una furia con los padres de Black Hat.

—¿Qué día?

—El día del funeral. Yo estuve presente. Quería ver si aparecía algún rapero que pudiera ser sospechoso del asesinato.

—¿Por qué se puso hecha una furia? —pregunté—. ¿A cuento de qué?

—Empezó a acusar a Jacob y a Lenore Benson, los padres de Black Hat, de su asesinato. Dijo que si le hubieran escuchado, si le hubieran respetado, aquello no habría pasado.

—¿Qué querría decir?

—Y yo qué sé. Nadie sabía de qué estaba hablando. Posiblemente, ni ella misma. Se puso a pegarles gritos... a decirles que se la iban a pagar por haberle faltado así al respeto a su hijo. Que iba a vengarse de ellos.

Vengarse. El deseo de ajustar las cuentas causaba más estragos inútiles que cualquier otra cosa. Y en este caso, ¿en qué consistiría la venganza? A mi juicio, perder a Kevin ya era una venganza suficiente para los Benson. Bueno, seguramente era una amenaza lanzada a lo loco.

—¿Y qué hay de Ida? —pregunté—. ¿Tiene Loveless alguna novedad?

—Esta mañana le hice una llamada que aún no me ha devuelto. Tendrás que tomártelo con calma hasta que sepa de él. Y, entretanto, ningún trabajito más por tu cuenta, ¿entendido? Si no quieres que te eche a los perros.

—¡Jesús! —exclamé.

Leman volvió a su trabajo, sin haberme agradecido mis esfuerzos, debo añadir. Pero no tardé en echar en el olvido ese desaire. Tenía otras cosas en las que pensar.

Para empezar, había quedado con Dan Hinton.

The More I See You

[Cuanto más te veo]

Hay que ver, parecía una niñata. La cita de esa noche con el guaperas del señor Hinton estaba monopolizando mis pensamientos.

Así pues, salí temprano por la mañana a tocar en la calle.

Escogí una serie de temas rápidos, movidos, de *bop* duro... incluso me lancé a unas cuantas improvisaciones agresivas y contundentes. La recaudación fue prácticamente nula. Pero me daba igual... estaba tocando por tocar. Por practicar. En un intento de centrarme. No quería portarme como una boba emocionada por la perspectiva de haber quedado con un hombre atractivo.

En la funda del saxo llevaba la foto de Ida y Miller. Cuando se me agotó el repertorio de hombres de pelo en pecho, cogí el metro en dirección al barrio de Ida, en el West Side. Compré un vaso de plástico grande de café y me eché a las calles, a enseñar la foto a los comerciantes de la zona y a cualquiera de los antiguos vecinos de Ida que se dignara a hablar conmigo. Unos cuantos residentes paseaban a sus perros, hacían la compra y otros recados, y, cada vez que me topaba con alguno, le metía la foto por las narices. Poniéndome un poco insistente, conseguí que el zapatero remendón me dijera que reconocía a Ida por la foto, pero nunca había visto a Miller.

Eché a andar por Central Park con paso enérgico y salí en Columbus Circle, donde cogí de nuevo el metro para regresar a Union Square Park, que, al parecer, se había convertido en el eje de mi vida.

El mercado de productos del campo estaba precioso con tantas flores de invierno, peras y manzanas exóticas, y hogazas de pan integral recién salidas del horno. Caminé entre los puestos enseñando la foto a los habituales del lugar. Nadie conocía a Miller.

Caray. A aquel fulano debía dársele de miedo pasar desapercibido... y escurrir el bulto. Los delitos tal vez los habían cometido entre Ida y él. Pero sólo Ida pagó por ellos. Miller no tenía antecedentes penales.

Tuve un reencuentro con mi pringoso novio madurito, como lo había llamado Ida jocosamente. El viejo caballero sin techo, que sacaba monedas a los compradores y hacía de recadero de algunos vendedores, me echó el guante cuando salía del parque.

—¿Por qué no me sacas del apuro? —preguntó—. ¡La tengo *a tiro*! —un olor a alcohol y a partes íntimas sin lavar emanaba de él como gas de pantano.

–¿Qué tienes a tiro?

Abrió la mano y me enseñó seis o siete monedas de veinticinco centavos sobre la palma.

–Una Big Mac –dijo–. Sólo me hace falta...

Le planté en la mano un billete de un dólar.

–Ahí tienes. No lo uses para comprarte más zumos.

No me quedaba mucho día por delante. Corrí al peluquero de Aubrey, que se puso a despotricar y a montar el número porque no había pedido cita, pero terminó por hacerme un fantástico corte muy apurado.

De vuelta en casa, combiné de mil maneras todas mis prendas de ropa. Y al final me decidí por ir toda de negro, qué raro. Un vestido ceñido de hacía siglos que nunca fallaba: me hacía lucir el trasero y las piernas y tenía un toque informal.

Mierda, ¿para qué me tomaba tantas molestias? Seguramente sería Dan quien atraería casi todas las miradas.

Íbamos a salir a cenar, por supuesto. Pero nuestra primera parada sería un teatro alternativo de Hell's Kitchen donde un viejo amigo de Dan estrenaba una obra.

–No te preocupes. Es una obra de un solo acto, y divertida, no sesuda –me aseguró Dan.

No mentía. Me arrancó carcajadas un par de veces; las he visto mucho peores. Incluso después de la obligada charla con el autor para felicitarle, estábamos en la marisquería francesa de King Street reclamando la mesita reservada de un rincón noventa minutos escasos después de que se alzara el telón.

Allí olía justo como tenía que oler: ¡a ajo y mantequilla! La música de fondo era de Coltrane. Las luces bajas ungián la piel oscura de Dan –y, con un poco de suerte, la mía–, como a uno de esos sirvientes postrados de los cuadros del Renacimiento.

Impuse una norma desde el principio.

–Nada de hablar de los tiempos en que era la gran promesa en quien mi padre tenía puestas sus esperanzas.

–Creo que podré pasarme sin eso –respondió Dan–. Me apetece mucho más que me cuentes tu última aventura en París –añadió.

Para nada, le dije con firmeza. Ese tema también era tabú. Lo último que quería era revivir mi malograda historia con André, y mucho menos la pesadilla de Vivian.

De su curiosidad por mi viaje a París deduje que mi padre no debía de haberle confiado el asunto de la muerte de Vivian. Por lo tanto, lo más probable es que no tuvieran una relación tan estrecha como había pensado. Quizá Dan ni siquiera sabía de la existencia de la hermana de «Eddie».

Aun así, no nos faltaron temas de conversación mientras tomábamos una aromática bullabesa y una ensalada de endivias, regadas con tinto de la casa. Como por ejemplo, lo solos y desgraciados que nos habíamos sentido a menudo por ser hijos únicos. Lo solos y desgraciados que también nos habíamos sentido muchas veces como universitarios negros en los elitistas centros de la Ivy League, él unos diez o doce años antes que yo. Y que los dos hubiéramos tenido un padre exigente, un luchador que no contemplaba siquiera la posibilidad del fracaso... ni para él ni para su retoño.

Empezaba a bajar la guardia. Y hasta creo que me dio por alardear un poco. Contarle que tocaba en las calles era demasiado arriesgado. Ni mi padre ni mi madre lo sabían. Y, sin embargo, se lo conté. Estaba segura de que no se iba a ir de la lengua con mi padre. Estaba demasiado orgulloso de su imagen de adulto con buen rollo.

–¡No me lo puedo creer! –fue su reacción inmediata a esa revelación; le dejé escandalizado y admirado a partes iguales.

Justo el tipo de reacción que ansiaba provocar la pequeña Nan.

Me lancé a contarle anécdotas sobre la fantástica galería de personajes que había conocido en la calle; sobre cómo me había salvado por los pelos varias veces de que me atracasen; sobre los fiestones de toda una noche con músicos y un muestrario de degenerados; sobre el saxofonista al que recogí en la calle y que terminó asesinado en la cocina de casa. Una aventura tras otra, y cualquiera de ellas habría bastado para ponerle los pelos de punta a mi padre.

Me retraté como un híbrido de una chica dura con estilo y Edith Piaf. El bueno de Danny estaba disfrutando. De nuestro rinconcito salían muchas risas estentóreas.

–Qué vida tan increíble, Nan. Eres la bomba.

Supongo que se me escapó una ligera mueca.

–No, va en serio –dijo–. No te pareces nada a la imagen que tenía de ti. Basada en lo que sé de Eddie... y en las cosas que cuenta de ti.

–Me tenías por una pija negra, ¿no? Una auténtica princesa afroamericana.

Trató sin éxito de formular una respuesta políticamente correcta.

–No pasa nada, te perdono –dije–. Yo también te había imaginado así.

Al parecer, había bajado la guardia del todo. Por lo que fuera, ya no estimaba necesario que Dan Hilton me cayera mal sólo porque a mi padre le caía bien.

Un camarero con bigote pasó silbando a nuestro lado, empujando el carrito de los postres. Quizá una dama de verdad se habría abstenido de tomar postre en su primera salida con un hombre. Pero, nada más echarle la vista encima a la tarta de peras, supe que tenía que probarla.

La compartimos, sin parar de reírnos mientras rebañábamos los restos de nata. Vi que Dan levantaba la mano. Pero no era para pedir la cuenta, ni

tampoco ese café con el que rematar la noche. En lugar de eso, pidió otra botella de vino, con mi entusiasta aprobación.

Seguí mostrándome igual de agradable cuando se trasladó de su silla al pequeño asiento tapizado que ocupaba yo.

No habíamos tomado más de un vaso de la nueva botella cuando mencionó que estaba divorciado.

—¿Y dices que te dejó ella?

Asintió con un gesto.

—Pero ¿qué le pasaba a esa mujer?

Con esa frase hacía una apuesta arriesgada; confiaba en que se diera cuenta de que iba en broma.

Se dio cuenta. Después de reírse a su gusto, me cogió los dedos y los besó con delicadeza, y me agradeció que lo hubiera dicho.

Tardó mucho en soltarme la mano. No la soltó, de hecho, hasta que me hubo rozado los labios con los suyos. Un beso apenas insinuado, hasta el punto de que era tanto un *qué tal, mi querida prima*, como una muestra de interés sexual. Un leve temblor me recorrió el labio superior. No le devolví el beso, ni dejé de devolvérselo.

Después de tomar un poco más de vino, dije:

—Has estado con muchas mujeres, ¿verdad? Hablando en plata, me refiero a que has estado en la cama con muchas mujeres.

Vi que estaba haciendo sus cálculos, tratando de adivinar qué clase de respuesta deseaba oír.

Al final, se limitó a encogerse de hombros y decir:

—Sí.

Bueno, sinceridad no le faltaba. Más o menos como mi padre: hay que decir la verdad aunque te pueda perjudicar y, ciertamente, sin pensar en cómo va a afectar a los demás.

—¿Fue eso lo que pasó en tu matrimonio? ¿Demasiadas mujeres interfiriendo?

Sin querer, había hecho otro chiste. Cuando estás casada con un hombre, ¿cuántas mujeres más hacen falta para que sean «demasiadas»?

—El sexo no fue el motivo de la ruptura —dijo, y me pareció percibir en su voz un tonillo condescendiente—. Ya sé que me has tomado por un rompecorazones. Pero Michele y yo partimos de un acuerdo inicial sobre la atracción que pudiéramos sentir por otras personas. Michele era muy comprensiva. Formábamos una pareja más o menos abierta, como se suele decir.

Traducción libre: me porté como un auténtico golfo.

Así que Michele sencillamente sonreía y decía que te limpiaras las marcas de carmín, ¿eh? Ja, ja.

Giré la cabeza hasta que logré suprimir la sonrisita de mis labios. ¿Estaba

siendo injusta con Dan Hinton? Uno se suele poner duro con los hombres guapos. Y es que resulta difícil dar crédito a nada de lo que dicen. Tal vez sea un problema particularmente espinoso para los hombres negros guapos, a muchos de los cuales –las cosas como son– les importa un bledo que les creas o no. Saben que, de cualquier forma, vas a rendirte, ¿no es así?

Me había despistado un momento. Dan estaba rematando su explicación de por qué Michele y él se habían separado. Sólo llegué a captar que ella fue incapaz de aceptar que él no estuviera dispuesto a dejar su trabajo para colocarse en una gran empresa.

Volvíamos a otras cuestiones más inmediatas: un golpe policial en un piso equivocado que había acarreado la muerte a un chico y su novia; los nombres que poníamos a nuestros hermanos imaginarios cuando éramos pequeños; si realmente detestaba a Amy, la mujer de mi padre, o no era más que una idea que se le había metido a Amy en la cabeza; qué me parecía Wynton Marsalis.

Era tarde, la una y media, cuando pagamos la cuenta y salimos del restaurante. El encargado nos despidió y echó la llave a nuestras espaldas.

Nos quedamos parados en la acera, muy juntos, sin hablar.

Al cabo de un momento, Dan me atrajo hacia sí, otro beso, que esta vez no fue de primo.

–¿Te dejo en un taxi? –preguntó.

Después de pensármelo un momento, hice un gesto negativo.

–¿Te acompaño andando a casa?

–Podemos dar un paseo –respondí–, pero no hacia mi casa.

No entendió muy bien a qué me refería. Aun así, sus ojos chispearon con expectación. No le podía culpar. Ése era el momento en que dos personas que han pasado una velada estupenda optan por irse a la cama juntos o no.

–Es mejor que no me acompañes a casa –dije.

–¿Por qué?

–Porque probablemente te diré que subas y me iré directamente al catre contigo.

–¿Y eso estaría mal porque...?

Me eché a reír.

–Ya, lo comprendo, en realidad no te he contestado.

–¿Es por Eddie? ¿Porque trabajo a sus órdenes?

–No es por eso, créeme. Sencillamente, esta noche, no... –dije–. Mira, estamos a pocas manzanas del sitio donde trabaja mi amiga Aubrey. Creo que voy a pasarme por allí. Quizá vaya a dormir a su casa.

El caballeroso Dan no insistió más. En la Sexta Avenida giramos hacia el sur. El viento agitaba ligeramente su gabardina abierta y Dan me mantenía pegada a él con el brazo pasado sobre mi hombro.

–Hemos llegado –le dije a la puerta del Caesar’s Go Go Emporium.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó por segunda vez esa noche.

–Sí –dije–. Aquí es donde trabaja Aubrey. Danza exótica, creo que lo llaman.

Caesar’s estaba tan hortera como siempre. Las ventanas sucias ribeteadas por bombillas rojas parpadeantes, el horrible machaqueo de fondo de la música disco que retumbaba a través de la puerta y se oía desde la calle.

–Vulgar, ¿verdad?

Dan sacudió la cabeza, con una sonrisa indefinible en la cara.

–Puedo entrar sola sin problemas –le dije–. Tienen un montón de gente de seguridad. Además, ¿qué va a pasar si Aubrey está actuando? En cuanto veas su cuerpazo, te olvidarás de mí.

–Imposible –dijo.

Turbación. Perplejidad. Excitación. Todo eso reflejaba su cara.

Estaba disfrutando como una enana. Por fin, *era* la enteradilla que siempre conducía a los demás a pecar.

–¿Por qué no das por terminada la noche, Dan? Ya te llamaré.

–Voy a entrar contigo.

–De acuerdo. Vamos.

Nos abrimos paso a través de la sala cargada de humo. Hombres, dondequiera que mirases. Jóvenes y viejos. La mayoría borrachos.

Dan dijo, alzando la voz para hacerse oír en medio del estrépito:

–Al alcalde no le gusta el strip-tease. ¿Qué va a hacer tu amiga si empiezan a aplicar la ley en sitios como éste?

Después de reflexionar un instante, me encogí de hombros.

–¿La compañía de danza de Alvin Ailey, tal vez?

Mientras nos reíamos de esa gracia, oímos un grito de alegría detrás de nosotros.

–¡Siniestro! ¿Qué tal? –decía la voz.

Al volverme, vi a Justin precipitándose hacia nosotros.

Yo habría predicho que un encuentro con charla y copas incluidas entre Dan Hinton y el inveterado provocador que era Justin tenía que convertirse en todo un acontecimiento surrealista. Pero me equivoqué. Principalmente, porque Justin cayó en un silencio semi extasiado y dejó que Dan llevara la voz cantante. Dios mío, a Dan Hinton, como a mí, le habían educado unos padres negros que eran la quintaesencia de la burguesía: era capaz de mantener una charla banal en el registro correcto prácticamente con cualquiera... incluso mientras le miraban fijamente la entrepierna.

Sobre las tres menos cuarto, convencí a Dan de que se fuera a casa. Estaba agotada y quería tumbarme en el camerino de Aubrey a esperar a que se

cambiase y estuviera lista para irse. Tan ocupada estaba esa noche que ni se había enterado de mi presencia.

–Te la presentaré la próxima vez –le dije en broma a Dan.

Se despidió de mí tan calurosamente como un buey almizclero en celo. Imagino que el interminable desfile de cuerpos femeninos desnudos, sumado a la testosterona que se respiraba en el ambiente y al leve ataque de pánico homosexual que probablemente le había provocado Justin, contribuyeron a que me abrazara y besara tan ardorosamente.

Así concluyó la cita de mis sueños.

Justin tenía un gesto obsceno en la cara.

–Vuelve a la tierra, amigo –dije–. El espectáculo de sexo en vivo ha terminado.

–¿De dónde has sacado a ese hombre, mi niña? –preguntó–. Debes de estar pagándole horas extra a Mama Lou. Quiero que me devuelvas esa puñetera muñeca, ¿entendido?

–Guárdate la lengua en su sitio, J –Aubrey apareció repentinamente a mi lado–. Nanette, ¿de dónde has sacado a ese hombre que acaba de marcharse?

El último baile, como dice la canción.

Las chicas desnudas habían rematado la faena por esa noche y los limpiadores ya estaban barriendo el suelo y apilando las sillas.

¿A qué hora había cenado? Sobre las nueve o así. Era absurdo que tuviera hambre tan pronto, pero ahí estaba, compartiendo un plato de *moo goo gai pan* con Justin. El chino que había junto a Canal Street no cerraba nunca.

Aubrey se estaba adecentando en su camerino.

–El amor se palpa en el aire –dijo J con un suspiro a la vez que movía los palillos sobre la barra como si bailaran–. Mama Lou se está encargando del asunto.

–Conque eso crees, ¿eh?

–Pues sí. Kenny y yo. Daniel y tú. El amor nos tiene rodeados y al final te van a salir bien las cosas, Siniestro. Vamos a pasar unas vacaciones fabulosas.

–Sí, claro. Tra-la-la.

–Hablando de madame Lou y su magia, ¿alguna novedad desde nuestra aventurita en la zona norte? –preguntó–. ¿Sigues tratando de demostrar que a Ida Williams la eliminaron deliberadamente?

–Sigo tratando de averiguar qué sucedió de verdad. Ahora resulta que Ida no era precisamente miss Jane Pittman. Había estado en la cárcel. Loveless ya no considera tan descabelladas mis sospechas. Sobre la investigación no sé mucho. Se supone que ese capullo de policía conocido mío me va a tener al tanto de lo

que vaya pasando. Pero antes debo hacer algo por él. Me tiene en sus manos, más o menos.

–Vaya, vaya. Qué prometedor –dijo enarcando una ceja.

–¿Es que no puedes pensar en otra cosa, J? –le tiré una galletita de la suerte.

–Bueno, bueno, sí que puedo. ¿Estás preparada para nuestra próxima aventura?

–¿Qué aventura es ésa?

–No finjas haberte olvidado, mi niña.

–No finjo nada. ¿A qué demonios te refieres?

–Mañana es cuando nos invita Kenny. ¿La comida, recuerdas? ¿Pasteles de cangrejo? ¿Champanes? Prometiste acudir. Nos va a llevar a Miss Mary’s, el bar-restaurant de ambiente que más nos gusta.

–¿Lo prometí? ¿Mañana? Qué putada, J. Ando demasiado liada para dedicarme a las bebilonas.

Bebilona era la contribución de Justin a la lengua inglesa, un término con el que denominaba las comidas en las que predominaba la bebida sobre los alimentos sólidos.

–Estoy hecha polvo, de verdad –añadí, tratando de despertar su compasión–. Mañana tenía pensado dormir bien y luego tratar de averiguar algo más sobre ese viejo recorte que encontramos, el del periódico de Cleveland.

–Lo *prometiste*, Siniestro Total. Kenny se quedará destrozado si no cumples.

–Vale, vale. Iré a tomar ese champán.

–Esos *champanes*.

–Tú ganas, Campanita. Sólo espero que las uvas no procedan de New York States.

I Remember You

[Te recuerdo]

Justin vivía en East Village, bastante cerca de mí, a unos diez minutos caminando. Pero ni yo había estado en su casa ni él en la mía.

Conociendo su estilo de reinona, más que una casa esperaba encontrar un parque temático. El tema podía ser cualquier cosa, desde el Motown hasta Bette Davis, pasando por los asesinatos en serie de gays. Pero, tal como me había sucedido con el piso de Ida, no acerté ni de lejos.

Doblé la esquina de la Avenida A y subí a la quinta planta de un edificio antiguo en buen estado de conservación, con herrajes rococó en el portal y en las puertas del ascensor. Un mobiliario sucinto decoraba el piso, todo en colores relajantes que contrastaban entre sí, como una toma distorsionada de la ceremonia del té japonesa: *lapsong souchong*, té negro amargo, té verde fuerte, menta, celedón, amarillo mate. Un par de antigüedades restauradas con mimo. En la sala principal, estores de papel de arroz que dejaban pasar esa luz extrañamente palpable que caracteriza al Lower East Side.

Le había dicho a Justin que pasaría a recogerlo sobre las once y media para ir juntos en taxi al West Side, donde trabajaba Kenny, en el extremo sur de Hell's Kitchen.

Lancé las exclamaciones de rigor al ver su precioso cuarto de baño, con todos los accesorios niquelados, mientras él daba el toque final a su vestimenta: tenía que encontrar un par de calcetines que combinaran con la mota de color de su corbata.

—Por cierto, ¿cómo es que te has saltado por primera vez tus normas establecidas? Creía que sólo salías con negros o italianos.

—Es curioso, ¿verdad? Estoy con un chico blanco majete y del montón, casi podría ser mi doble. Yo qué sé. Lo conocí en Mother Mary's una noche y, ¡zas!, me dejó enamorado. ¿Me entiendes, Siniestro Total?

Me limité a asentir. No porque no le estuviera escuchando. Ni porque no me interesasen sus efusiones sobre el amor a primera vista. Sino porque repentinamente se me había formado un nudo en la garganta. Estaba pensando en André. Así era como me venían los recuerdos sobre él y París y la temporada que habíamos pasado allí juntos, en pequeñas ráfagas de una tristeza insufrible.

Aparté con resolución esos recuerdos y miré a Justin.

—Bromas aparte, le quieres, ¿no?

–Sí, creo que sí. No es más que un berzotas que me saca el dinero y me pide que le llame corazón. Pero es mi berzotas.

–¿Te pide dinero prestado?

–Cantidades pequeñas. Cuando se queda temporalmente sin trabajo. El chico es derrochador por naturaleza. Es algo que me gusta en los hombres.

–Bueno, espero que sepas lo que te traes entre manos.

Se inclinó hacia mí y dijo:

–Me trae al fresco, nena.

Entonces hice una imitación chapucera y estentórea de Lady Day: *O mah man, I love him so, he'll nevuh know* y el taxista me miró sobresaltado por el espejo retrovisor.

Miss Mary's resultó ser un agradable refugio contra la sordidez de las calles. Nada más cruzar la puerta sentimos un inconfundible aroma a martini.

Kenny se levantó de la mesa para saludarnos. Vestía una chaqueta de impecable corte sobre una camiseta negra y pantalones oscuros. El pelo rubio y muy corto. Ese aspecto desgachado del Medio Oeste. Más o menos de la edad de Justin... bueno, Justin nunca me había confesado sus años, pero le echaba unos treinta y nueve o cuarenta. En definitiva, tal como me había dicho J, Kenny se parecía mucho a él, incluso en la huella de pasadas penalidades que se traslucía en sus ojos.

Justin empezó a hacer las presentaciones, pero Kenny le mandó callar. Me agarró amistosamente del brazo y dijo:

–Tú debes de ser la Siniestro Total. J habla tanto de ti y de Aubrey, que es como si ya te conociera.

Me dejó de piedra e, instintivamente, me retraje ante un desconocido que me llamaba por aquel mote estúpido. Miré a Justin, que sonreía de oreja a oreja.

–Me alegro de conocerte, Kenny –dije.

–Así que tú eres la genial saxofonista de jazz –dijo.

¿Genial? Reflexioné un instante y enseguida caí en la cuenta de que Justin, y no digamos ya Kenny, jamás me había oído tocar una sola nota.

–Me parece que me confundes con otra Siniestro Total.

–No seas tan modesta. Justin dice que algún día serás famosa. Si eres famosa, eres genial, ¿a que sí? Sólo te pido que no te olvides de los ceros a la izquierda como nosotros cuando te fiche una discográfica y te conviertas en una leyenda.

–¿Yo, una leyenda?

–Claro que sí. Una belleza negra que toca en las duras calles de Nueva York a cambio de calderilla. ¿No es como si ya estuvieras viendo el cartel? Te fotografiaremos en la Bowery, frente a uno de esos bares modernos donde van

de copas las modelos últimamente; vestida con una chupa de cuero sobre el sostén. En mis ratos libres hago mis pinitos como representante, ¿sabes?

–De lencería fina, supongo –se burló Justin.

–Cierra el pico –replicó Kenny.

Luego volvió a dedicarme toda su atención.

–Tenemos que conseguirte un trabajo que te sirva de trampolín. Ahora mismo no recuerdo si tengo algún conocido en ese club del centro... como se llame... maldita sea, ya sabes de qué sitio hablo. Ah, sí, el Village Vanguard.

Pues claro, con una simple llamadita, pasaría a encabezar el programa del Vanguard. Me dieron ganas de reírme, pero me contuve, por supuesto.

–Buena idea, Kenny –dije.

–No sé si te había dicho –comentó Justin en tono confidencial– que Kenny es un pelín fantasioso.

De pronto, que Kenny me llamara Siniestro Total dejó de parecerme una insolencia. Qué demonios, me dije, suena mejor que Bola de Billar.

No me figuraba yo que J fuera por ahí hablando de mí. Aubrey era otra cosa, la diva a la que idolatraba. Pero, en cuanto a mí, siempre había pensado que me tenía por poco más que una mascota. Cuando en realidad, sin que me diera cuenta siquiera, haría cosa de un año que entre nosotros venía forjándose una buena amistad.

Así que Kenny le pedía unos dólares de tanto en tanto... bueno, ¿y qué? En otros tiempos yo había tenido novios que subvencionaban mi afición al buen Burdeos y a las colecciones de cedés. Bastaba que J estuviera enamorado de aquel tío para que a mí me cayera bien, aunque saltara a la vista que estaba como una regadera. De hecho, probablemente eso contribuía a que me pareciera entrañable.

Y, sin más, empezamos a trasegar «champanes». No tenía por qué haberme preocupado de la procedencia de las uvas. Estábamos degustando la producción de una de mis viudas favoritas, mi querida Clicquot, y cogiendo una cogorza de campeonato.

Una hora y media después, aún no nos habíamos molestado en mirar la carta.

Kenny me estaba hablando de sus planes de viajar a Cancún si conseguía convencer a Justin, cuando se interrumpió de golpe y exclamó:

–¡Casi me olvido! –luego bajó teatralmente la voz hasta un susurro–. Quiero que me pongas al día de lo que ha pasado después de los descubrimientos que hicisteis en casa de la vieja dama del vudú. ¿Has resuelto el caso?

–Para nada. Pero, indirectamente, me sirvió para echarme un ligue.

–Ligue no es la palabra, cielo. Ese hombre es un monumento –intervino Justin.

No pude menos de sonreír.

–Está bien, ¿verdad? Pero por lo que se refiere a la resolución del caso... sigo tan despistada como antes.

–No tardarás en descubrir algo, Siniestro Total –me aseguró Kenny–. J dice que eres una mujer de bandera y muy lista.

–¿Conque sí, eh? Supongo que por eso llevo encima a todas partes esta foto del tal Miller como una panoli –dije–. La he estado enseñando a diestro y siniestro como hacen en la tele.

Saqué la foto de Miller y Ida.

–Pero necesito trabajar un poco el guión de policía patoso. No sé cómo montármelo. ¿Tendría que convertirme en una especie de Shaft? Decir cosas como: «Eh, listillo, tengo una pregunta que hacerte: ¿Has visto a este menda?».

–Yo creo que ése no es Shaft, cielo –dijo Justin–. Más bien Jackie Chan.

Kenny me quitó la foto de las manos y observó la expresión de hombre satisfecho de sí mismo de Miller.

–Está como un tren, las cosas como son –reconocí–. Y lo sabe. Se debía de creer el Denzel de su época. He mirado esa puñetera foto tantas veces que empiezo a tener la impresión de que lo *conozco* de algo.

Kenny dedicó unos minutos a examinarla y luego comentó:

–Ahora tendrá unos cuantos años más, ¿no? O sea, que si doña Ida era mucho más vieja de como está aquí, él también.

–Sí, claro. Y me intriga mucho saber si todavía es un galán. Los hombres negros no siempre envejecen bien. Sobre todo cuando beben.

–Hablando de beber –dijo Justin–, vamos a pedir otra botella.

–¡A por ella! –exclamé alegremente. Pero, en ese momento, me fijé en que Kenny había levantado la foto hacia la luz y no paraba de girarla de un lado para otro.

–¿Qué haces con eso, Kenny? –preguntó Justin–. ¿No irás a decirme que es uno de los artistas a los que has representado?

–No exactamente.

–¿Qué significa «no exactamente»? –pregunté.

–Está tirándose el rollo, Siniestro Total –dijo Justin–. Kenny, ya sé que llevas una buena berza encima, pero esto no tiene ninguna gracia. A fin de cuentas, a esa mujer la han matado.

–No tendrá gracia, pero es muy curioso –replicó Kenny–. Me parece que lo conozco.

–¿Cómo dices? –exclamamos Justin y yo al unísono.

–No es que lo *conozca* realmente. Pero sí creo haberlo visto.

–No puede ser verdad –dije.

–Lo es. Y, no sólo eso... este tío entiende.

–Venga ya –dijo Justin, haciendo un ademán de incredulidad.

Dejé la copa en la mesa y agarré a Kenny por la manga de la chaqueta.

–¿No estás tirándote el rollo, verdad?

–No, va en serio. Hay un tío que viene mucho por aquí. El típico caso que no ha salido del armario. Dice que *personalmente* no es gay... que sólo frecuenta este sitio porque tiene su despacho aquí al lado y le resulta muy cómodo. Viene por las patatas fritas. Ya te digo. Echa un vistazo a tu alrededor, este garito es como la Grand Central Station de las locas. Siempre anda ligando con jovencitos y repartiendo sus tarjetas, dice que es productor... promotor musical. Es más cantamañanas que J y yo juntos.

–¿Y me estás diciendo que ese productor gay es el hombre de la foto?

–No, no, no. Ahora te lo explico. El hombre del que estoy hablando es blanco, y no pasará de los treinta y cinco. Se llama Lyle. Lyle... No-sé-cuántos. La cosa es que ha venido acompañado del hombre de la foto, estoy casi seguro de que es él, dos o tres veces. Un negro mayor muy bien plantado. Se sentaron ahí mismo, al final de la barra, y tuvieron una conversación íntima. De lo más vehemente. No alcancé a oír lo que decían. Y creeme que lo intenté.

–¿Es posible? –pregunté a nadie en particular.

J se encogió de hombros sin apartar la mirada de Kenny, como si aún estuviera dilucidando si sólo pretendía tomarnos el pelo.

No lo pretendía. El barman con cuerpo de gimnasio tenía una de las tarjetas del productor. Me llevé a Kenny a rastras.

El despacho era un cuarto angosto y sin ventanas en un piso alto de un edificio de oficinas en la calle Cuarenta y tres, entre la avenida Novena y la Décima.

Lyle Corwin estaba de pie detrás del escritorio, hablando por un inalámbrico. Nos saludó con la mano y nos indicó por señas que acabaría enseguida. Un blanco enrollado y a la última. Tenía esa pinta. Levi's negros, polo Fruit of the Loom, chaqueta de sport J. Crew. Y, por desgracia, una cola de caballo.

Estaba solo en el despacho. Era lo más lógico. No lo veía yo con dinero suficiente para pagar a una secretaria.

Lyle reconoció a Kenny de inmediato. Se dieron un efusivo apretón de manos. Conmigo fue también la cordialidad misma cuando nos presentaron.

–¿Qué tal estaba Miss Mary's hoy? –preguntó.

–Tan marchoso como siempre –repuso Kenny.

El ambiente continuó siendo amistoso hasta que Kenny expuso el motivo de nuestra visita. Fue él quien le enseñó la foto a Lyle y le preguntó si sabía dónde podíamos encontrar al caballero que aparecía en ella. Como lo había visto en compañía de Lyle, se nos había ocurrido que tal vez fuera cliente suyo.

Lyle bajó la vista hacia la foto y dijo:

–No sé de qué me hablas.

Se hizo el silencio en el polvoriento cuartucho.

Entonces tomé yo la palabra.

–¿En serio? –dije–. ¿Te importaría mirarla otra vez? Es una fotografía de hace mucho.

Se limitó a hacer un gesto negativo.

–No. Ya os he dicho que ni idea.

Kenny soltó una risita nerviosa.

–Pero si lo tuve delante de mis narices, Lyle. Casi me rozó al salir de Mary’s la última vez.

–Imposible. Porque a Mary’s nunca ha ido nadie así. Por lo menos, no conmigo.

Kenny se puso en jarras y dijo en tono beligerante:

–Vaya, así que soy una loca chiflada que se lo ha inventado todo.

Lyle se volvió hacia mí.

–Estoy muy liado. Mil gracias por venir a verme.

Cogí a Kenny del brazo y lo conduje hacia la puerta sin pronunciar una palabra más.

–A lo mejor necesitas una prescripción nueva, Kenny –dijo Lyle cuando cruzábamos el umbral.

Kenny se puso tenso y se volvió hacia él.

–¿Qué has dicho, guapa?

–Una prescripción nueva –repitió Lyle subiendo el volumen–. Para tus gafas.

–No uso gafas, petarda ignorante.

–Me alegro de haberte conocido, Lyle –dije, y cerré de un portazo al salir.

Justin nos esperaba en el bar.

–La cosa no ha ido bien, ¿eh? –dijo.

–No ha ido bien, no –confirmé.

–¿Y bien, mi amor? –le preguntó a Kenny–. ¿Hemos pegado un patinazo?

Titubeó antes de responder.

–No lo sé. Tal vez. No estoy seguro al cien por cien. Pero la próxima vez que ese gilipollas se asome por aquí, le voy a poner las pilas.

–Bien dicho –dije–. Pónselas también de mi parte.

–¿Cómo lo ves, Siniestro Total? –me preguntó Kenny–. Yo diría que miente. Incluso si me he equivocado de persona, Lyle no ha reaccionado bien.

–Y que lo digas; lo veo como tú, Kenny –dije–. Pero creo que ya no podemos hacer nada.

–Podemos pedir pasteles de cangrejo –sugirió Justin–. Al final, nos hemos olvidado de comer.

–Es verdad. Pero yo tengo que irme, compañeros. Ya nos veremos.

No sé cuál de los dos, Justin o Kenny, me dio el abrazo más fuerte. Cuando

me marchaba, Kenny me dirigió una gran sonrisa y dijo por mímica «lo siento».

La caminata desde Hell's Kitchen hasta mi casa es larga. Pero necesitaba hacer ejercicio. Caminé a buen paso.

Ojalá mi cerebro pudiera haber seguido el ritmo a mis pies mientras avanzaba a zancadas con esos feos zapatones de vieja que tanto me gustan. No es que no reflexionara, iba juntando cabos, sí. Pero no fui lo bastante rápida, ni junté suficientes.

¿Sería el síndrome premenstrual?

¿Quién sabría explicar por qué nos obsesionamos con algo en un momento dado?

Lo único que deseaba era un bocata de atún. Un bocata enorme y apestoso, de atún italiano enlatado con aceite de oliva de primera, bien untado de mahonesa, rebosante de cebolla picada, huevo duro y trozos de manzana verde agria. Y con rodajitas finas como el papel de tomate maduro; tomate podía llevar, pero nada de lechuga. Quería tomarme todo eso metido en una buena barra de pan, y además una bolsa gigante de patatas fritas, esa bolsa tan grande que te da vergüenza mirar a la cara a la cajera cuando pagas; ah, y también –seguro que iba a venirme el periodo– una Coca. Nunca bebo Cocas.

Ni que decir tiene que en el bar de la esquina no había un bocata así. Ni en ninguno de los fantásticos cafés minimalistas de la nueva hornada. Así que me vi obligada a comprar todos los ingredientes antes de volver a casa, donde me esperaba una nevera prácticamente vacía.

Me esperaban también dos mensajes: uno de Lemán Sweet y otro de Dan Hinton.

Lemán quería verme de nuevo en casa de Aubrey esa noche. Sólo que no dijo «quería» ni preguntó si yo estaba libre. Dijo: «tengo que» y «tienes que».

El mensaje de Dan oscilaba peligrosamente entre el piropo y la pornografía pura y dura. Todo indicaba que iba a suceder entre nosotros. Sólo faltaba saber cuándo. Pronto, me parecía a mí. Esa noche no, pero pronto.

Una vez satisfechas mis vergonzosas ansias de tomar el bocadillo, puse un poco de música –ocho lamentos de Abbey Lincoln, incluido el demoledor «Love for Sale»– y di buena cuenta de la bolsa de patatas fritas. Luego, deslomada, me fui a la cama. No eran más que las tres de la tarde.

Fue un sueño profundo e inquieto, plagado de pesadillas. El reloj marcaba las seis cuando conseguí despegar los ojos.

Una ducha rápida. Una blusa limpia. Coger a Dilsey y a Mama Lou. Puerta y a la calle.

El portero de casa de Aubrey me conocía. Se limitó a inclinar ligeramente su gorra al verme pasar a la carrera. Usé mi llave para entrar en el piso. Me llevé la *sorpresa* del siglo al encontrar a Lemán esperándome en el sofá, poniéndose ciego de galletitas de chocolate Famous Amos bajas en calorías.

–¿Te vas a quedar ahí toda la noche, nena? Pasa –dijo, haciéndome señas.

–Muchas gracias, Lemán. Qué piso tan bonito tienes.

Soltó un bufido.

–Aubrey ha tenido que salir. Me ha dicho que me quedara a esperarte.

Diantre. ¿Se estaba volviendo loco todo el mundo? ¿O sería yo? ¿Aubrey dejando a Sweet solo en su casa? No acababa de asimilarlo. Y, sin embargo, ahí estaba. Bueno, bueno, pensé, no hace falta que me digas nada más, Ernestina. Sí, he sido una inconsciente al utilizar de señuelo a mi amiga con el encandilado Lemán Sweet; quería que lo trajera al retortero, que lo ablandara. Pero todo tiene un límite.

–¿Qué estás mirando ahí pasmada? –preguntó Lemán ofendido–. Pongámonos al trabajo.

–¿Trabajo? Un momento, Sweet. Antes tengo algo que decirte.

–¿Qué?

–Algo sobre ti... sobre ti y Aubrey. La cuestión es que, yo en tu lugar, me olvidaría de tratar de conquistarla, ¿sabes?

–No sé de qué me hablas, Bola de Billar. Pero dejémoslo correr. Tengo que contarte una cosa.

–¿De Ida? Ya saben quién la ha matado. ¿Es eso?

–Haz el favor de sentarte y cerrar la boca un instante. Escúchame sin más.

Eché mano a la galletitas.

–Ya te he explicado lo que le pasó a ese chico, Black Hat, al que pillaron en el fuego cruzado de la puñetera guerra del rap. La teoría sobre el caso es que los peces gordos de las grandes discográficas se están peleando a muerte, eliminándose unos a otros. Es una teoría sólida. Como ya te dije, el chico era un cero a la izquierda, con lo que queda descartado como objetivo de un asesinato por encargo.

...Pero tenemos que explorar todas las posibilidades, todas las facetas del asunto, antes de darles carpetazo. Por lo menos eso es lo que mi equipo trata de hacer con los deplorables recursos a nuestra disposición. Como los padres de Black Hat son gente de pasta, ya puedes imaginarte que están apretándonos las tuercas para que averigüemos quién lo mató.

...Además, estamos haciendo ese mismo tipo de pesquisas y sondeos exhaustivos con todas las víctimas. En lugar de seguir exclusivamente la línea principal de investigación, verificamos todas las posibilidades que se nos ocurren, por raras que parezcan. Entrevistamos a los parientes. Comprobamos

si la víctima tenía grandes deudas. Sin olvidarnos de posibles camellos, novias o novios celosos, antiguas parejas celosas, lo que sea.

...Hemos descubierto que, antes de meterse en la panda de raperos, Black Hat tuvo una bronca descomunal con sus padres por cuestiones de dinero. El chaval quería que le financiaran su carrera de compositor y artista. Su padre tiene un fortunón, pero no estaba por la labor. Le dejó clarísimo a Black Hat que lo mejor era que se fuera olvidando. Jacob y Lenore Benson no habían reparado en gastos a la hora de educar a su hijo, que era alumno de matrícula de una exclusiva escuela de música de Boston. Pero él quería enrollarse con Phat Neck y toda esa tribu y convertirse en estrella del rap. Su padre no iba a pasar por ahí. Al final, Black Hat dejó colgados los estudios y con eso acabó de hincharles las narices a Jacob y Lenore.

...Black Hat pasó de Jacob y Lenore y ellos pasaron de él. Muy bien. Una ruptura entre un hijo y sus padres. Son cosas que ocurren todos los días. Pero la historia no suele acabar con un asesinato. Cuando lo mataron, aún estaban peleados. Los Benson no volvieron a verlo.

Leman interrumpió el relato un momento para ir a la cocina a por algo de beber.

–Qué historia tan triste –comenté cuando regresó con un vaso de leche–. No basta para explicar que Felice amenazara a los padres del chico con vengarse. Pero, sin duda, se refería a eso... a la falta de respeto por su música y por lo que quería hacer en la vida.

–Supongo que sí. Pero, como ya te dije, estaba tan afectada que se puso a decir cosas sin pies ni cabeza. Por otra parte, lo que pretendía decir nos da igual ahora mismo. No estamos aquí para eso –dijo Leman.

–Ahora que lo dices, ¿para qué estamos aquí?

–Ten paciencia y escúchame. Pedimos a las familias de las víctimas que nos proporcionaran todo tipo de efectos personales, como agendas, antiguos listines telefónicos, recibos de depósitos bancarios, diarios, declaraciones de impuestos, esas cosas. Todo lo que se les ocurriera. Y una de las cosas que nos dieron los Benson fue una cinta de vídeo de la última fiesta familiar a la que asistió Black Hat. También estaban invitados algunos amigos suyos de la escuela. Y Felice. Quiero que le eches un vistazo.

–¿Para qué? Si no conozco a ninguna de esas personas.

–Tú coge la cinta y ponla en marcha.

Cogí la cinta que me tiró por el aire y encendí sumisamente el televisor y el vídeo.

–Qué pisito tan mono –dije, usando un eufemismo como la copa de un pino. Aquello era una mansión de superlujo. El cineasta aficionado había tomado una panorámica desde las ventanas del salón: una vista imponente de la zona de East

River. Una mesa cargada de viandas suculentas. Un magnífico piano con candelabros. Varios grupos de personajes de punta en blanco posando ante una chimenea aristocrática, saludando afablemente a la cámara con la mano.

–¿Es ése Black Hat? –pregunté a Leman.

–Sí, es él.

–Tiene pinta de tío majo. Y la que está a su lado debe de ser Felice.

Leman asintió con la cabeza y añadió:

–Y un poco más a la izquierda están Jacob y Lenore.

–Todo muy bonito, Leman, pero no lo capto.

–Dale a la pausa –ordenó.

Lo hice.

–Mira lo que hay ahí arriba, junto a la cabeza del fulano de pelo blanco. ¿Lo ves? ¿Sobre la repisa de la chimenea?

Me levanté y me acerqué a la pantalla. Clavé la vista en el punto que me había indicado Sweet... y me quedé allí clavada.

Pues sí. Era la toma del millón de dólares, desde luego.

Por fin regresé a mi asiento, demasiado impresionada para hablar.

En la enorme repisa de la chimenea de casa de los Benson había dos réplicas exactas de Mama Lou y Dilsey, así como media docena más de primas suyas.

Las muñecas de Ida Williams decoraban la majestuosa morada de Jacob y Lenore Benson.

–¿Qué carajo significa esto? –pregunté al recobrar el habla.

–Significa –dijo Leman– que tú y yo ya no estamos investigando dos crímenes diferentes, Bola... dos casos distintos. Significa que estamos trabajando en el mismo caso. Dios me asista.

–Sí. Dios nos asista. ¿Y ahora qué?

–Tengo que encontrar a Felice Sanders. Ya mismo. Y tú tienes que ayudarme.

It Shouldn't Happen to a Dream [No debería sucederle a un sueño]

Se diría que el vudú, como el blues, nunca nos iba a abandonar.

Por más que lo intentara, no lograba escapar de Mama Lou y Dilsey y ese mundo suyo de delirante sincronicidad.

Allá donde volviera la vista, el Hecho A se transformaba en el Hecho B. Y, por muy inverosímil que pareciese, el individuo X tenía algún tipo de relación con el individuo Y.

Cuanto más me apartaban del caso de Ida Williams, más cerca estaba de él. Aquello era un círculo vicioso.

–Quiero conocer a los Benson –le dije a Leman en casa de Aubrey, todavía con el delatador vídeo en marcha–. Bueno, no es que *quiera*, es que creo que debo hacerlo. ¿Te parece bien?

–¿Por qué? ¿Crees que sabrán dónde está Felice Sanders?

–No, no es por eso –contesté, sin saber cómo dar rienda suelta a los nervios. Abrí la pitillera que reposaba en la mesa de centro y extraje uno de los horripilantes cigarrillos mentolados de Aubrey.

–¿Entonces para qué los quieres conocer? Te repito, nena, que la Sanders es ahora mismo nuestra prioridad máxima. Por encima incluso del asunto de Black Hat. Tenemos que encontrarla.

Cruzamos entonces una mirada rápida y nerviosa.

–¿Crees que está en apuros, verdad, Leman?

–Estoy convencido de ello.

–Yo también.

Probablemente, Sweet no era capaz de explicar con palabras por qué creía que Felice estaba en peligro. Ni hacía falta que lo explicara. Era lo más lógico y punto. La aparición de aquellas muñecas –la sincronicidad– lo proclamaba a gritos. El pobrecillo Black Hat muere asesinado... presuntamente atrapado en el fuego cruzado de un tiroteo callejero... de un ajuste de cuentas. La infeliz Ida Williams es asesinada, presuntamente atrapada en el fuego cruzado de un tiroteo en un restaurante exclusivo de Manhattan. Unas muñecas con todas las trazas de ser obra de Ida aparecen en casa de los padres de Black Hat. Y ahora la viuda prematura de Black Hat, Felice Sanders, ha desaparecido.

Con vudú o sin él, tanta sincronicidad era como para pararse a pensarlo.

–Quiero ver en directo las muñecas de la chimenea, primero para comprobar

si siguen ahí, y quizá también para tratar de asegurarme de que están hechas por Ida. Además, aunque los Benson no sepan dónde está Felice, puede que hayan tenido noticias tuyas más recientemente que su madre o Dan Hinton. A fin de cuentas, les lanzó una serie de amenazas demenciales, ¿no? Quizá esté intentando cumplirlas.

Después de reflexionar un instante, Leman dijo:

–De acuerdo. Quizá no sea tan mala idea. Les diré que vas a ir a visitarlos y a ti te voy a dar su teléfono y su dirección. Sí... seguro que sabes cómo hablar con personas como los Benson.

–Pues claro que sí –repliqué con sorna–. Son negros de los míos. Sabelotodos ricos y educados. Tomaremos juntos el té.

Que se fuera a la mierda. Por un instante, había creído que Sweet ya me consideraba de su bando. Había dicho que «teníamos» que encontrar a Felice. Aunque sólo fuera fugazmente, parecía haber reconocido algún tipo de afinidad entre nosotros, e incluso haberme halagado al dejar implícito que podía serle de gran ayuda en la investigación; que era tan capaz como él de atar cabos.

–Venga, Bola, tírate de la moto. Ve a ver a los Benson. Comprueba la «autenticidad» de las puñeteras muñecas, que, como muy bien sabes, son de Ida. Pero a mí no me la das, es el asesinato de Williams lo que sigue preocupándote. Sólo quieres demostrar que tenías razón. Aún crees que vas a resolver un caso que tiene desconcertada a la policía.

Empecé a rebatirle, pero me cortó en seco:

–Saca de esa visita cualquier información que nos sirva para lo de Felice. No tenemos tiempo que perder.

–Entendido, entendido.

Otra vez lo mismo: algo que «nos» sirva; no «tenemos» tiempo que perder. Vaya con Sweet, no había quien se aclarase con él.

–¿Y tu siguiente paso cuál va a ser, Sweet?

–Hablar otra vez con la unidad de Desaparecidos. Luego iré a casa de la madre de Felice. Yo también tengo que verificar un par de cosas.

–No lo dudo –dije con irritación–. Como, por ejemplo, si Felice coleccionaba muñecas vudú. No sé cómo no se nos ha ocurrido antes.

Fijó en mí una mirada en la que casi se insinuaba una sonrisa.

–No eres tan tonta como pareces, nena. Lo reconozco.

–Vete ya si quieres. Yo me encargo de cerrar.

Lo primero que hice a la mañana siguiente fue llamar a casa de los Benson. El ama de llaves me dijo que el doctor Benson ya estaba en el hospital y que la señora iba a pasar el día fuera.

Localicé a Jacob Benson en el hospital donde dirigía el departamento de

cirugía pediátrica. Hasta que no oí su voz bien modulada de persona culta no me percaté de que tendría que extremar la delicadeza para abordar la cuestión del motivo de mi llamada. A fin de cuentas, aún estaría llorando la muerte de su hijo.

–Buenos días, señor Benson. Soy Nanette Hayes.

–Ah, sí, señorita Hayes. El detective Sweet me dejó un mensaje advirtiéndome que me iba a llamar. ¿Qué desea?

Decidí que lo mejor sería no andarse por las ramas:

–Se trata de la prometida de su hijo, doctor Benson. Felice Sanders. Hace algún tiempo que está ilocalizable. Estoy colaborando con el sargento Sweet en las pesquisas.

Le oí respirar a fondo.

–No lo entiendo –dijo al fin–. ¿Qué le ha pasado a Felice?

–La han dado oficialmente por desaparecida, doctor Benson. Me gustaría saber si ustedes la han visto después de la... o sea... últimamente.

–No –dijo con un hilo de voz–. Bueno... no sé ni qué decir.

–Siento mucho recordarle cuestiones tan penosas, doctor Benson, pero le agradecería infinitamente que me recibiera hoy un rato.

Titubeó de nuevo antes de hablar.

–No sé si podré sacar tiempo para verla hoy. Tengo una agenda...

–Sí, ya sé que debe de estar muy ocupado. En realidad, lo mejor sería que me pasara por su casa a última hora de la tarde. ¿Le vendría bien?

–Sí, creo que sí. Aunque no sé de qué va a servir. Después de perder a Kevin, no hemos mantenido la amistad con Felice.

–Lo comprendo. No le entretendré más de quince minutos, créame.

–Muy bien. ¿Tiene la dirección?

–Setenta y dos Este, entre York y el río. Piso veintiuno.

–Eso es. Pasadas las siete, si le parece.

–Gracias. Le veré luego.

No sé por qué aquella breve conversación me hizo sentirme despreciable. Pero así fue. Como si le hubiera pegado un puntapié a un cachorrito o algo así. El doctor Benson y su mujer acababan de sufrir una tragedia espantosa y era muy comprensible que quisieran preservar su intimidad. Yo iba a meterme a curiosear en su casa y me sentía culpable por ello. Ni más ni menos.

Los achacosos e imprevisibles radiadores de casa se estaban portando bien en los últimos tiempos. Pero, aun así, quedarme en camisón sin arroparme era demasiado arriesgado. Me vestí con un pantalón y una sudadera vieja y conseguí encontrar unos calcetines gruesos; puse *Straight, No Chaser* de Monk y luego preparé café y calenté un poco de leche.

Me senté con mi café a escuchar el impecable trabajo de Charlie Rouse en

«Japanese Folk Song». Me levantaré a cambiar el cedé, me dije, antes de que suene el himno ese, «Blessed Assurance» (aunque en el cedé se le daba otro título: «This is My Story, This Is My Song»).

¿Es que me molestaban los himnos? No, qué va. André y yo solíamos escuchar compulsivamente ese maravilloso tema en nuestro pisito de la rue Christine. Y hasta nos tomábamos de la mano y cantábamos la letra como si estuviéramos en la iglesia. Se me hacía demasiado cuesta arriba enfrentarme a un montón de música que habíamos escuchado juntos una y otra vez, o interpretado a dúo.

Pero no lo hice. No cambié el cedé. Me obligué a quedarme sentada y soportarlo. Si iba a seguir adelante con el caso de Ida Williams y a ayudar a Lemán Sweet a localizar a la chica desaparecida, tenía que dejar de ser tan puñeteramente cobarde. Esas cosas iban a requerir muchas más agallas que escuchar «This is My Story», «I'll Be Seeing You», «We'll Be Together Again» o cualquiera de los temas de los que André y yo habíamos disfrutado, a cuyo ritmo habíamos bailado o hecho el amor.

Dejé que terminara el álbum y luego volví a poner a Monk... esta vez sin ningún acompañamiento. Pero bajé un poco el volumen para hacer un par de llamadas.

Primero iba a dejarle un mensaje a Lemán informándole de que ésa era la noche señalada para mi visita a los Benson.

Luego iba a llamar a Dan Hinton. Quería (1) pescarle antes de que saliera a trabajar, cuando aún hubiera en su magnífica voz (en eso confiaba) un rastro de sueño, y (2) volver a citarme con él para (3) pegarnos un buen revolcón.

–Con el viento que sopla del río, aquí debe de hacer un frío espantoso –le comenté al portero.

–Lo hace –confirmó–. Pero no me importa mucho. El frío me gusta.

Supongo que empezaba su turno justo entonces, o tal vez acababa de regresar de cenar. Me dio la impresión de que apenas le había dado tiempo a quitarse la ropa de calle para ponerse el uniforme, porque alcancé a ver el cuello de su camiseta blanca mientras terminaba de abotonarse.

Tengo millones de anécdotas sobre porteros neoyorquinos. Los hay de todas las especies, desde gilipollas con más cara que espalda, hasta ligues perfectos para una noche.

Podría compilar una lista larga como un chorizo de blancos indeseables que me trataron como si fuera una mierda al verme entrar en los lujosos edificios donde montaban guardia. Jóvenes, viejos, irlandeses, italianos, judíos. Los porteros racistas son como una epidemia igualitaria.

A muchos porteros negros tampoco les gusta que las personas de color vayan

de visita a sus edificios. Les pone a cien que haya bajo su mismo techo otro negro que no esté allí en calidad de canguro u operario. En particular, guardo un recuerdo muy vivo de un fantoche de librea roja, el conserje de un edificio exclusivo en la esquina de la Quinta Avenida y la calle Novena donde me habían invitado a una fiesta. Fue todo un ejercicio de buena crianza no usar el saxo para partirle sus puñeteros dientes blanquísimos.

Y ni hablar quiero de los conserjes portorriqueños de los barrios blancos prósperos. Un cerdo de éstos hasta llegó a las manos conmigo. Sencillamente porque se negó a creer que yo conociera al hombre del 14-A y no le dio la gana anunciar mi llegada.

En cualquier caso, con aquel portero –«Mike», ponía en su chapa de identificación– no iba a haber el menor problema de animosidad. Era más o menos de la edad de Dan Hinton y tenía esa clase de ojos azules que son más lánguidos que incisivos.

–Da la impresión de ser cálida y suave –comentó Mike con una sonrisa nada profesional.

–¿Cómo dice?

–Que esa especie de capa que lleva tiene que ser cálida y suave, a eso me refería.

–Sí, cómo no.

Otro guaperas que me tiraba los tejos.

Vaya, vaya. El atractivo sexual nos viene a algunos de nacimiento y a otros nos viene impuesto.

Aunque no debía tomarme sus insinuaciones muy en serio. Por una extraña inversión del síndrome del portero negro, algunos blancos que ocupan puestos subalternos suelen tratar a los negros mejor de lo que cabría esperar. Estoy convencida de que tiene algo que ver con que dan por sentado que *trabajamos* para las mismas personas para las que trabajan ellos.

–Estoy citada con los Benson.

Consultó la larga tira de papel que tenía sobre la mesa.

–La señorita Hayes, ¿verdad?

–Sí.

–¿Es señorita, no señora? ¿O no estoy de suerte esta noche?

No respondí.

Él continuó sonriente mientras me acompañaba al ascensor y presionaba el botón de llamada. Esperamos su llegada sin cruzar palabra. Se abrieron las puertas. Entré y me volví de cara a él. Seguía allí plantado cuando se cerraron las puertas.

Menudo canalla estás hecho, pensé. Seguro que no te ganas las propinas paseando caniches.

El ama de llaves, o la doncella, o quienquiera que hubiera respondido a mi llamada por la mañana, por lo visto se había ido a casa. Fue el doctor Jacob Benson en persona quien me hizo pasar.

Una vez que salimos de las sombras del umbral, le miré bien de arriba abajo. Parecía salido de un daguerrotipo de los años veinte: tez café con leche, lentes estilo James Joyce, pelo cano ondulado y bigotito fino, tieso como un palo con su traje de rayas de corte inglés. Hice un rápido cálculo mental: Black Hat era un chaval que no pasaría de los diecinueve o los veinte; sus padres tendrían que haber sido más jóvenes que los míos. Pero aquel hombre alto y de buen porte aparentaba rondar los setenta.

¿He dicho antes que mi padre era implacable? Comparado con el señor Benson, parecía Dennis Rodman.

En la pared del largo pasillo había un cuadro de Benny Andrews que recordaba haber admirado en un catálogo. Las estanterías, de casi tres metros de altura, estaban llenas de libros y revistas de medicina cuidadosamente ordenados. Vi un teléfono y un contestador automático en un primoroso secreter de cerezo. Y por el rabillo del ojo, tuve la visión fugaz de una tela amarilla y roja colocada en una vitrina. Meforcé a no detenerme a mirar.

No tardó mucho en presentarse la oportunidad de echarle una ojeada de cerca. El teléfono del pasillo sonó cuando pasábamos a su lado y el señor Benson se paró y encendió la lámpara de mesa. Mientras él daba instrucciones, creo que a alguien del hospital, pude confirmar que aquella tela brillante formaba parte del traje que vestía una muñeca de aspecto fiero. De sesenta centímetros de altura, era la última palabra en cuanto a Mama Lou se refería.

Benson colgó y vino hacia mí, pero luego dio media vuelta.

–Discúlpeme. No tardaré nada –dijo, y regresó al teléfono. Un instante después, le oí dar instrucciones complementarias a una tal enfermera Peters.

Me estaba ayudando a quitarme el abrigo cuando sonó de nuevo el teléfono. Yo suponía que, a su edad, sus funciones en el hospital serían básicamente de asesoramiento, pero, al parecer, estaba tan solicitado como una joven promesa de la medicina.

–Siento mucho todas estas interrupciones –dijo el doctor con sus caballerosos modales.

–No, por favor. Atienda la llamada.

En esta ocasión no se molestó en descolgar. Sólo presionó uno de los numerosos botoncitos del aparato.

–Ya está –dijo con cansancio–. No nos interrumpirán más. Al menos, durante un rato.

Me condujo al gran salón con la vista panorámica de la autopista East River y el río. Después de darme un minuto para que la contemplara, preguntó:

–¿Puedo ofrecerle un cóctel? –pero, inmediatamente, retiró su propuesta–. No, no va a beber, evidentemente. Todavía debe de estar de servicio.

–¿De servicio?

–Sí. Me olvidaba de que forma parte de la misma unidad de Homicidios que el detective Sweet.

Me puse a parpadear como una imbécil. Seguro que Lemán no me había hecho pasar por una agente. Benson no debía de haber escuchado el mensaje con atención. Pero aquella conjetura errónea era muy comprensible.

¿Qué debía hacer? Lo mejor sería no hacer nada.

Dios no quisiera que Benson solicitase ver mi placa de identificación.

–No se preocupe, doctor Benson –dije con delicadeza.

–Es usted muy joven –señaló–. Debe de haberse dado prisa en hacer méritos en el departamento.

Mi respuesta fue un modesto encogimiento de hombros.

Entonces saqué mi libreta de baratillo. No era tan buen camuflaje como una placa, pero estaba improvisando.

–Como le he dicho antes, señor, Felice Sanders ha desaparecido. Creo haber entendido que usted habló con ella al menos una vez después del funeral de su hijo. ¿Puede decirme cuándo y dónde tuvo lugar esa conversación?

Se tomó su tiempo para responder y, cuando lo hizo, no había la menor energía en su voz.

–Felice me llamó una o dos semanas después del funeral. Dijo que quería disculparse por... algunas cosas que dijo ese día. Palabras dictadas por el enfado.

–Lanzó alguna amenaza, ¿verdad?

–Sí. Nos echó la culpa de lo que había pasado, nos reprendió con mucha vehemencia a la señora Benson y a mí por no haber confiado en Kevin. Por no haberle respetado.

–Tuvo que ser un buen disgusto.

Carraspeó y me dirigió una mirada afligida.

–¿No dijo algo de vengarse de ustedes?

–Sí. Dijo que nos la iba a devolver y a poner en evidencia nuestra estupidez por no comprender su música.

Puede que fueran imaginaciones mías, pero me dio la impresión de que, después de pronunciar la palabra «música», recorría la habitación con una mirada desesperada, como si buscara algo, hasta que sus ojos se posaron sobre uno de los magníficos altavoces negros Bose. Un hombre con el que viví algún tiempo, Walter Moore, siempre estaba hablando del día en que al fin podría permitirse comprar esos altavoces.

Black Hat le había pedido a su padre que le financiara su carrera de músico de rap, ése era el meollo de la cuestión. Y Jacob Benson se había negado en

redondo. Qué otra cosa cabía esperar. Bastaba echarle la vista encima para comprender que no era un fan de la cultura hip-hop. Seguramente, detestaba el rap a muerte, lo consideraba una bazofia degradante. Era como si les estuviera oyendo discutir sobre el tema, al padre y al hijo. Imaginaba perfectamente cómo el venerable doctor Benson se habría burlado de las aspiraciones de su hijo y de la ropa de macarra que vestía, cómo le habría vituperado por malgastar su educación y las oportunidades que sus padres le habían ofrecido con tanto esfuerzo. Y en cuanto a ese nombre grotesco que había adoptado, Black Hat, ¿qué demonios tenía de malo su propio nombre, Kevin Benson?

Sí, seguramente le dijo cosas por el estilo, y mucho peores.

Y ahora, Dios mío, qué no daría él por ceder y entregarle a Black Hat hasta el último centavo de su fortuna para que se dedicase a la música que le viniera en gana. Que el chico se hiciera llamar el Simio Desnudo si le hacía ilusión. Cualquier cosa con tal de recuperar a su hijo.

—¿Concedió alguna importancia a esa amenaza, doctor Benson?

—No. La chica estaba perturbada. Nos disgustó que montara aquella escena, desde luego, pero es que estaba... muy afectada —tragó saliva con dificultad antes de proseguir—. Igual que nosotros. Nos ha pedido perdón y yo la he perdonado.

—¿No mencionaría Felice por casualidad desde dónde le llamaba?

—No sé si entiendo bien la pregunta.

—¿Dijo si estaba en casa de una amiga? ¿O si llamaba desde fuera de la ciudad? ¿O algo así?

—No. Yo di por hecho que estaba en su casa.

—¿Conoce a alguna amiga suya? ¿A alguien que pueda haberla alojado en su casa?

—No.

—Y desde esa llamada, no ha sabido nada de Felice.

—No. Como ya le he dicho antes, no habíamos intimado con ella —meneó la cabeza—. No me interprete mal, detective. No es que tuviéramos nada contra esa chica. Sólo que no era el tipo de chica que teníamos en mente como futura esposa de Kevin. Cualquiera sabe si en realidad habría llegado a celebrarse esa boda... En fin, ¿qué más da ahora? Estoy consternado por su desaparición. Kevin... Kevin la quería. Lo siento por respeto a su recuerdo.

Volvía a asaltarme la sensación de incomodidad. El doctor Benson estaba viniéndose abajo, al borde de las lágrimas. Yo era la responsable, por hurgar en una herida abierta. Quizá en más de una herida. No me costaba nada escribir mentalmente el diálogo de las discusiones que habría tenido con Black Hat sobre la joven Felice. Tenía que pensar en algo para dar un giro a la situación.

—Perdone —dije de pronto—, ¿le importaría darme un vaso de agua?

–Cómo no.

Hizo un par de intentos en falso antes de levantarse del asiento. Se le escapó una mueca de dolor, seguramente provocada por las molestias reumáticas de las piernas, y luego se sujetó la espalda con la mano mientras caminaba en dirección a la cocina.

En cuanto dobló la esquina, me precipité hacia la chimenea. Además de las muñecas expuestas en la vitrina, debía de haber otra docena artísticamente colocadas en un extremo de la repisa de la chimenea, entre ellas los dobles de Dilsey y Mama Lou. Ida no firmaba sus obras, pero era como si llevaran la firma en la frente. Allí estaban representados todos los modelos que había visto sobre su mesa plegable en Union Square.

Además había una foto entrañable de Black Hat, abrazado a su madre, en un marco de plata.

Cuando regresó el doctor Benson, me encontró sentada en mi silla. Me tendió un vaso de agua que yo vacié como correspondía.

–Estaba admirando esas figuras que tienen sobre la chimenea –le dije–. Son una monada. ¿De dónde proceden?

Eché una ojeada a las muñecas.

–No estoy seguro. Creo que mi mujer se las compra a una modista que conoce –entonces casi se echa a reír–. Está obsesionada con ellas, como puede ver. No hay rincón en la casa donde no te las encuentres.

–Son preciosas. ¿No le importaría a su mujer facilitarme el nombre de esa modista?

–Lenore ha salido esta noche.

–¿Cree que volverá pronto?

–Aún tardará.

–Entiendo. Bueno, creo que ya no tengo más preguntas que hacerle, doctor Benson. Sólo me gustaría expresarle mi condolencia, siento mucho lo de Kevin.

–Gracias, detective Hayes. No sé si usted podría...

Dejó la frase a medias.

–Sí, dígame.

–La madre de la chica... debe de estar pasándolo muy mal. Estoy convencido. Me gustaría... Si no le importa... si habla con ella...

–Sí, doctor Benson, lo haré. Le diré que siente usted mucho lo de Felice.

Esperé unos minutos en el descansillo antes de llamar al ascensor. *No tengas hijos* es lo que estaba pensando. No te expongas nunca a la posibilidad de un dolor tan inconcebible como el que los Benson o la madre de Felice Sanders deben estar sufriendo.

En el portal, Mike dobló la revista que estaba leyendo para impedirme ver la cubierta. Apuesto lo que sea a que era una garrada de maníacos sexuales.

No le di la oportunidad de retomar la situación donde la había dejado. Me despedí a la carrera y salí por la puerta giratoria antes de que pudiera abrir la boca. Pero luego volví a entrar y pillé a Ojos Azules cogiendo de nuevo la revista.

–Has recobrado la razón –dijo–. Sabía que volverías.

Entonces le copié una expresión a Leman:

–No eres tan tonto como pareces, ¿eh?

Desplegó una sonrisa de castigador.

–Y sí es *señorita*, no señora. Permíteme que te pregunte un par de cosas, Mike.

–De acuerdo.

–¿Viste alguna vez a la novia de Kevin? ¿Le viste alguna vez con cualquier chica?

–No, creo que no.

–Entendido. Y otra cosa: los Benson deben de haberse quedado trastornados por la pérdida de su hijo.

Asintió sombríamente.

–Me dan mucha pena. Son buena gente.

–¿A qué dedica su tiempo Lenore Benson? ¿A batir la calle Cincuenta y siete?

–No te sigo.

–Me refiero a que si va de compras. Por lo visto, no para mucho en casa. ¿Estoy en lo cierto?

–Últimamente no. Pero no porque salga de compras. Eso seguro.

–¿Quieres decir que sabes dónde está?

–Sí. Les busqué un taxi... ese día.

–¿Qué día?

Antes de responder, escudriñó el portal de una ojeada.

–El día que a ella le dio el flash.

–¿El flash? ¿Qué flash le dio?

–Ya me entiendes. Él la sacó de casa un día, rígida como una tabla y diciendo... locuras.

–¿Locuras auténticas?

Asintió.

–Como te he dicho antes, paré un taxi. Y oí la dirección que él le daba al taxista. Payne-Whitney. La señora no ha vuelto desde entonces.

Payne-Whitney. No era una boutique elegante. Ni una gestora de inversiones financieras. Era una clínica psiquiátrica famosa y muy cara, con unas vistas de la zona de East River tan imponentes como las que tenía el salón de los Benson.

Deep in a Dream

[En las profundidades de un sueño]

Cruzó las piernas justo como debe cruzarlas una mujer.

Lenore Benson tenía una planta magnífica.

Y también, a juzgar por su aspecto, unos quince o veinte años menos que su marido.

El exquisito vestido color gris claro y el luminoso collar de perlas le sentaban muy bien, pero tuve la impresión que le habría sentado igual de bien un saco de harina. Era una mujer increíblemente guapa.

Una mirada me bastó para comprender por qué el estirado Jacob Benson la había elegido como la mujer a la que llevar del brazo al Baile de los Negros Acaudalados. Y como anfitriona de las importantes cenas ofrecidas a sus colegas médicos. Y como madre de su hijo.

Habría jurado que Lenore Benson era un transplante del Sur, una de esas bellezas negras casi irreales cuya distinción extraordinaria era un paradójico legado de las bellezas blancas que marcaban la pauta en su día, las mismas que educaban y poseían a sus antepasados y, a veces, los enviaban a la muerte sin pestañear.

Seguramente, los dependientes de Bergdorf's saludaban a la señora B por su nombre. Seguramente, era capaz de identificar un tenedor de pescado a treinta pasos de distancia. Pero también habría encabezado campañas de alfabetización, dirigido alguna clínica de control de la natalidad y, sin duda, sabría cuánto tiempo había que hornear los jarretes de jamón.

—Pues sí, está grillada, se ve a la legua.

Esas palabras de Lemman Sweet me parecieron vulgares, faltas de delicadeza y certeras.

La señora Benson habría sido como hubiera sido y procedería de donde procediese, pero ahora ya no era la misma. Su placidez de estatua y la expresión obnubilada de sus ojos así me lo indicaban.

Sweet y yo la estábamos observando a través de la puerta de la sala de estar, en espera de que viniera su psiquiatra.

—¿Por qué crees que mintió Benson? —pregunté—. Bueno, no fue exactamente una mentira. Sólo me dio a entender que había salido esa noche.

—Probablemente porque consideró que no era asunto tuyo —dijo Lemman—. Y, por lo visto, el reductor de cabezas opina lo mismo. No cuenta casi nada y la

ley no le obliga a hacerlo. Pero no puede impedir que la policía investigue un delito. Tenemos derecho a hablar con cualquiera, por muy pirado que esté, si cabe la posibilidad de que sepa algo de una chica desaparecida.

–O de un asesinato –añadí.

–Sí. O de un asesinato. En fin, el matasanos dice que podemos hacerle un par de preguntas aunque no vaya a servir de nada. Le están dando calmantes a puñados y a veces ni siquiera le habla a él.

Un hombre blanco bajito, de cabello plateado, cruzó con paso vivo el conjunto de puertas del otro extremo del pasillo y avanzó hacia nosotros. El reductor de cabezas, como lo había llamado Sweet, nos saludó con suma cortesía. Permanecería en la sala, nos informó, mientras interrogábamos a su paciente. Pero debía advertirnos que, en los últimos tiempos, la señora Benson apenas reaccionaba. La muerte de su hijo la había hundido en una depresión tal que quizá nunca saliera de ella.

Sujetó la puerta para que yo pasara. Hasta que no me puso la mano en la espalda y me condujo hacia la soleada y silenciosa sala azul, no me di cuenta de lo remisa que era a entrar allí. Tuve que reconocer que la «sala de relax» me daba repelús.

Pero cuando la señora Benson levantó la vista hacia nosotros con su afable estilo de gran dama, me sentí mucho mejor, casi relajada, casi normal.

Incitada por Lemán, una vez más tomé la iniciativa para hablar con una persona «de su clase».

–¿Cómo está usted, señora Benson? Soy Nanette Hayes. Le presento al sargento Sweet de la policía de la ciudad. ¿No le importaría que le hiciéramos algunas preguntas?

–¿Más naranjas? –dijo–. Es usted muy amable.

Pasó unos cinco minutos sin dar la menor respuesta, ni siquiera de la enigmática variedad que acabábamos de escuchar. Luego dije algo que le tocó una fibra sensible.

–Hay algo que nos tiene preocupados, señora Benson. Se trata de Felice Sanders. Hace mucho que nadie sabe nada de ella. Hemos pensado que quizá usted nos podría ayudar. ¿Recuerda cuándo habló por última vez con Felice?

–Sí. Una chica encantadora –dijo–. Una prostituta encantadora. Ay, Dios mío, ¿qué he dicho? Quería decir postura.

–¿Qué le dijo cuando habló con ella?

–Era inevitable.

–¿Qué era inevitable?

–Inapropiado, absolutamente inapropiado.

Miré al psiquiatra, cuya expresión era imposible de descifrar.

–Por favor –le dije–, ya sabemos que su labor es ayudar a la señora Benson,

no a nosotros. Pero está al tanto de que esa chica ha desaparecido, ¿verdad? El detective Sweet le habrá explicado que la policía anda buscándola por todas partes, ¿no?

–Sí.

–¿Me hará el favor de decirnos si realmente ha hablado con Felice Sanders? ¿Cree usted que la señora Benson sabe qué ha sido de la chica?

Dulcificó su gesto impávido y al final meneó la cabeza.

–No lo sé, de verdad.

Como Sweet seguía mirándolo fijamente sin darse por vencido, el médico insistió:

–Lo siento. No lo sé.

–He visto la preciosa colección de muñecas que tiene en casa –le dije a Lenore Benson–. ¿Sería tan amable de indicarme dónde puedo comprar una?

–Sí. Es una mujer encantadora. De mucho talento. Hablar con ella es un placer.

–¿A quién se refiere? –pregunté–. ¿A Ida Williams?

–Todas ellas. Hay tantas donde elegir.

–¿Tantas muñecas, quiere decir?

–Sí, tantas.

Entonces extendió el brazo convulsivamente, como si pretendiera coger una de las naranjas a las que había aludido hacía un rato. Fue en ese momento cuando me fijé en las marcas oscuras y rectas que le rodeaban las muñecas. Lemman también las vio. Con la misma rapidez con que había hecho ese gesto, llevó de nuevo la mano a su regazo y volvió a ser la viva imagen de la más perfecta compostura.

Lemman tomó la palabra:

–Señora Benson, me gustaría que viese una fotografía que tengo aquí. ¿Sabe quién es este hombre?

Le puso en las manos una fotocopia de la fotografía de Miller.

–¡Julian! Cielo santo, si es Julian. ¡Y qué bien se le ve!

–¿Identifica a este hombre, señora Benson? –preguntó Lemman con escepticismo.

–Sería el colmo que no reconociera a Julian Bond, joven, después de tenerlo sentado a mi mesa en tantas ocasiones –le devolvió la fotocopia a Lemman con una sonrisa condescendiente.

–Señora Benson, ¿conoce a un hombre llamado Miller? –pregunté.

Al ver que no respondía, añadí:

–¿O Lyle Corwin?

–Estoy segura de que se llama Julian, querida –dijo con un tono cortante que dejaba adivinar a la inflexible magnolia de acero que debió de ser en su día.

–Me parece que ya es hora de retirarnos, ¿no crees? –dije a Sweet.

Asintió con la cabeza, pero luego dijo:

–Sólo un momento –se esforzó por establecer contacto visual con ella para preguntarle–: Señora Benson, Dan Hinton, ¿es amigo suyo?

Le fulminé con la mirada, pero no hice comentarios.

Le tendí la mano a Lenore Benson y le agradecí que nos hubiera recibido. A modo de respuesta, emitió la más genial de sus frases:

–Al final, todos lo hacemos... ¿no es así?

No nos había ido particularmente bien, por usar el tipo de delicado eufemismo que la propia Lenore Benson habría empleado.

Era yo quien había convencido a Sweet de que visitáramos Payne-Whitney. Él se hartó de decirme que no sacaríamos nada en limpio; el loquero le había explicado por teléfono en qué estado se encontraba la señora Benson. Y, ahora, al sargento se lo llevaban los diablos.

Tampoco es que yo estuviera muy boyante.

–¿Conque *Dan Hinton*? –le grité con furia cuando salimos a la calle–. ¿Qué pretendes sacándote de la puta manga su nombre? ¿Es que tienes algo contra él?

–Mira, Bola de Billar, aquí no descartamos a nadie. También podría haberle preguntado por tu distinguido papá, ¿sabes?

Esta vez no iba a entrar al trapo por cuestiones de clase.

–Por mí podrías haberle preguntado por Julio César, qué hostias. Para lo que habría valido. Seguro que a él también lo conoce.

It's Always You [Siempre eres tú]

Levanté el auricular justo a tiempo de que no saltara el contestador.

–¿Piernas Largas? ¿Eres tú?

–¿Roamer?

¿Quién iba a ser sino Roamer McQueen, mi compañero del efímero bolo en Omega? Aunque no ubicase sus voces de inmediato, los apodos cariñosos que me daban mis conocidos eran un método infalible para identificarlos.

–¿Cómo te van las cosas, Piernas Largas?

–Así, así, Roamer. Voy tirando.

–¿Sabes cocinar, pequeña?

Me quedé sin saber qué decir. ¿Adónde querría ir a parar?

–De momento, nadie se ha quejado –repuse al fin.

–¿Qué tal se te dan las judías pintas con arroz?

–Olvídalo.

–Ya me lo temía yo. ¿Por qué no me acompañas a comer fuera?

–Te lo agradezco, pero hoy no es mi día.

–Venga, Nan. Ya verás como te animas. Quiero sacarte por ahí para lucirte. A un sitio donde cocina un sobrino mío.

Antes de darle otra negativa, me lo pensé. Algo creí notarle en la voz, algo indicativo de que no era la comida casera el único motivo de su invitación.

–¿Quieres contarme algo, me equivoco? –dije.

–No. Ya hablaremos. Hazme compañía mientras tomo un bocado.

–De acuerdo. Pero no será mucho rato. Tengo que volver a casa.

–Sin problemas. Ah, y trae el saxo.

–¿Adónde? –pregunté.

Calle Great Jones, junto a Broadway, eran las señas del lugar. Y el lugar era Texaco, un restaurante de estilo sureño del que nunca había oído hablar.

Un negro con una gabardina gris muy elegante se nos adelantó apresuradamente, abrió la puerta y me devoró con los ojos mientras entrábamos. Sería de la edad de mi padre o mayor, pero su mirada no era nada paternal. Dada mi nueva condición de imán de hombres, no tenía por qué sorprenderme.

Yo también le inspeccioné con la vista. Años le sobrarían unos cuantos, sí,

pero tenía un cutis magnífico y una mirada hipnótica, que utilizó para retener la mía durante un rato. Juro que sentí un cosquilleo erótico.

No, no tengo debilidad por los ciudadanos de la tercera edad. Pero es que, para mí, el coqueteo no tiene por qué llevar a ninguna parte; no es más que un juego sutil, una cosa del momento. O sea que *soy francesa*... más o menos. La experiencia vale mucho en un hombre, *n'est-ce pas?* Y la seguridad en sí mismo, que a él no le faltaba. Se le veía en la sonrisa.

Lo que dio al traste con el momento de complicidad fue el cinturón de la gabardina. En cuanto lo vi bien, me dio el bajón. Me trae al fresco lo exclusiva que pueda ser la prenda, siempre me desinflo al ver que un hombre se ata la gabardina a la cintura de esa forma, bien ceñida. Aún estoy por conocer a un tío que lo haga y que valga para algo.

—¿Vas a comer sola? —preguntó.

Me reí entre dientes.

—Eso no lo verán tus ojos, James Bond.

Texaco era uno de esos locales que tratan de recrear por todos los medios el ambiente de los tugurios de Louisiana, a años luz de Bourbon Street. Big Mama Thornton, Fats Domino y Johnny Ace sonando en la rocola. Viejos carteles de cerveza Dixie y de cecina de buey. Recuerdos de Elvis. El primer sujetador que usó de adolescente Irma Thomas. Chorradas así.

En las mesas había pocos comensales, pero la barra estaba a tope de gente. Todos fumando Marlboro como chimeneas y vaciando vasos de Wild Turkey. En lugar del habitual aperitivo de galletitas saladas, la casa ofrecía cestillos con tortillas de maíz.

Me figuré que el sobrino de Roamer sería un personaje acorde con el decorado: barriga inmensa, delantal blanco salpicado de salsa picante y el diente de oro reglamentario.

Esa apuesta la perdí, salvo por el delantal. Me presentaron a Carl, que era espigado y de aspecto bastante etéreo, con unos incisivos perfectamente normales. En cuanto a su barriga, por cierto, no pude ponerle ninguna pega. Me sirvió unos huevos revueltos mientras Roamer hincaba el diente a los manjares de su tierra natal.

—¿Te vas recuperando del asesinato de esa mujer? —preguntó Roamer.

—Lo intento. La historia está trayendo más cola de lo que me figuraba. Un poli conocido mío se supone que me iba ayudar a averiguar qué había pasado realmente. Pero me ha caído encima un buen embolado. Ahora mismo ya no sé quién ayuda a quién ni qué pretendemos descubrir. Es un follón de tres pares de narices.

—¿Pero qué haces tú metida en eso, tratando de jugar a los policías? No es tu trabajo.

–Ya lo sé –dije con un suspiro.

–Es una de las cosas de las que quería hablarte... de trabajos.

–¿Te refieres a la música?

–Sí. Me ha tocado ser el emisario de una mala noticia.

–Oh, no –dejé en el cestillo la tortilla de maíz que me disponía a untar de mantequilla–. ¿De qué se trata?

–No habrá actuaciones en Omega. Hemos pasado a la historia.

–Maldita sea. Lo sabía. Algo me decía que ésa era la noticia.

–Pues sí, van a cerrar. Brubeck dice que entre sobornos, impuestos, préstamos y ahora este asesinato, han acabado con él.

No pude reprimir un bufido.

–Mama Lou ataca de nuevo. ¿Se te ocurre cómo asesinar a una muñeca, Roamer?

–¿Asesinar a quién?

–Olvídalo. ¿Vosotros qué vais a hacer? Hank y tú.

–Ésa era la otra cosa que quería contarte. Hank y yo vamos a irnos un par de meses a la costa Oeste. Un colega de los viejos tiempos está haciendo su agosto con un pequeño club que ha abierto en Los Ángeles. Nos ha pedido que vayamos. Podría convertirse en algo permanente. Vaya usted a saber.

–Fantástico, Roamer. Seguro que estáis contentísimos.

–Tiene buena pinta, ¿verdad?

–Y que tú lo digas.

–¿Y tú? ¿Tienes en regla el pasaporte?

–¿Yo?

–Sí, tú. ¿Por qué no vienes con nosotros?

Me emocioné tanto que a duras penas conseguí articular una respuesta.

–Me siento muy halagada. Pero ¿qué ha sido de Gene?

Evidentemente, Hank y Roamer no iban a dejar en la estacada a Gene Price, su amigo de toda la vida, por mí.

–Vendrá para allá cuando se reponga. El médico y su señora lo tienen controlado. De momento, nada de moverse. Por eso hemos pensado que siguieras ocupando el lugar de Gene. No te vendría mal darte a conocer en la costa Oeste. Eres bastante especial, una chica saxofonista, quizá sea un buen reclamo. Cuando Gene esté en condiciones de ir para allá, a lo mejor ya te ha salido alguna otra cosa y tienes en marcha tu propia movida. ¡Qué puñeta, a estas alturas del año próximo puede que estés hecha una estrella del cine! Pueden pasarte muchas cosas. ¿Quién sabe?

Encauzar tu carrera profesional. Pillar las oportunidades al vuelo. Saber moverse. Cumplir tus objetivos.

Expresiones todas ellas que prácticamente no formaban parte de mi

vocabulario. Casi como si no fueran palabras de mi idioma.

–Cáscaras, Roamer, no sé qué decir.

–Di que te vas a casa a meter los pantalones de encaje en la maleta y a dar un beso de despedida a los chicos, Piernas Largas.

–Pero ¿tengo el nivel para dar la talla? ¿Vosotros creéis que sí?

–¿A que conoces el viejo truco? Practica, cariño, practica.

–¿Cuándo necesitáis una respuesta?

–Dentro de un par de semanas, supongo. Piénsatelo bien, Nan. Pero no tardes mucho en pensarlo.

Asentí con un gesto. Sueños hollywoodienses aparte, me iba a dar mucho que pensar. Algo más en que pensar, justo lo que necesitaba.

–Te veo un poco rara –dijo Roamer–. Si no te comes tú esa tortilla, me la voy a comer yo.

–No te cortes –dije–. ¿A que no adivinas en qué estaba pensando? ¿Sabes algo sobre el circuito «Chitlin»? Ya sabes, los espectáculos de variedades en los que dejaban actuar a los negros. No me refiero a los tiempos de Maricastaña. Más bien hacia la última época en que funcionaba ese rollo... los años cincuenta y sesenta.

–Moms Mabley y Redd Foxx, y Nipsey Russell –dijo entre bocado y bocado–. Antes de que nos abrieran las puertas en Las Vegas y en otros sitios.

Aquellos nombres me sonaban vagamente familiares. Había una persona que me habría informado con pelos y señales sobre todos ellos: mi antiguo amor, André, que había dedicado su vida a hacer la crónica de los negros del mundo del espectáculo. Pero no lo tenía a mi lado. Aquella conversación probablemente habría sido innecesaria de tener a André conmigo. Todo habría sido diferente.

–Sí, supongo que me refiero a gente como ellos –dije–. Pero ¿no habrás oído hablar por casualidad de un dúo llamado Miller y Priest?

–No. No me dice nada. ¿Quiénes son?

–Es una historia demasiado larga.

En ese momento, Carl se acercó a la mesa.

–¿No te apetecen más huevos, Nan?

–No gracias. Aunque están buenísimos. Es que no tengo apetito. Y esta noche voy a una cena de aquí te espero.

–Mierda –soltó Roamer–. Así que estás ocupada esta noche.

No entendí por qué le disgustaba tanto.

–Había pensado que Carl y tú salierais juntos –explicó.

–Gracias por buscarme planes –dijo Carl, por lo menos tres veces más abochornado que yo. Y se puso a frotar la mesa con energía.

–Por cierto, Roamer, si no es mucho preguntar, ¿por qué querías que trajera

el saxo?

–Por Carl. Quería que te oyera. Ya te dije que pensaba lucirte. Además, no me gusta la rocola de este sitio. Siempre empiezan con Etta James, pero, en cuanto te descuidas, ya están sonando los Rolling Stones.

–No hay quien se te resista, ¿eh, Roamer?

Empecé con «Trust in Me», que aparte de ser uno de los grandes éxitos de Etta, era la canción favorita de Roamer, según me había dicho.

Darn That Dream

[Que lo zurzan a ese sueño]

El menú también fue muy bueno en nuestra segunda cita. Sólo que, en esta ocasión, cenamos en Brooklyn Heights. Y Dan Hinton preparó la cena.

La charla banal –qué tiempo tan fresco y delicioso hacía, qué bonito era su piso y qué arrebatadora estaba esa noche– duró mucho. Enseguida entramos en materia, alternando los cócteles con los besos.

El pollo estaba succulento, nada que ver con las típicas pechugas fritas con salsa de bote que pueda hacer un soltero. Las verduras parecían recién cogidas de la huerta. El pan francés crujía como un billete de cincuenta que acabara de entrar en circulación. Los millojas eran comprados, eso sí, lo que no impedía que también supieran de maravilla.

Dan había descorchado la segunda botella de vino, que nos esperaba en la terraza acristalada.

Un hombre fantástico, una vista de ensueño, una comida y un vino deliciosos, y una inminente sesión de cama que, o mucho me equivocaba, o iba a ser memorable. La señorita Hayes, hedonista semiprofesional como es, estaba feliz.

Al menos eso es lo que me decía a mí misma. Pero no era verdad. Sencillamente, no era verdad.

Por un instante eché la culpa a André.

Encontraba a Dan, como mínimo, muy apetecible. Y hay que ver cómo iba directo a todos los interruptores de corriente del cuerpo femenino. Pero no era André.

Tardé un rato en comprender que el problema no era eso... al menos, no sólo eso.

Entretanto, compartiendo una tumbona, Dan y yo disfrutábamos de todos los preliminares que quepa imaginar.

–Estoy impaciente por tenerte del todo, Nan –dijo con una sonrisa en la que el brillo de la lascivia dejó corto al de las velas que reposaban en la mesa–. Ese cuerpazo tuyo es tan enorme.

Sin tomármelo en absoluto como un insulto, me reí y le pregunté por qué eso le gustaba tanto.

Me lo explicó con gran lujo de detalles.

–Es una promesa –le dije a modo de respuesta, con un ligero

estremecimiento.

Era genial que un hombre me mirase así a los ojos, me acariciase de esa manera... con una pasión y una premura desbocadas y, a la vez, con ternura y una especie de camaradería. Las relaciones de una noche no son así.

Al cabo de unos minutos, Dan me dijo que le disculpara un momento: ¿iba a comprobar que estaban limpias las sábanas? ¿A verificar la reserva de condones? ¿A buscar el LP de Barry White? Solté una risita ahogada y aproveché la oportunidad para alisarme la falda y paladear otra loncha de queso apestoso.

Se demoró un poco.

Fue mientras esperaba a que volviera, tomando vino y mirando las estrellas, cuando comencé a entender qué era lo que me molestaba.

Maldito fuera Lemman Sweet. Dos veces maldito.

Dan regresó y me enlazó por la cintura con brazo experto.

–Hace una noche fabulosa, ¿verdad? –dijo.

–Sí, fabulosa –y asentí con un gesto.

Unos cuantos besos de angelical delicadeza en las orejas y el cuello.

–Crear el ambiente adecuado es lo tuyo, ¿eh, Dan?

–Gracias.

En realidad, no pretendía ser un halago.

–¿Calas tan bien a todo el mundo? –pregunté.

–No sé a qué te refieres.

Despacio, muy despacio, fue retirando el brazo.

–Me refiero que parece tener el don de dar a cada cual lo que necesita. Sobre todo a las mujeres –tampoco eso era un halago, y así lo entendió esta vez.

Esperó unos segundos y luego repitió exactamente con el mismo tono:

–No sé a qué te refieres.

–Mira, Dan, cuando te conocí en Stephens el otro día, mi padre me había dicho que eras un hacha en tu trabajo. Que les caías de miedo a los chavales y que te respetaban. Enseguida me formé una imagen de ti, y luego me di cuenta de que había sido injusta.

–¿Qué imagen?

–Pensé que eras compulsivamente majo. Que te proponías conquistar a todo el mundo a cualquier precio. Tienes que ser el adulto enrollado ideal con los chicos. El perfecto empleado, hijo putativo e invitado comodín a la mesa de mi padre. El marido liberado modelo, el perfecto amante burgués complaciente para una bohemia asilvestrada como yo.

–Bueno, por lo visto soy un ser humano divino –dijo con sarcasmo.

–No, no me interpretes mal. No te estoy atacando por tus intentos de ser Don Perfecto.

–Entonces, ¿por qué me estás atacando?

–Mira, Dan... la cuestión es que, cuando lo eres todo para todos, ¿quién eres realmente?

Se le tensó la expresión.

–¿Es una indirecta para llamarme cretino y farsante? ¿No es eso?

Me encogí de hombros.

–Tienes razón, me estoy yendo por las ramas. ¿Eres un farsante? Cualquiera sabe. La palabra en la que estaba pensando es «mentiroso».

Fue un alivio que perdiera los estribos por primera vez. A Dan Hinton le convenía, por su propio bien, no ser tan ecuánime, tan imperturbable.

–Vamos a dejarnos ya de gilipolleces, querida. ¿Por qué no vas al grano de una vez?

Me encaré a él.

–Has follado con Felice Sanders.

Ahí quedaba eso. Ya estaba dicho.

La terraza estaba bastante oscura, alumbrada sólo por las velas. No supe a ciencia cierta si le ardía la cara, pero sí vi en sus ojos que se sentía atrapado.

–¿Lo hiciste, a que sí? ¿Me mentiste, a que sí, Dan?

Estiró la mano hacia la copa de vino. Caso resuelto. Culpable de los cargos imputados.

Soltó un gruñido amenazador.

–Vaya, vaya, mira quién se pone puritana conmigo. Te tenía por una mujer negra sofisticada. ¿Dónde quedan todos tus escarceos? ¿Tus aventuritas por el mundo entero? ¿O no era más que una pose?

–No me vengas con ésas, colega. El tema no es con cuántas mujeres has estado y lo sabes.

–¿Cuál es el tema, entonces? ¿Que le doblo la edad a Felice? ¿Así de provinciana eres?

–¡No! ¡Deja de escurrir el bulto! El tema es, como muy bien sabes, que Felice era una chiquilla, una alumna tuya, o paciente, o como quieras llamarlo... una chiquilla que había perdido el norte. Y, a sabiendas de eso, follaste con ella y luego lo ocultaste.

No hubo respuesta. Dan se limitó a morderse el labio superior.

–Cuéntamelo, Dan, por favor. Puede que esté en peligro ahora mismo. Está por medio la policía. Cuéntamelo, anda.

Levantó la vista hacia mí, exasperado, furioso, asustado.

–¡Por favor! –insistí, sintiendo exactamente lo mismo que él–. Ya te he dicho que me da igual lo que hayáis hecho Felice y tú. Y ni soñaría con decírselo a mi padre. Nunca.

–De acuerdo. Pero quiero dejar bien sentado desde el principio que no sé dónde está. No le hice ningún daño y no sé dónde está.

Asentí.

–Continúa.

–Hay un sitio –empezó–, un piso donde... Joder, ya sabes qué tipo de chicos van al Stephens. Chicos que se las saben todas. Muy listos. Precoces. Muchos de ellos de dinero. Muchos tienen padres que no se preocupan de ellos como debieran. La familia de un chaval pasa la mitad del año en Europa y él vive con unos parientes. Pero tiene las llaves del piso de sus padres, que está en el Village. A veces... yo... algunos estudiantes, los mayores, van allá de tanto en tanto.

Ah. Una casa para jugar a ser mayor. El sueño de todo adolescente. Eso de meterse mano en el cine no era para los alumnos de mi padre.

–Y tú –dije–, tú también ibas allá de tanto en tanto. Con Felice.

–Bueno, bueno –protestó; apuró el vino que le quedaba y volvió a llenar la copa–. Ya sé que no fue muy prudente. Y me arrepentí. Pero...

–¿Con cuánta frecuencia?

–Dos o tres veces.

–¿Antes o después de que muriera Black Hat?

Se cerró en banda.

–Vamos, Dan. Será mejor que me lo cuentes, ahora que has puesto las cartas sobre la mesa.

–Un par de veces después, en ese piso. Y un par de veces antes, en otro sitio.

–¿En qué sitio? ¿La trajiste aquí para un tratamiento a base de queso pestilente y luz de luna?

–No, claro que no. Fue...

–¿Dónde?

–En el colegio. En el colegio, ¿contenta?

–Dios mío. Mientras la preparabas para el acceso a la universidad, ¿verdad?

–Vete a tomar por saco, Nan. Eso es juego sucio.

–Lo siento. Continúa.

–No hay mucho más que contar. Mentí al decir que no me había acostado con ella, pero sólo en eso. Estaba deprimida y necesitada de afecto. Lo pasamos bien juntos un par de veces mientras estaba en el Stephens; ni ella ni yo nos lo tomamos en serio. Fue sólo... sólo... sexo.

Revolví los ojos.

–Entiende que tratar con jovencitas es un asunto complejo. Sobre todo con las que son listas y guapas. Quieren conseguir tu aprobación, pretenden seducirte, están buscando a un padre...

–Corta el rollo y sigue con lo nuestro.

–De acuerdo. Después de la muerte de Black Hat, se sentía sola y buscó otra vez ese tipo de intimidad. Para consolarse, nada más. ¿Es que no lo entiendes?

–¿Cuándo fue la última vez? ¿Cuándo la viste por última vez?

–Hará por lo menos tres o cuatro semanas.

–Pero has hablado con ella después.

–Sí. Me llamó y la vi tan colgada que intenté quedar a tomar un café o lo que fuera... sólo para tranquilizarla y quién sabe si buscarle ayuda especializada. Ni me escuchó. Colgó sin siquiera decirme dónde estaba viviendo. Lo único que me contó fue que había un hombre mayor en su vida y que no le iba bien con él. Según dijo, al conocerlo le inspiró confianza, pero hasta él la había defraudado.

Moví la cabeza, asqueada. Dan, como es lógico, se lo tomó como otro gesto de censura. Pero no lo era. Tan sólo intentaba desenredar la maraña de embustes y ambigüedades de todo el reparto de personajes: Dan, el doctor Benson, la señora Benson, Ida Williams.

Claro que el reparto no estaba completo. Faltaban la mitad de los títulos de crédito.

–¿Me estás escuchando, Nan?

–¿Cómo?

–He dicho que me da igual lo que pienses de la estupidez que hice con Felice... bueno, no es que me dé igual, pero ahora mismo lo importante no es eso. Quiero que te convenzas de que no te he estado tomando el pelo ni he jugado contigo. Ni con tu padre. Eddie me cae bien y le respeto. Y quiero tener la oportunidad de estar contigo. ¿Te enteras?

–Sí. Estupendo. Pero te equivocas. Ahora mismo lo importante no es eso. Lo importante es ir a ese piso.

–¿Qué? Pero ¿qué dices? ¿Ahora?

–Sí. Ahora.

–¿Por qué? ¿Para qué quieres ir ahí? ¿Qué más da...?

–No es momento de entrar en detalles. Quizá debería haberte explicado desde el principio a cuento de qué estaba buscando a Felice Sanders, por qué me he visto envuelta en esta búsqueda. Como verás, yo también sé lo que es mentir. Miento constantemente, qué le voy a hacer. Pero hay mentiras y mentiras. Dejémoslo estar, de momento. ¿Cómo puedo entrar en vuestro rincón del folleto?

Hizo una mueca al oír aquella grosería.

–¡Ya mismo, Dan!

–Tendría que llamar a Rob MacLachlin *a su casa*. Sus padres son los dueños de ese piso.

–Llámallo.

–Pero tendría que... es decir, figúrate que... Podría causarle graves problemas.

–Sí, claro. Vas a quedar por los suelos con él. Ponte a la labor, amigo. Llámallo.

Entró en el piso y se dirigió al teléfono arrastrando los pies como un presidiario con grilletes. Le observé mientras pasaba las páginas de su agenda y descolgaba el auricular.

Después de intercambiar unos cuantos cumplidos, imagino que con la persona que estaba a cargo del chico, Dan empezó a hablar con Rob en un tono confidencial y perentorio:

–Rob, hola, soy Dan Hinton... Sí, ¿cómo te va?... Qué bien... Oye, estoy enterado de lo del piso de tus padres en Greenwich... No, olvídate de eso... Lo sé... No tiene importancia, Rob. Le dejaste la llave a Felice Sanders un par de veces, ¿verdad?... y le diste el código de la puerta del portal... Qué importa cómo lo sé, lo sé... Escúchame, la última vez que estuvo allí, tuve que... subir a hablar con ella... Y se me olvidaron unos papeles muy importantes, necesito recuperarlos. Me hacen falta ahora mismo, ¿entiendes? Tienes que dejarme la llave. Necesito la llave.

Tapando el micrófono con la mano, empezó a repetir lo que le iba diciendo Rob MacLachlin:

–Tiene miedo. No quiere darme la llave. Dice que no se la puede dejar a nadie. Le da miedo cargársela. Unos vecinos se han quejado de que han visto entrar y salir del edificio a una chica joven acompañada de un hombre negro mayor. Le da la impresión de que es Felice. Pero no entiende cómo es posible. Hace varias semanas que Felice le devolvió la llave y no ha dejado que vaya allí nadie más.

–Me da igual el miedo que tenga –le dije a Dan–. Consigue la llave y el código. Dile que si no coopera, se va a asustar todavía más. Amenázale un poco, Dan.

Sí, lancé esas órdenes como un sargento mayor, muy segura de mí misma, pero, con franqueza, me sentía un poco aturdida. A Felice la visitaba un caballero negro de edad. ¿Por qué me había afectado? Había dos hombres negros mayores enredados en aquel embrollo: Jacob Benson y el hombre del pasado de Ida, Miller. Tres, si contamos a mi padre. Pero no lo había contado... imposible.

Pero tampoco me imaginaba a Benson ni a Miller con Felice. El bueno del doctor, aparte de ser el padre talludito de su novio asesinado, parecía llevarse a muerte con Felice. Y por lo que respecta al antiguo socio de Ida, Miller, Felice Sanders y él encajaban tan bien como yo encajaría en una barbacoa de los Ángeles del Infierno.

No era sólo eso lo que me inquietaba. Dan me había hablado antes sobre un hombre de edad, pero no mencionó que fuera negro. ¿Por qué se había guardado ese detalle? Tal vez porque Felice no se refirió al color de su piel.

Quién podía saberlo. En cualquier caso, lo que urgía en ese momento era entrar en el piso en cuestión.

Dan me dirigió una sonrisa siniestra, todavía con la mano sobre el micrófono:
–Todo bien. Lo he conseguido.

La carrera del taxi desde Brooklyn Heights a Beekman Place se puso por las nubes. Dan no me dejó que pagara la mitad, sin duda porque se sentía culpable.

El joven Rob MacLachlin, de pelo pajizo y metidito en carnes, nos esperaba en la calle. Dios sabe lo que les habría contado a sus tíos para que le dejaran salir de casa. Tenía que haber sido una trola digna de mí.

Me aparté para dejar que Dan y el chico hablaran a solas. No sé cuál de los dos parecía más avergonzado. El chaval no tardó en entregarle la llave y un papelito, y lo dejamos plantado en la acera.

La casa de los MacLachlin estaba en la calle Greenwich –no en la bulliciosa y turística avenida Greenwich, sino en la calle de ese nombre, a dos manzanas de los muelles–, en un edificio industrial rehabilitado.

Dan consultó el papel que tenía en la mano y marcó los números del código en el cajetín de la puerta. Cogimos el ascensor para subir a la séptima planta.

–Tendría gracia –masculló– que esto no fuera más que un intento tuyo de descubrir dónde vive Harvey Keitel.

Maldita la gracia que me hizo en aquellas circunstancias. Aunque entendía a qué se refería. En Nueva York, toda la gente del mundo del cine se ha concentrado en el apartado barrio de West Village/Tribeca, con lo que los precios ya de por sí elevados se han disparado a la estratosfera. Las calles estaban salpicadas de limusinas con chóferes anchos de hombros dormitando tras el volante.

Cuando ya estaba metiendo la llave en la cerradura, Dan seguía protestando de mis métodos de fuerza y de aquella misión nuestra, que consideraba estúpida. Le mandé callar violentamente y le empujé por la puerta.

Los MacLachlin tenían esa clase de piso con la que el resto de los habitantes de Manhattan tan sólo podemos soñar. Espacios interminables, lucernarios, paz y tranquilidad; a cinco minutos andando del Hudson y con un montón de restaurantes de alta categoría, aunque de los que te dejan temblando el presupuesto, a la vuelta de la esquina.

Alcé la voz para decir un tímido hola. Ninguna respuesta.

Pero en medio de la habitación había un gran bolso de viaje color púrpura, lleno a reventar de ropa: vaqueros, camisetas, blusas diáfanas, calentadores de piernas y mallas.

–¿Podrían ser de Felice? –pregunté.

Se había quedado pasmado ante la visión del bolso. Pero, al menos, asintió con un gesto.

–No lo entiendo –masculló.

–¿Qué es lo que no entiendes?

–Rob recuperó la llave. Y no había dejado usar el piso a nadie más. Me lo ha jurado.

–Probablemente, te ha dicho la verdad. ¿Lo tenía difícil Felice para hacer una copia de la llave a sus espaldas? Y conoce el código del portal, ¿verdad?

–Sí. Es lógico.

–Echa un vistazo a los dormitorios –dije–. Me figuro que los tienes bien localizados.

Me miró con odio.

–No lo he dicho en ese sentido. Ve, anda.

Dan echó a andar por el pasillo y yo entré en la cocina.

No pegué un alarido. Estoy segura. Pero se me debió de escapar tal resuello que Dan lo oyó desde el otro extremo del pasillo.

Vino corriendo.

Una de las paredes de azulejo blanco de la cocina estaba tiznada de sangre seca. En la encimera había regueros de la misma sustancia, parecidos a los rayos de los tebeos. Entonces bajé la vista y vi las manchas del suelo de linóleo. Se diría que los MacLachlin se dedicaban al negocio de sacrificar cerdos en lugar de importar artículos de cuero, chips de ordenador, a la construcción o a cualquier otra ocupación higiénica con que se ganaran la vida.

Seguía tapándome la boca con las manos, obligándome a no gritar. Dan parecía a punto de vomitar.

–¡No toques nada! –le advertí a la vez que reculaba y lo arrastraba conmigo–. ¿Qué has encontrado ahí detrás?

–Nada. Nada. Está vacío.

–¿No hay huellas de sangre en ningún otro sitio?

–No.

Hicimos una rápida inspección del cuarto de baño y los dormitorios, incluidos los armarios, con la precaución de usar las mangas del abrigo para abrir las puertas.

Dan tenía razón. Todo estaba en orden, salvo la pared y la encimera ensangrentadas de la cocina.

–¿Qué piensas hacer? –me preguntó.

–¿Tú que crees? Llamar a la policía.

Empezó a pegar sacudidas con la cabeza, como si tuviera Parkinson. No hacía falta preguntarse por qué: estaba viendo cómo se iba al garete su carrera profesional.

–Tómalo con calma. No voy a llamar desde aquí. Nos vamos ahora mismo. Pero debo notificárselo a un conocido mío del departamento.

–¿Tú tienes amigos en el departamento?

–Qué más da, Dan. Vamos. ¡Ah, un momento! En realidad no te olvidaste aquí nada cuando estuviste con Felice, ¿verdad?

–No, nada.

–Bien. Larguémonos.

Eché una mirada de reconocimiento a la calle para asegurarme de que no llegaba nadie en ese momento. Todo parecía despejado. Escudriñé el ático por última vez y luego salimos sigilosamente.

–¿Crees que hay alguna posibilidad? –me preguntó Dan elípticamente mientras bajábamos en el ascensor.

–¿Alguna posibilidad de que la sangre sea de otra persona y no de Felice? Lo dudo. ¿Alguna posibilidad de que siga viva? No quiero opinar sobre eso. No podemos hacer nada salvo conservar la esperanza.

Nos quedamos mirando el panel iluminado sobre nuestras cabezas que iba indicando los pisos a medida que descendíamos.

–Bueno, Dan, por lo que a mí se refiere, tú no tienes ni idea de la existencia de este piso –añadí sombríamente–. He venido aquí sola. Pero, para ti, lo peor aún está por venir. Lo sabes, ¿no?

Asintió con un gesto.

–Lo sé, lo sé. Interrogarán a Rob. Sólo es cuestión de tiempo que se descubra.

Se le veía tan trágicamente apenado como correspondía. Y no menos asustado.

Pasamos de largo junto a los teléfonos públicos de la próspera y elegante calle Tribeca y no nos detuvimos a llamar a Lem Sweet hasta que estuvimos a salvo en una esquina cochambrosa de la calle Canal. Le localicé en el móvil. Le expliqué todo lo relacionado con la calle Greenwich, excepción hecha, por supuesto, de quién me había acompañado. Se encaminó hacia allí mientras hablábamos. Y me dijo que pusiera tanta tierra por medio con el ático como fuera humanamente posible, al menos de momento.

Ese mismo consejo le di a Dan.

–Vete a casa, Dan. La mierda no tardará en salpicarnos. Vete a casa.

–No –repuso serenamente–. No pienso dejarte con todo el pastelazo.

–No es ningún pastelazo, de verdad. No te preocupes.

No entendí qué había de ofensivo en mis palabras, pero el caso es que se puso hecho una furia.

–Vaya, qué valiente eres –me espetó con sorna–. No me mientas, Nan. Sólo pretendes librarte de mí para embarcarte por tu cuenta en alguna acción difícil y

temeraria. Mandas al viejo y cobarde señor Hinton a casa para que se quede temblando allí mientras tú te embarcas en una machada. Vas a ir a resolver un asesinato con tus *amigos* del Departamento de Policía mientras yo me tomo un vasito de leche y me voy a la cama.

Ay, Señor. Por si fuera poco, ahora teníamos que preocuparnos por un ego varonil herido.

–¿Te ha dado por flagelarte, eh, Hinton? Pues te voy a dar gusto. Eres un bragaza, ¿sabes? Yo los tengo mejor puestos que tú, para que te enteres. ¿Te sientes mejor?

Una vez más, lo dejé clavado en el sitio con la vulgaridad de mi lenguaje.

–Dios mío –gimió de pronto, llevándose las manos a la cara.

–¿Qué? ¿Qué te pasa, cariño? –le pregunté compasivamente.

–Dios mío, Nan –repitió.

–Dime lo que sea, Dan. Venga.

–Me muero por follar contigo.

–¡*Qué dices!*

–La verdad. Qué le voy a hacer. Lo siento. Estoy a punto de perderlo todo... absolutamente todo, Nan. Nadie dará un duro por mi vida. Necesito...

–Lo que necesitas es coger el puto metro ahora mismo, Dan.

Ya sé que pareció una frase rastrera, pero no sentía la menor animosidad hacia él. Muy al contrario, lo compadecía. Compadecía al sátiro demente que era.

Le tomé las manos, las retuve un instante entre las mías y luego nos besamos; fue un gesto cargado de tristeza.

–¿Qué piensas hacer ahora? –me preguntó-. ¿Adónde vas a ir?

–A Caesar's –le dije con fatiga-. Y tú, ¿me harás el favor de irte a casa?

Movió la cabeza en señal de negativa.

–Todavía no. Tengo que ir a otro sitio.

–¿Adónde?

–A ver a Rob MacLachlin. Me va a necesitar.

–Hablamos mañana –me despedí.

Close Your Eyes [Cierra los ojos]

La clientela que acudía al salir del trabajo ya se había marchado y los noctámbulos empedernidos aún estaban por llegar. Era raro encontrarse el Go Go Emporium tan despoblado.

Gracias al cielo, la vi nada más entrar. Aubrey estaba al fondo de la barra, sirviendo zumo de naranja en una de las jarras de falso fondo que usaban para la cerveza de barril.

Me agarró con fuerza.

–¿Qué te pasa, Nan? Te veo rarísima.

La puse al día, fumando como una chimenea mientras le contaba todo. Los cigarrillos los iba sacando de un paquete que habían olvidado sobre la barra, junto a un juego de llaves y unas gafas.

–Mierda. Ya estamos en las mismas –comentó cuando concluí mi relato.

Con eso lo decía todo.

Le pedí un Jack Daniel's al camarero, un blanco llamado Larry al que conocía superficialmente. Era un tipo de fiar, bastante solícito, sobre todo cuando necesitabas un puñado de anfetis o un televisor de color a un precio al que no se encontraría ni en los almacenes Wiz. De hecho, Larry, igual que mi amigo Patrice, me había arreglado los contactos para que comprara un arma en otros tiempos. Aquélla fue a parar a manos de un hombre a quien le quedaba aún más grande que a mí.

Larry me saludó a la vez que me servía un JD doble y rechazaba con un ademán el billete de diez dólares.

–Hola, Nan. ¿Cómo te va?

A modo de respuesta, me limité a mover de lado a lado la cabeza.

–Ya, eso había oído –dijo, y se alejó.

–Esa chica está muerta, ¿no crees? –dijo Aubrey.

–Aún no lo sabemos. Pero debe de estarlo. Ay, Dios, mi niña.

–¿Se encarga Lemman de que no te pringuen en esta historia?

–Yo qué sé. A estas alturas, no creo que pueda. Quizá sólo me queda confiar en que el tal Loveless, el poli de homicidios, no abogue por la pena capital.

–Para el asesino de Ida, te refieres.

–No. Para mí.

–Que le den por saco. Tendría que haberte hecho caso desde el principio. Y a

ese cabeza hueca de Lemman más le vale cuidarte por su propio bien. No te preocupes por eso.

Empezó a hurgar en las profundidades de su bolso.

–Aquí tienes. Tómate unas cuantas.

–¿Qué es todo esto?

–Esto es echinacea –dijo, llenado el cuentagotas de un gran frasco marrón–. Sabe a rayos, pero relaja. Y todas éstas, vitamina C. Las demás son un complejo de vitamina B.

–Por favor, Aubrey. No me hagas tomar esas porquerías.

–Vamos, Nanette. No te vendrá mal un poco de ayuda.

Me metí de golpe en la boca las asquerosas pastillas y empecé a echar el viscoso líquido marrón en el bourbon. De pronto, me detuve.

–¡Hasta el final!

–Vale, vale. Ahora mismo. Es que me has hecho recordar algo.

–¿Qué?

–Justin.

–¿Qué pasa con Justin?

–Me acabas de decir que estoy como para que me ayuden. Eso mismo me dijo J al regalarme la muñeca Mama Lou. ¿Te acuerdas? Me estaba preguntando dónde se habría metido.

–Buena pregunta. Hoy no se ha presentado a trabajar.

–¿Cómo dices?

–Ya lo has oído, no se ha presentado. Han estado llamándole a casa desde primera hora de la tarde, según me ha dicho Larry. No contesta.

Empezaron a entrarme los sudores. Últimamente, todo lo que se saliera de lo normal me ponía nerviosa. Últimamente, se diría que a cualquiera le podía pasar cualquier cosa.

Justin estaba desaparecido, por no decirlo con mayor dramatismo. Felice Sanders también estaba desaparecida y, según los indicios, no volvería a aparecer... nunca.

–¿Dónde puede estar? –pregunté–. ¿Tiene Larry alguna idea?

Aubrey se encogió de hombros.

–Lo más seguro es que esté con resaca. O quizá echando un polvete. Claro que al trabajo nunca llega ni con diez minutos de retraso. No sé... me está pareciendo muy raro que...

–No me gusta esto –dije, y la frase se convirtió en una especie de conjuro–. No me gusta esto no me gusta esto no me gusta esto.

Aubrey rompió a reír, hasta que se dio cuenta de que iba en serio.

–¿Por qué te pones así? ¿Crees que le ha pasado algo?

–No estoy segura –respondí–. A lo mejor sólo es que tengo los nervios de

punta después de ver toda esa sangre en las paredes. Pero necesito asegurarme de que está bien. ¿Conoces a Kenny, el amigo de Justin?

–Un poco.

–¿Tienes su teléfono?

–No. Pero probablemente estará en la guía.

–Hazme un favor, Aubrey. ¿Me lo buscas?

Por lo menos, Kenny estaba en casa. Respondió él a la llamada. Pero, nada más oír su voz, supe que algo andaba mal.

–¿Está contigo J? –le pregunté después de identificarme.

–No –dijo con voz trémula–. Ése es el problema.

–¿Qué problema?

–No está aquí, no está en su casa y sé que no está en el trabajo porque llevo horas llamándole allí. No lo encuentro por ninguna parte. Estoy empezando a preocuparme, Nan.

–Claro, claro. ¿No tendrás la llave de su casa, por casualidad?

–No. Esto me da mala espina, Nan. ¿Qué podemos hacer?

–De momento, nada. Quédate tranquilo, Kenny. Te llamaré en cuanto...

En ese momento levanté la vista. Aubrey no paraba de revolotear a mi alrededor. Su expresión pasaba de la perplejidad al pánico y vuelta a la perplejidad en cuestión de segundos.

–Te tendré informado, Kenny –dije, y colgué.

–¿Dónde está, Nan? –exclamó Aubrey–. ¿Qué le ha pasado a J?

Cogí otro cigarrillo.

Mierda. Ya estábamos en las mismas.

Convencimos a uno de los gorilas para que fuera a echar un vistazo a casa de Justin. A su regreso nos informó de que el portero había entrado en el piso, donde no había nadie ni nada fuera de lugar.

Marqué mi teléfono y oí los mensajes, cabía la remota posibilidad de que me hubiera llamado. Nada de nada.

Estuvimos matando el tiempo en Caesar's durante un par de horas, con la absurda esperanza de que Justin se presentase y diera una explicación racional de su desaparición... o, al menos, de verlo llegar. Pero incluso mientras acariciaba esa esperanza, bebía y fumaba, sabía que no íbamos a tener suerte.

Cuando me fui a casa sobre las dos de la mañana, me sentía como un reloj pasado de rosca al que estuviera a punto de saltársele el muelle. Tenía un mensaje de Sweet: el laboratorio de la policía estaba analizando la sangre del ático de la calle Greenwich y habían contactado con los padres de Rob MacLachlin, que estaban en Ginebra. Sweet había salido del paso diciendo a sus compañeros que supo del panorama que había en el ático por un soplo

anónimo. Quería que le devolviera la llamada por la mañana para informarme de las novedades de última hora.

Sí, no dejaría de llamarle. Todo el mundo estaba buscando frenéticamente a Felice. Pero si Justin no había aparecido a la mañana siguiente, me vería obligada a apelar a la clemencia de Sweet y pedirle que me ayudase a encontrarle a él también. Para lo cual no cabría otra que confesar la implicación de J en el allanamiento de la casa de Ida.

La espeluznante simetría volvía a repetirse. Dos personas negras asesinadas accidentalmente, por así decir. Dos muñecas. Dos hombres negros entrados en años. Dos allanamientos de morada. Dos personas desaparecidas, a una de las cuales yo había arrastrado a mi investigación, poniendo en peligro su felicidad y su seguridad. ¿Cuánta sincronicidad más sería capaz de soportar?

Cogí bruscamente una de las muñecas –Dilsey– y me puse a dar vueltas mirándola fijamente a la cara, como en espera de que me iluminase. Pero no se dignó hacerlo. Su feroz expresión no se alteró ni un ápice.

Al final, al borde del agotamiento, me desplomé en el sofá y traté de conciliar el sueño. Tampoco en eso hubo suerte.

Encendí la radio y sintonicé una de las emisoras nocturnas que ponía clásicos del pop norteamericano hasta el amanecer. La pretenciosa versión que un saxo tenor de Las Vegas hacía de la fantástica «Laura». Una miscelánea de temas del tantas veces maltratado Jo Stafford. Y luego los Ray Conniff Singers echándole entusiasmo a «Dontcha Go 'Way Mad».

Repentinamente, me incorporé en la oscuridad.

Cuando había estado gorroneando cigarrillos en la barra de Caesar's, mi mano chocó varias veces con las gafas que había junto al paquete.

Consíguete unas gafas nuevas.

El odioso Lyle le había dicho algo por el estilo a Kenny.

Levanté el auricular de un zarpazo y volví a marcar el número de Kenny. Como me figuraba, no estaba durmiendo.

–¿Justin? –dijo con una voz desesperada.

–No, Kenny. Soy yo, Nan. Tengo algo que consultarte. Ya sé que estás muerto de preocupación por J. Pero hay algo más que no va bien, ¿verdad?

Tardó un instante en responder.

–Bueno...

–Vamos, Kenny, cuéntamelo.

–No quería decirte nada. Porque me da mucha vergüenza, supongo. La cosa es que... me han pegado una paliza. Ayer por la noche. Un cabrón me saltó encima, justo delante de mi casa. Menos mal que un grupo de gente salió de una fiesta de la casa de enfrente, sino el hijoputa me mata a palos.

Maldición. Ya me había parecido a mí que había algo más que le preocupaba.

–¿Pudiste verle?

–No. Estaba oscuro y llevaba gafas de esquiar. Pero no tiene ningún misterio: algún homófobo picha-floja.

–Y se lo dijiste a J, ¿verdad?

–Se pasó por aquí al salir del trabajo de madrugada y me encontró con un ojo morado y el labio como un melón. Luego se marchó temprano y no he vuelto a verle.

Conque era eso. Entonces supe con plena certeza que Justin no estaba «echando un polvete». Sabía muy bien dónde estaba.

Con un solo movimiento, o eso me pareció, me calcé, comprobé que el Beretta estaba cargado, descolgué el abrigo y recogí las llaves de la mesa de la cocina.

¿Qué probabilidades había de que me atracasen o me arrestasen por prostituta si salía a buscar un taxi?

Tenía que arriesgarme.

El guardia de seguridad aporreó la puerta del despacho de Lyle.

–¡Abra! ¡Abra ahora mismo! –gritó.

Hurgó en su bolsillo en busca de la llave, la encontró y abrió la puerta. Me adelanté y entré como una exhalación.

Justin, más o menos como Aubrey, siempre tenía muy en cuenta las cosas que distinguían a las personas «con clase» del resto de los mortales. Los ricos, solía decir, te juzgaban por lo que llevabas en los pies. Le encantaban los calcetines caros y bonitos.

Ese día había elegido un par blanco y gris de Paul Smith.

Estaba tirado junto a la mesa, inmóvil. Con el rostro bañado en sangre.

Caí de rodillas, medio cegada por las lágrimas.

Le cogí la mano. Me moría por hablar con él.

–¡Ay, amigo! ¡Ay, amigo! –me lamenté.

Toda la trama se desenvolvió vertiginosamente ante mis ojos: la llamada a Aubrey para decirle que había sucedido lo peor. Su grito de angustia y cómo me echaría a mí la culpa, con toda la razón. Los improperios que me lanzaría Leman Sweet. Cómo Loveless me encerraría por ocultar pruebas. Dan perdiendo su trabajo. Y mi padre poniéndome verde.

Estallé en incontrolables sollozos, tan lastimeros que el guardia se agachó y trató de consolarme abrazándome.

Entonces oímos un sonido silbante que procedía de debajo de la mesa. Del susto, solté la mano de Justin, que cayó a plomo.

¡Respiraba!

Respiraba con dificultad a través de la sangre que le obturaba las fosas nasales.

–¡Vaya a buscar ayuda! –chillé. El guardia salió precipitadamente.

Me incliné sobre Justin y pronuncié su nombre.

–¿Eres tú, Siniestro? –dijo con voz pastosa.

–Sí, soy yo. ¿Qué...?

Dio un alarido de dolor y se llevó la mano al costado.

–¿Qué te duele? ¿Las costillas?

Asintió.

–No te muevas más, ¿eh? Bien quietecito. Ha sido Lyle quien te ha dejado así, ¿verdad?

Farfulló muy excitado unas palabras que no comprendí. Pero sí capté algo: no estaba negando lo que le había dicho.

–Relájate, cielo, relájate. Enseguida llegan –le tranquilicé–. La ambulancia viene de camino.

–No –protestó–. No quiero ir al hospital.

–Pues no hay otro puto remedio, J. Vas a ir al hospital.

Se echó a llorar.

Le limpié las lágrimas y la sangre de la cara.

–Quédate ahí tranquilo.

Tuvimos que esperar en el pasillo del hospital mientras despachaban los trámites. El médico estaba atendiendo a otro paciente, nos dijeron, y vendría en cuanto pudiera.

Le así la mano con fuerza mientras reposaba en la cama cromada con ruedas. Sabía que el Tylenol que le habían administrado no bastaría ni para empezar a quitarle el dolor.

–Lyle –dijo–, fue él y el tipo ese...

–Miller –apunté–. El hombre retratado con Ida en la foto. ¿Es él quien te ha dejado así?

Asintió.

–Eso creo. Estaba enzarzado con Lyle cuando alguien me golpeó por la espalda. Y tuve que plantarles cara a los dos.

–Dios Santo, J, ¿desde cuándo te has vuelto tan gallito? ¿Quién te manda presentarte allí a pecho descubierto? Totalmente solo.

–Llevo un año yendo al gimnasio, Siniestro. Además, le tenía preparada una sorpresa, una llave inglesa –su mano se curvó sobre un arma imaginaria y trató de levantarla.

–Tómalo con calma, J. No te muevas.

–Al ver que le habían pegado esa zurra a Kenny –dijo–, pensé que era demasiada coincidencia.

–Y acertaste de pleno.

–Estaba seguro de que era el capullo de Lyle quien estaba detrás del supuesto escarmiento a un gay. Tal como pasó... no tenía pinta de ser una movida anti-gay. Esos bestias se mueven en manada y ni siquiera intentan ocultar sus jetas granujientas. No... recordaba que Lyle os había asegurado que no conocía a Miller. Pero se dio cuenta de que Kenny no se lo tragaba.

–Y por eso trató de cerrarle la boca –añadí–. Miller era el tipo al que Kenny vio hablando con Lyle en Mary’s. Está más claro que el agua.

–Sí. Quería partirle la cara a Lyle por lo que le había hecho a Kenny. Y, para colmo, me daba miedo que fuera a por ti.

–¿Por qué?

–Porque sí. Porque estaba todo demasiado revuelto. Aubrey me había contado que estabas trabajando con un madero en el caso de una chica desaparecida, ¿sabes?, y que teníais la impresión de que estaba relacionado con la muerte de Ida. Luego, mientras le zurraba la badana a Lyle, tratando de extraerle la verdad sobre Miller, fue saliendo a la luz el resto de la historia.

–¿Qué historia?

–La chica, la chica. La desaparecida. Lyle también la conoce.

–¿Felice Sanders? –pregunté asombrada–. ¿Estás de guasa? ¿Qué tiene que ver con Lyle?

–Fue a verlo hace algún tiempo, después de que muriera un chaval amigo suyo. Le llevó unas cintas que había grabado el chico. Horas y horas de ensayos y cosas así. Según ella, si hubiera vivido habría llegado a demostrar su gran talento. Quería que Lyle hiciera una maqueta o lo que fuera. Que le produjera un disco. Que lo convirtiera en una estrella del rap... póstumamente, ¿entiendes?

Me dio la impresión de que pretendía incorporarse sobre un codo.

–Sí, lo entiendo –le empujé por los hombros hacia abajo–. Continúa.

–Aquella música era una mierda, según Lyle. Pero a ella no se lo dijo. Fingió que le parecía la bomba y le prometió cumplir su encargo. Redactó un contrato falso que los dos firmaron. Claro que la condición era que ella corriera con los gastos. Le chupó la sangre. Se embolsó los trescientos o cuatrocientos dólares que le entregó, lo que consiguiera reunir, guardó las cintas en un cajón y se olvidó de ellas. Cuando la chica lo llamaba, le decía que no podía hablar en ese momento o se inventaba cualquier cosa para seguir dándole largas.

...Luego, unas semanas después, entró en su oficina un negro mayor. Lyle no lo había visto en la vida, no tenía ni idea de quién era. Pero, no se sabe cómo, el viejo estaba enterado del tema de las cintas. Y no sólo eso, le propuso a Lyle que se las vendiera. No dio razones. Sencillamente, las quería.

Había metido la pata al pensar que Felice no podía estar de ninguna manera

relacionada con Miller. Tenía que ser Miller el hombre al que habían visto en su compañía en el edificio de la calle Greenwich.

–Lyle sabía perfectamente que sería ilegal hacer lo que le proponía aquel hombre –prosiguió Justin–. Sería vender algo que no le pertenecía.

–Evidente –dije–. Imagina que el viejo hiciera algo con las cintas. Imagina que se las arreglase para convertirlas en un buen negocio. ¿Qué pasaría si Felice oía la música en la radio y volvía para reclamar su parte?

–Eso mismo. Se arriesgaba a que lo demandase o lo llevara a la cárcel... A pesar de todo, Lyle vendió las cintas a Miller por quinientos dólares. Sin hacer preguntas. Y, además, parecía que la jugada le había salido bien. No volvió a tener noticias de la chica.

Su respiración otra vez se había vuelto rasposa. Le hice callar y le pedí que se lo tomara con más calma.

–Tranquila, estoy bien. Déjame terminar –insistió. Las palabras le salían a borbotones–. Kenny y tú vinisteis aquí el otro día y le preguntasteis a Lyle sobre Miller. Sólo con eso, ya se puso de los nervios. Cuando yo le dije que la pasma estaba metida hasta el cuello en el asunto de la chica desaparecida, le entró el pánico. Además de los problemas que le iba a acarrear la estafa de las cintas, para colmo iba a parecer que estaba implicado en el secuestro de esa chica, o en su asesinato... o en lo que fuera que le había pasado.

...Fue en ese momento cuando entró en escena Miller. No sé con qué me golpeó, pero juro que pensé que no lo iba a contar. No tuve oportunidad de verlo bien. Sólo por un instante, mientras Lyle y él arramblaban con algunas cosas del escritorio. Después perdí el conocimiento. Debe de haberse dado a la fuga.

–Le conviene irse muy lejos –comenté–. Y a Lyle también. Si alguna vez se me pone a tiro alguno de esos dos hijos...

–No, no lo hagas. No trates de perseguirlos –me imploró, y el esfuerzo le arrancó un gesto de dolor–. Acabarás maltrecha. Y tampoco se lo cuentes a Aubrey ni a los de Caesar's. Sólo servirá para que muera un montón de gente. No lo hagas, Nan, por favor. Prométemelo.

Pero no tuve tiempo de prometerle nada, porque los enfermeros se lo llevaron empujando la cama.

We see [Veamos]

Aunque me habría encantado ver cómo los gorilas de Caesar's despellejaban vivos a Lyle y a Miller, de momento me atuve a la petición de Justin. Además, aún no estaba dispuesta a contarle a Aubrey que Justin estaba hecho un guiñapo por mi culpa. Antes tendría que prepararme. Pero, por lo menos, pude tranquilizarla con respecto al paradero de J. Y, por lo que se refiere al motivo de que estuviera tumbado en una cama de hospital, despaché la cuestión con una de mis mentiras dignas del Premio Pulitzer.

Según mi versión, Justin estaba tomando una copa con unos amigos en un bar del West Side que fue atracado por una banda de elementos particularmente violentos. Cuando Aubrey acabara de analizar toda la sarta de incongruencias, ya estaría montada en un taxi, con una caja de bombones de un kilo y una brazada de dalias para alegrar la habitación de J.

Y cuando contrastase mi versión con la que sin duda le facilitaría Justin, y tratase de localizarme por teléfono, yo ya habría salido de casa.

Pero, por el momento, estaba tomándome un buen desayuno a base de bollos calientes, lonchas de auténtico jamón de pueblo y tostadas con mantequilla; todo ello adquirido en una de esas tiendas de alimentación con falsa solera en la que había hecho una incursión cuando volvía a casa desde el hospital. La oportunidad de sentarme tranquilamente a reflexionar en mis cosas, más o menos en paz conmigo misma, no volvería a presentarse en mucho tiempo. Aunque, como es natural, en aquel momento tan especial aún no lo sabía.

Esa mañana, después de desayunar, me tomé mi tiempo para darle un repaso a la casa y buscarle un sitio en la cocina a todo utensilio, trapo o taza de café que estuvieran por ahí tirados, para tomar un baño sin prisas, escuchar a Ravel, amontonar los catálogos viejos y para todas las tareas domésticas normales que tenía atrasadas.

Me dio tiempo, por ejemplo, a lamentar el derrotero que había tomado mi relación con Dan Hinton. Tras superar los obstáculos iniciales, daba la impresión de que íbamos a llegar a algo. Pero el futuro que hubiéramos podido tener se lo había cargado por contarme tantas mentiras y por estar tan pringado en la historia de Felice Sanders.

Los hombres me gustan, vaya eso por delante. De hecho, me gustan tanto

que siempre ando metida en problemas con ellos. Pero darte cuenta de que un tío te ha mentado siempre hace daño. Y, evidentemente, ninguno de los hombres implicados en el caso era un ejemplo de sinceridad.

Repasando hacia delante y hacia atrás la larga cadena de sucesos, me percaté de que prácticamente *todos los tíos* con los que había tratado últimamente me habían mentado. ¿Era justo generalizar de esa forma?

Empecé a hacer la lista.

Lyle Corwin: al margen de lo que le hubiera prometido a J, a ese hijoputa lo iba a poner firme si se presentaba la ocasión.

Dan Hinton: ¿es necesario añadir algo más?

Mi padre: el jurado aún no ha deliberado sobre el caso.

Miller, el príncipe oscuro: a sus sesenta y tantos años, seguro que aún era un tipo de cuidado, un peligroso embustero de primera, no me cabía la menor duda.

Rob MacLachlin: había mentado a sus padres y a sus tutores, y tal vez aún quedaban embustes suyos por descubrir; no le predecía una edad adulta muy feliz a ese chico.

El doctor Benson: mintió con respecto a su mujer y, a todas luces, mintió al decir que no tenía nada en contra de Felice Sanders; saltaba a la vista que nunca había querido que Black Hat se casara con «esa chica»; así la llamaba siempre, como si su nombre fuera a dejarle un regusto amargo en la boca.

Mike, el portero: aparentemente no había mentado, pero sus motivos para decir la verdad eran altamente sospechosos; a saber, quería llevarme al huerto.

Black Hat/Kevin: un gran interrogante; tan joven había muerto el pobre chiquillo, que seguramente no tuvo la oportunidad de hacerse un embustero curtido; a primera vista, se diría que era el único varón con las manos limpias y sin intereses soterrados.

Leman Sweet: con toda seguridad, sabría mentir y mentiría sin pestañear cuando le conviniera; pero, para ser sincera, todas las mentiras que habían circulado entre los dos procedían de mí; tal vez me detestaba, pero hasta el momento, conmigo había sido honrado.

Loveless: ese capullo arrogante probablemente se lo tenía tan creído que no se sentía en la necesidad de mentir; pero quién sabe si no se estaba guardando más de una carta en la manga al contarle a Leman Sweet el desarrollo del caso.

Justin: bueno, quizá a él no tendría que juzgarle. Una reinona a quien le sobraban tablas, cierto, capaz de incurrir en las mayores exageraciones. Pero ¿no había superado acaso la prueba de la sinceridad y la lealtad, pagando incluso con su integridad física?

Kenny: véase Justin.

Lefty, el ganzúas de cola de caballo: que Dios se apiadase de mí, por las calles

de Nueva York andaba suelta una persona convencida de que yo me llamaba Thelma. Pues bien, ¿sobre qué podría haber mentido? ¿La atracción que sentía hacia mí? ¿Su ascendiente sobre la gente de Caesar's? ¿Qué importancia tenía eso? Si Justin no le hubiera sacado del apuro, quizá habría pasado el resto de sus días en la cárcel. Todos los indicios apuntaban a que mentir era uno de sus puntos fuertes.

Me faltaba alguien en aquella letanía. ¿Quién?

Todo acababa desembocando en el principio de la historia: en las muñecas, en Ida.

¿Quién me había puesto sobre la pista de la verdadera Ida Williams? ¿Quién hizo posible que allanara el precioso piso de Alice Rose?

Otro hombre. Otro embustero.

Me había desnudado con la vista cuando llevaba mi atuendo de riguroso negro. Me había tirado los tejos y me había dorado la píldora hasta extremos absurdos. Tenía su número de teléfono en el bolsillo trasero de aquellos vaqueros negros, ¿verdad?

Qué curioso. No tienes pinta de Howard.

Ask Me Now

[Pregúntamelo ahora]

Acercarme a él en la calle. Meterle por la oreja el cañón del revólver y concederle cinco segundos para cantar.

No era demasiado sutil, pero podía funcionar si el tirador del equipo de rescate de rehenes no me volaba los sesos antes.

O...

Esconderme entre los arbustos con las ardillas, vigilarle hasta que recogiera los bártulos y luego seguirle adonde quiera que fuese. Claro que, si ese día iba en coche, me quedaría en la estacada.

O...

Arreglarme y ponerme la mini de devora-hombres y los zapatos ven-a-por-mí y confiar en tener suficientemente cargadas las pilas de mujer fatal como para rematar la tarea.

Decisiones, decisiones. ¿Por dónde tirar? Elegí una estrategia que combinaba las tres opciones.

Llegué a Union Square Park a última hora de la tarde. Encontré un banco encarado a Broadway cerca del parque infantil. A través del fino reguero de tráfico le veía en su puesto.

A Howard se le estaba dando bien el día. Varias personas se detuvieron a comprar sus libros de arte de saldo durante las dos horas que me pasé allí sentada, con un recipiente tamaño gigante de café y un periódico a modo de camuflaje.

Sobre las cinco y media ya había anochecido y empezó a recoger los libros que le quedaban. Entonces me acerqué.

Bajé la voz varios tonos a lo Kathleen Turner con catarro.

–¿Creías que había perdido tu teléfono?

Levantó la vista de las cajas.

–Eres tú –dijo sin más. Si no me equivocaba al interpretar aquella sonrisa salaz, estaba contentísimo de verme.

Dejé que me mirase bien.

–¿Llego demasiado pronto para cenar?

–Llegas justo a tiempo. Pero no estoy vestido.

–Sí lo estás. Si no, me habría dado cuenta.

–Quería decir vestido para sacarte por ahí.

–Yo te veo muy bien. Iba a proponerte algo informal. Tomar una hamburguesa y una copa aquí cerca, en el Old Town. Y retirarnos temprano. El postre lo podemos tomar en mi casa... si te parece bien.

Howard asintió, satisfecho.

–Me parece *tan* bien... que si me pareciera mejor... –no quiso terminar la frase–. No tengo flores ni bombones. ¿Qué tal si te regalo un libro? ¿Te gusta Magritte?

–Me encanta Magritte.

Levantó un volumen mastodóntico y me lo dio.

–¿Te gusta Jacob Lawrence?

–Vaya.

Le paré los pies antes de que me regalara ése también.

–¿Por qué no los dejas en la caja de momento? –sugerí–. Luego los colocaremos en mi mesa de centro.

Esperé mientras guardaba las cajas en la trasera de la baqueteada camioneta y echaba la llave.

El Old Town hacía honor a su nombre. A diferencia de Pete's Tavern, sólo una manzana más hacia el este, no se jactaba de ser el bar más antiguo de Manhattan. Pero había estado sirviendo hamburguesas y bebidas alcohólicas a varias generaciones de neoyorquinos desde finales del siglo XIX.

La habitual mezcolanza de universitarios, vecinos del barrio y borrachos empedernidos atestaba la barra de madera oscura, adornada con volutas, que encontrabas al entrar. Más allá había otra barra mucho menos historiada y unas cuantas mesas. Un cuartito mal iluminado del fondo era el espacio reservado para los fumadores. Y, en la planta de arriba, en una especie de anexo, había un comedor bastante grande. Yo sólo lo había visto un par de veces, al subir a los aseos.

Llegamos unos minutos antes de las seis, sacándole muy poca delantera a la clientela sedienta que se pasaba por allí al salir del trabajo. Conseguimos hacernos con uno de los disputados compartimentos próximos a la entrada. Tenían asientos estrechos de respaldo alto. Qué delicia. Íbamos a disfrutar de un ambiente íntimo.

–No te sientes ahí –dije juguetonamente cuando Howard se disponía a ocupar el asiento de enfrente–. Ven aquí, a mi lado.

Pidió una Guinness Stout, que siempre me ha parecido un habano bebestible, y un chupito de un whisky de malta de buena marca. Yo fui fiel a mi JD; me tomé sólo uno y luego me pasé al agua mineral. Poco después pedimos la comida. Las hamburguesas estaban realmente sabrosas, y la mía venía acompañada de una tonelada de deliciosa ensalada de patatas con ajo. Howard estaba pillándose una buena merluza, se le veía a la legua, lo cual no

menoscababa en absoluto sus artes de seducción. Qué va. Me llevaba patatas fritas a la boca y me hablaba con los labios muy pegados a mi oreja. El bueno de Howard no era tan apuesto como Dan Hinton. Pero poco le faltaba para ser más sexy. Empecé a devolverle las fugaces caricias por aquí y por allá: cuello, hombro, mano, rodilla. Estábamos pasando un buen rato. Y, sin duda, también lo habríamos pasado de miedo en la cama si la situación hubiera sido otra.

Lo cual me hacía lamentar aún más la necesidad de cambiar enseguida de onda.

–Por cierto, no sé si he llegado a darte las gracias –dije.

–¿Por los libros? Ya me las darás luego, en tu casa.

–No, por los libros no. Por facilitarme aquella información sobre Ida Williams. Cuando nos conocimos, ¿te acuerdas?

–Sí, no tienes por qué agradecermelo.

–Fue muy útil... saber lo de Alice Rose y el piso en la zona norte.

–Me alegro –dijo, remachando sus palabras con una inclinación de cabeza–. Vamos a tomar otra ronda.

–Por qué no... –asentí.

–Una Guinness y un Jack –dijo a la camarera, que pasaba a toda prisa junto a nuestra mesa en ese momento–. Ya has bebido bastante agua, ¿no, Nan?

–De acuerdo, otro Jack –dije, y luego recogí el hilo de la conversación donde lo había dejado–. Sólo hay una cosa por la que no puedo darte las gracias, Howard.

No se atrevió a preguntar qué era. Evidentemente, no quería saberlo. Pero, aun así, se lo dije:

–Te olvidaste de contarme todo lo demás que habías hecho con Ida, o Alice, o comoquiera que se llamase. Y ni siquiera mencionaste a Miller.

–¿Miller? –repitió, poniéndose beligerante.

–¿Ha pedido un Miller? –era la camarera, que nos traía las bebidas justo entonces.

–No, así está bien, gracias –dijo Howard para despacharla. Luego se volvió hacia mí–. ¿Quién es Miller?

–Eso me toca preguntarlo a mí, Howie. Confiaba en que me lo explicases en profundidad. Y también lo que Ida Williams y él se traían entre manos.

Empezó a sacudir la cabeza.

–Oye, te he hecho un favor, ¿no? Querías saber algo sobre Ida y te lo conté. Le llevé una máquina de coser a su casa y el nombre que ponía en el portero automático no era el suyo. Es todo lo que sé.

Giró la cabeza para mirar hacia el otro lado y se sorprendió al ver que estábamos sitiados por una muchedumbre que nos daba la espalda. Había clientes a docenas. En el rato que llevábamos ahí sentados, el bar se había

llenado hasta los topes y los parroquianos formaban en fila de a tres junto a la barra.

–¿Qué es lo que te tiene tan inquieto, Howard? ¿Estás buscando a la camarera? No le pidas la cuenta todavía, encanto. Aún no ha llegado el momento de marcharse.

–Quédate tú si quieres, yo me largo.

–Vamos, vamos. No te alejes así de mí, Howie. Quédate aquí cerquita.

–Déjame en paz.

–No, te lo digo en serio. Quédate aquí cerca –insistí–. Mira hacia abajo... a tu muslo. ¿Es que creías que era mi mano?

Se quedó de piedra, con los ojos clavados en el arma. Empezó a insultarme, aunque no sé cómo, porque habría jurado que no movió los labios.

–Maldita mentirosa...

–Sí, ya lo sé –dije–. Parece un poco excesivo. Pero míralo de esta forma: estás pagando por los pecados de todos los hombres... o, por lo menos, de todos los hombres a los que he conocido últimamente. Si quieres que te diga la verdad, Howard, estoy empezando a hartarme de que me mintáis, panda de mamones. Estoy hasta las narices. Quiero que me cuentes ahora mismo la historia de Ida Williams.

Le hundí ligeramente el cañón en la entrepierna para dar énfasis a mis palabras.

Por un instante creí que iba a tener que despegarle del techo.

–*Cuidado con ese puñet...*

–No te preocupes, he recibido clases. Sigue tomándote la cerveza mientras charlamos.

Cogió el vaso y se atizó un buen trago.

–Para empezar, Howard, cuando nos conocimos, me dijiste que Ida trabajaba en el mercadillo de Union Square un día sí y otro no. Necesito saber a qué se dedicaba cuando no estaba allí.

–¿Cómo quieres que yo lo sepa?

–Venga, Howard –dije, clavándole el revólver–. ¿Qué me dijiste aquella vez? Concéntrate bien y lo recordarás.

–Tenía un puesto callejero en un barrio elegante. En un mercadillo muy parecido al nuestro. Está en la Primera Avenida.

–Estupendo. Y entre la clientela que se había hecho allí, ¿no había una negra rica, muy sofisticada, que vive en ese barrio, cerca de donde están los hospitales?

–No...

Le incrusté el cañón del arma.

–¡Por lo menos dame la oportunidad de contestar!

–Perdona. Continúa.

–No sé si era clienta suya o no, pero vi a Ida con una mujer así... unas cuantas veces. Desconozco su dirección, pero le pega vivir en el East Side.

–Muy bien. ¿Las acompañaba un hombre? Más o menos de la edad de Ida, o incluso mayor.

–Sí. A él le vi un par de veces.

–¿Y qué hacían los tres juntos?

Ante eso, se replegó en sí mismo. Estudió con mirada escrutadora a la multitud de clientes, todos de espaldas a nosotros. Tal vez estaba calculando a la desesperada sus posibilidades de abrirse paso entre la maraña de gente y salir por la puerta a salvo, sin que le diera alcance. No lo habría conseguido ni en sueños y lo sabía.

–Hay mucho barullo, ¿verdad? –comenté–. Me figuro que no has oído mi última pregunta. Te he preguntado qué hacían los tres juntos.

–Bueno, escúchame, especie de energúmeno... Escúchame sin más. Voy a decir «no lo sé» para empezar a hablar. Sólo para *empezar*, ¿entendido? Haz el puto favor de dejarme terminar antes de clavarme el puto revólver en los huevos otra vez, ¿de acuerdo?

–Sí, como no.

–Bueno, no sé que hacían los tres juntos. Yo les llevaba una cosa, me largaba y no me enteraba de nada más. No tengo ni idea de lo que pasaba luego ahí dentro. Ni se lo pregunté, ni me lo explicaron.

–¿Lo que pasaba dentro de dónde? ¿Qué les llevabas?

–Una furgoneta.

–¿Qué furgoneta?

–Debía de ser suya, me figuro. Un cacharro grande. Ida me pagaba para que la recogiera en el aparcamiento donde la tenían y la dejara donde me indicaba. Luego, aproximadamente una hora después, me presentaba allí de nuevo para llevar la furgoneta al aparcamiento.

–¿Qué había en la furgoneta?

–No... Nada.

–¿Para qué les hacía falta?

–Ya te he dicho que no me metía en eso. La recogía en el aparcamiento que hay en los muelles junto a West Street. En la autopista de West Side. La llevaba adonde me dijeran y se acabó.

Meneé la cabeza. No sólo porque no creía que ésa fuera toda la historia. Más bien, porque representaba una nueva complicación.

Proferí un gemido y, sin darme cuenta, debí de clavarle más el revólver, porque se le escapó un grito que hizo volverse a varias personas a mirarnos.

La acuciada camarera supuso que Howard la estaba llamando de malos

modos. Se acercó a la mesa a paso vivo, tiró la cuenta encima, giró sobre los talones y se alejó.

–Vámonos –dije con resolución a la vez que dejaba varios billetes de diez junto a la cuenta.

Howard me miró con incredulidad.

–¿Irnos? ¿Adónde coño crees que voy a ir contigo, hija de tu madre?

–A los muelles. De West Street, creo que has dicho. Vamos a coger tu coche y luego me vas a llevar adonde está esa furgoneta.

Parecíamos una pareja de enamorados. Tan amartelados que nos iba a costar contenernos hasta llegar a casa. Desde luego, yo daba la impresión de estar impaciente: una chica que no podía quitarle las manos de encima a su hombre.

Salimos del restaurante, giramos a la izquierda, luego a la derecha al llegar a Union Square y cruzamos por el mercado de productos del campo, vacío a esas horas, directamente hacia su furgoneta.

–Dos personas mayores –reflexioné en voz alta– que andan metidas en toda clase de chanchullos. Seguro que les viene muy bien una persona joven y fuerte que no haga preguntas. Ida y el tal Miller deben de haberte hecho encargos de lo más variados.

Howard apenas apartó la vista de la calzada durante el breve trayecto hasta el aparcamiento junto al muelle de la calle Morton. El resto del tiempo, su mirada se posaba en el revólver que le oprimía las costillas.

Masculló algo.

–¿Qué has dicho, Howard?

–Que a Miller nunca le he tratado. Y apenas le he visto. Ida no me dijo ni cómo se llamaba. Lo único que hice fueron algunos recados para Ida. Nada ilegal. Demuestra lo contrario si puedes.

–No creo que sea necesario. Basta con que contestes unas cuantas preguntas más y cada cual seguirá su camino. ¿Alguna idea sobre posibles motivos para que alguien quisiera matar a Ida?

–¡No, maldita sea! Ya sabía que ibas a tratar de implicarme en eso. Me importa un carajo que estés armada hasta los dientes, ¿me oyes? Como digas a la policía que tuve algo que ver con eso, te mato.

–Tranquilo, tranquilo. Nadie está tratando de implicarte en nada. ¿Tuviste la impresión de que Ida o Miller obligaban a esa mujer a subir a la furgoneta? O la obligaban a cualquier otra cosa, ya puestos.

–Como si la estuvieran secuestrando, quieres decir. Como lo que me estás haciendo tú a mí. No. Se la veía casi todo el rato en otro mundo, como si estuviera drogada. Pero nunca le hicieron daño delante de mí. Como te he dicho, nunca...

–Sí, lo sé. Nunca les preguntaste nada.

En el muelle hacía frío. No había un alma a la vista. Ni siquiera algún travesti despistado haciendo la calle. El viento que soplaba desde el Hudson hacía presentir una nevada. Y, además, estaba oscuro como boca de lobo. La oscuridad era mucho más densa que en las calles transitadas, normales y agradables para caminar, próximas a la amigable y tranquila Union Square, con sus fuentes de piedra secas y su estatua de Gandhi.

La furgoneta color burdeos a la que me llevó Howard era grande, como me había dicho, y de aspecto inofensivo. El tipo de vehículo que se compraría de segunda mano una pareja moderna dedicada al negocio del catering; o el que podría tener de reserva en el garaje de su chalet una familia de clase media, para que mamá llevara a las niñas y a sus vecinas a clase de ballet, por ejemplo.

En cualquier caso, el vehículo estaba cerrado con llave.

–¿Cómo podemos entrar? –pregunté, echando una ojeada sobre el hombro de Howard.

Lanzó un bufido.

–¿Me lo preguntas *a mí*?

–Apártate –dije impaciente, y cometí el primer error grave de la noche.

Retiré el revólver de su espina dorsal y apunté a la cerradura.

–¡Eh! ¿Qué pretendes hacer? –me previno—. ¿Despertar a los muertos? ¿Quieres que se nos eche encima la pasma?

Tenía razón.

–Pues a ver si se te ocurre a ti algo. Un hombre de recursos como tú no tiene problemas para forzar puertas, supongo.

–Oye, yo no fuerzo nada. Te he dicho mil veces que no me dedico a nada ilegal.

–Vale, vale, déjame pensar –repliqué irritada—. Como llegue a enterarme de que tienes la llave de este cacharro...

–¡Ay! –exclamó.

–¿Qué? ¿Qué significa ese ay?

Hizo un movimiento brusco y yo reaccioné como procedía.

–¡Baja eso! –gritó—. Voy a coger la llave... Me había olvidado de que la tengo. Muda de asombro, meneé la cabeza.

La puerta se abrió con un chasquido.

«Déjame pensar», le había dicho hacía un momento. Pues bien, eso era algo en lo que no había pensado. La fracción de segundo que tardé en apartarme de la puerta ofreció a Howard una oportunidad que no podía desperdiciar.

Me pegó un buen derechazo. El revólver salió volando y yo me caí en plancha. Cuando logré incorporarme sin ver estrellitas, oí cómo se cerraba de golpe la puerta de su camioneta. Al cabo de unos segundos, un par de faros

traseros rojos que iban perdiéndose a lo lejos fue todo lo que quedó de Howard.

Que se fuera a la mierda. A fin de cuentas, aquella velada estaba a punto de terminar. El único problema es que me había quedado empantanada en aquel tramo de hormigón del fin del mundo. En realidad, estaba a un par de manzanas de la calle Hudson, donde la vida urbana seguiría su curso, con taxis y autobuses incluidos. Pero no tenía ganas de echar a andar por los muelles yo sola en la negra noche. Por lo menos iba armada. Más valía eso que nada.

Me puse a registrar la zona a gatas hasta que di con el revólver y me levanté. Tenía un dolor atroz en las mandíbulas y en las muelas, pero seguía de una pieza.

Puse la mano en la manilla de la puerta y enseguida la retiré como si hubiera recibido una descarga de alto voltaje. Entonces comprendí que no era estar sola en la oscuridad lo que me daba miedo.

Me temía que iba a percibir el tufillo de la muerte al abrir del todo la puerta. Y luego la iba a ver. Me daba miedo que Felice Sanders estuviera dentro de la furgoneta.

Me equivoqué. Gracias al cielo, me equivoqué. La trasera del vehículo estaba enmoquetada, sin una mota de sangre seca a la vista, y tenía cuatro asientos de vinilo limpios y relucientes. Eso era todo. Flaca recompensa para tanto esfuerzo.

¿Qué demonios harían allí dentro Ida y Lenore Benson? ¿Intercambiar recetas con Miller? ¿O habría albergado aquel vehículo algún tipo de orgías de la tercera edad? Ni una ni otra explicación tenía visos de verosimilitud. Pero, en realidad, la pregunta clave, que aún seguía sin responder, era: ¿Qué harían juntas Ida y la señora Benson, punto? Me puse a registrar el espacio que había bajo los asientos. Saqué una caja que no estaba cerrada herméticamente de debajo de uno de ellos. Una maletita de lona con cremallera de debajo de otro. Por último, bajo otro asiento había una pequeña linterna y unos auriculares que podían ser de un viejo Walkman.

Me senté en un asiento y abrí la caja de cartón. Pesaba muy poco. Por lo menos sabía que no iba a encontrarme un alijo de Uzis, ni tan siquiera jarabe de arce del mercado negro.

Al palpar el interior noté que había papeles dentro. Me puse unos cuantos en el regazo. Y me quedé contemplando a un aparecido.

Era Black Hat. No, no debería llamarle así. Más bien tendría que decir que estaba contemplando a Kevin, porque el rostro de expresión dulce y serena de aquel chico no dejaba vislumbrar en absoluto su futuro de raperero castigador, ni de hijo enfrentado con saña a sus padres, ni de cadáver putrefacto que dormía un sueño eterno y agitado en el panteón familiar.

Kevin también estaba retratado como un bebé de pelo ondulado, probablemente al poco de nacer. Y como el adorable chiquillo que debió de ser, feliz en un parque infantil anónimo con sus pantalones cortos. La foto con los compañeros de quinto curso. En una fiesta de cumpleaños, con el bigote pringado de helado. Kevin y papá probando la bicicleta nueva.

Hermosos recuerdos. Me pusieron enferma.

Al fondo de la caja encontré varios paquetes de té mohoso. Los envoltorios eran de una tela fina cuyo estampado reconocí al instante. El vestido de mi muñeca Mama Lou era de la misma tela, y también la bolsita que llevaba Dilsey, la otra muñeca.

Pasé un rato titubeando antes de atacar la maleta de lona. Sabía muy bien que tenía que abrirla. Y sabía muy bien que lo que descubriera no me iba a gustar. Pero necesitaba tomarme un descanso para afrontar la proeza.

Al final, tiré de la cremallera y la abrí de un solo movimiento violento. Una pestilencia primordial expandió sus efluvios por la furgoneta y estuvo a punto de asfixiarme.

Allí había una chaqueta de caballero llena de lamparones y unos calcetines asquerosos, junto a un par de zapatillas raídas. También una camiseta Fruit of the Loom en un estado indescriptible y tres sombreros hechos polvo.

Al revolver el lío de prendas, me topé con unas cejas y un bigote postizos, y con varios frascos y estuches de maquillaje, claro y oscuro.

Quedaban más cosas por revisar. Podría haber seguido indagando en aquella maleta de mago, pero no habría tenido mucho sentido. Había captado el mensaje con claridad meridiana.

Había que reconocérselo a Miller. El viejo hijo de puta tenía unas pelotas de acero. Y también un sentido del humor genial, por cierto.

Y pensar que casi le había enseñado su propia foto aquel día, en Union Square Park. ¡Vaya chiste!

La última vez que me encontré con el decrepito mendigo –mi «novio», el que dormía en el cajero automático junto al puesto de Ida; el que flirteaba conmigo y me pidió unas monedas en un par de ocasiones; el que estaba juntando pasta para una Big Mac–, se me había pasado por la cabeza preguntarle si podía identificar a Miller, el amigo de Ida, por la instantánea suya que llevaba en el bolsillo.

Menudo chiste, desde luego.

¿Dónde estaría Miller en esos momentos? ¿En quién se habría convertido? ¿En Ivana Trump?

Las paredes de la furgoneta estaban impolutas. Tardé un momento en verlas con la nitidez suficiente como para advertir que estaban revestidas de un material insonorizante. Y eso, ¿por qué? ¿Se sentarían allí detrás Miller, Ida y

Lenore Benson escuchando música atronadora, como los chavales cabeza de chorlito que daban vueltas en sus coches de suspensión elevada escuchando...?

Escuchando... música rap.

Levanté rápidamente la vista hacia el techo. Allí había un objeto con forma de plato. Era un altavoz.

Pues sí, podrían haber escuchado música atronadora sin problemas. Se habían esforzado en insonorizar bien el espacio para que no saliera el sonido de la música ni entrara el ruido de la calle.

Aún quedaban sueltas algunas piezas del rompecabezas. Pero no tantas. Y la intuición me decía que mi vieja amiga sincronicidad –quizá debería llamarla mi maldición– no tardaría en terminar de aclararlo todo.

El último descubrimiento que hice fue un digno colofón. Antes de salir de la furgoneta, gateé hasta la parte delantera, que no escondía ninguna revelación. El asiento del conductor. El volante. El asiento del acompañante. El parabrisas. Todos comunes y corrientes.

Pero antes de dar por concluido el registro, presioné el botón de la guantera.

Y lo que salió de allí rodando era mucho más amenazador que la visión del puño de Howard avanzando hacia mi cara.

Era otra de las obras de artesanía de Ida. Pero estaba vez no se trataba de un clon de Mama Lou. Ni de un duplicado de ninguna de las muñecas que hubiera visto hasta entonces.

Esta vez era un muñeco. Vestido con unos vaqueros muy holgados monísimos y una gorra de los Chicago Bulls. La viva imagen de Kevin Benson.

No, voy a rectificar. Ahora lo más apropiado era llamarlo Black Hat.

Blue Room

[El cuarto azul]

El pelo brillante y estirado hacia atrás. Ni una sola alhaja. Lenore Benson estaba arreglada como para acudir a uno de los muchos eventos para recaudar fondos que las mujeres de su clase siempre parecían estar organizando. Llevaba un vestido azul oscuro de cachemir. Creo que de Carolina Herrera. Y las mangas le tapaban como es debido los feos tajos de las muñecas.

Era la compostura misma, sentada frente a la ventana en una silla de respaldo recto. A sus pies había unas cuantas revistas.

Sentí ganas de llorar. No sólo porque la compadeciera por todas sus desgracias. Podría haber llorado de agotamiento y frustración.

Ida había sido asesinada. A mi amigo Justin lo habían reducido a pulpa a base de palos y su amante se había salvado por los pelos de recibir un tratamiento semejante. La vida de Dan Hinton se venía abajo. Yo había blandido mi revólver contra Howard, alias Don No-Hago-Preguntas, y no le había capado de milagro. Me habían descargado un puñetazo en la cara. Y había estado rondando por un muelle desierto en tierra de nadie, donde me podría haber ocurrido cualquier cosa y nadie se habría enterado hasta que los chiquillos del barrio hubiesen descubierto mi cuerpo mutilado una semana más tarde.

¿Y qué resultado palpable me había dejado todo esto? Una figurita larguirucha que representaba a Kevin Benson y que Ida debía de haber hecho por encargo de Lenore Benson.

Tal vez Ida no había tenido oportunidad de dársela antes de morir. O quizá la señora Benson se la había olvidado en la furgoneta. Quién sabe.

La afable sonrisa de los labios de Lenore era un accesorio permanente, sin el menor anclaje en la realidad, según observé cuando me miró sin verme y dijo:

–Ya no necesito esa bandeja. Se la puede llevar. Gracias.

Me senté a su lado.

–¿Cómo se encuentra usted hoy, señora Benson?

–No estoy fatigada en absoluto, gracias.

–Me alegro mucho –dije.

Me quedé atascada, tratando de idear una forma de comunicarme con ella, de lograr que me oyera, me comprendiera y confiase en mí; me espantaba la posibilidad de tener un desliz. ¿Y si se echaba a llorar? ¿Y si se ponía a pegar alaridos?

Los buenos modales de Lenore Benson eran su única arma para mantener a raya al resto del mundo. Si el muñeco de Black Hat accionaba un interruptor erróneo, podía hundirla aún más en la locura.

Desvié la vista y sonreí lánguidamente a la enfermera de noche, que me miraba con frialdad.

–Le he traído un regalito, señora Benson. ¿Me permite que se lo dé?

–¿Más naranjas, querida? No, gracias. Imposible tomar un bocado más.

–No, no son naranjas. Le he traído esto.

Le dejé echar un buen vistazo al muñeco y luego se lo tendí con delicadeza, con movimientos lentos y medidos.

–Quizá le sirva de compañía hasta que regrese a casa y se reencuentre con el resto de sus muñecas.

Por la expresión que puso, supe que lo reconocía. De momento, todo bien. En lugar de romper a llorar o sufrir un ataque de histeria, estaba feliz. Mi decisión había sido acertada.

–Muchas gracias, Ida –dijo con una amplia sonrisa–. Se le ve de maravilla –entonces puso un gesto dubitativo–. Pero no se pondrá a cantar aquí, ¿verdad? Me dijiste que sólo cantará cuando estemos en el coche.

Quiere decir en la *furgoneta*, me habría gustado apostillar. Pero, aunque me costó, me mordí la lengua.

Ella respiró hondo. Luego, a pleno pulmón, Lenore Benson prorrumpió en el torrente de palabras soeces más subidas de tono que había oído en la vida. Ni siquiera cuando me explotó la plancha de vapor en la mano recurrí a ese lenguaje. Y no es decir poco.

Lo más raro de todo era la expresión de arrobamiento de su cara.

Levantó las manos del regazo y yo me aparté, creyendo que se disponía a pegarme. Pero no era eso. Sin cesar de soltar burradas incongruentes, empezó a marcar chapuceramente el ritmo en el respaldo de mi silla. No lo hacía con mucha fuerza, pero sí con sentimiento y decisión.

Dios mío, se estaba acompañando. ¡Estaba improvisando! ¡Cantando un rap!

Como diría Ernestina: *Cierra la boca, chica, que te vas a tragar una mosca.*

La gran Lenore improvisó una letra sobre mi madre y otra sobre *su* madre. Antes de concluir, por sus labios habían pasado los buenos polvos, los colocoques, los chichis y el crack.

Mientras actuaba estaba en trance. Al terminar, recuperó el estado de suma placidez, con el muñeco en el regazo.

No podía apartar la vista de ella, pero no me quedaba nada que hacer allí. Así que me marché caminando hacia atrás.

Leman. Leman. Tenía que hablar con Leman. Pero no localicé ningún teléfono público en la clínica.

En la calle Sesenta y nueve había un sitio. Un bar espantoso donde había actuado un par de veces con una banda que tocaba música nostálgica de los sesenta y cuyo saxo tenor estaba en tratamiento para desengancharse.

No me venía a la mente ningún otro local del barrio. Así pues, salí corriendo de la clínica y llegué por la avenida York al tugurio oscuro y apestoso donde una vez había visto a tres ratones retozando sobre la rocola.

Al abrir la puerta, el pestazo a cerveza rancia y a grasa prehistórica de hamburguesa se te colaba por la nariz como un enjambre de insectos enfermos. En el lóbrego pasillo que conducía hacia la barra estaban las puertas de los abominables aseos y unos teléfonos tan viejos que aún tenían marcadores de disco. Además, me figuro que sería el lugar donde de vez en cuando se hacía algún trapicheo de drogas.

Hurgué en los bolsillos de mi chaqueta. No tenía cambio. Sacudí la pequeña bandolera donde llevaba el arma. Allí tampoco había nada. Me dirigí a la barra y pedí un puñado de monedas de veinticinco centavos. Y, ya que estaba allí, también pedí un bourbon.

Al fin la historia iba tomando cuerpo. Prácticamente lo tenía todo encajado. Todo menos los cadáveres. Había en ella dramatismo, violencia y paralelismos desafortunados de sobra para una miniserie de «Lo más sonado de la comunidad negra». ¿A que ya estáis viendo los títulos de crédito del final superpuestos a la imagen de Mama Lou?

El único problema es que todo era real.

Vacíé el vaso de un trago, pedí otro y me encaminé con él hacia el teléfono.

Sweet respondió al instante.

–Hola hermano –le saludé.

–¿Quién coño llama? ¿Eres tú, Bola de Billar?

–Yo misma. Tengo muchas cosas que contarte, colega. Pero antes quiero oír cómo me llamas hermana.

Una carcajada desaforada me restalló en los oídos.

–Pues sí, sólo me faltaba eso.

–Oye, Leman –le reconvine–, no soy uno de ellos. Y me alegro de no serlo.

–¿Uno de quiénes?

–Ya sabes, como los Benson. Tampoco soy como tú. Tú eres un borde y un cerrado de mollera. Pero no por eso dejas de ser mi hermano. Y siento haber puesto a Aubrey en contra tuya. ¿A que no sabías que en mis tiempos escribía poesía? Pues acabo de escuchar una improvisación de rap que supera a cualquiera de mis versos... por cierto, ¿de verdad te gusta esa mierda?

–Tendrían que ponerte a buen recaudo, nena. Se te está yendo la bola con

este rollo.

–Menuda noticia. Oye, Leman Sweet and Sour. La mierda está saliendo a flote, queda poco por descubrir.

–Lo sé. Acabo de llamarte a casa de Aubrey –me informó–. He estado tratando de localizarte por toda la ciudad.

–¿Qué ha pasado?

–Voy a empezar por los detalles menores y poco a poco te iré contando lo más gordo.

–Pues empieza ya, hombre, a qué esperas.

–Lo primero es que Loveless ya dio con alguien que les pudo decir qué números hacían Ida y Miller en los cabarets.

Eso me soltó la lengua:

–Hacían que aparecieran cosas de la nada. Y, otras veces, las hacían desaparecer. Eran ilusionistas, se les llama así. Humo, espejos y predicciones del futuro. Trucos de salón con hipnosis. Artistas de los poderes psíquicos con trampa.

Hubo una larga pausa.

–¿Cómo lo sabías?

Me reí amargamente.

–Me lo contó Felice Sanders... al *no estar* donde tenía que estar. Y también me lo contó Black Hat.

–Felice Sanders no te lo ha podido contar. ¿Estás borracha, Bola de Billar?

–Sí, un poco –dije después de pensármelo–. Un trago ayuda a entrar en buena onda, ¿a que sí? Oye, ¿qué te parece si repasamos la trama del culebrón que he visto, Leman? Supongo que te gustan tanto como a mí los buenos guiones.

–Te has pillado una buena, ¿eh?

–¿Es que no quieres escucharme un momento?

–Está bien –concedió de mala gana.

–El doctor Benson y su familia tenían una vida cómoda. Las cosas les fueron rodadas durante mucho tiempo. Su mujer y él debían de esperar grandes cosas de su hijo Kevin. Pregúntamelo a mí, que soy experta en las grandes esperanzas de los papis. Pero el chico se hizo mayor y todo se fue a la mierda. Además de escoger a una pobre chiquilla blanca para casarse, le dio por querer hacerse de la tribu rapera y llamarse Black Hat. Sus padres le dijeron que ni hablar. Pero entonces pasó algo que resolvió de una vez por todas la disputa familiar. Al pobre chico lo mataron... fue una bala perdida que, seguramente, no iba dirigida contra él. A partir de ese momento, todo se fue al carajo. No se libró nadie. Y la madre se lo toma tan mal que acaba dando con sus huesos y con sus modelitos de punto de Nino Cerruti en una casa de orates elegante.

...Poco después, Ida Williams, una ancianita encantadora que vende muñecas en la calle, cae abatida por otra bala perdida. Qué extraña coincidencia, ¿verdad, Sweet?

–Sí, muy extraña. Porque resultó que Ida estaba relacionada con la familia de Black Hat... a través de esas muñecas demenciales que conociste por tu amigo.

–Eso es. Bien, ¿qué más ha pasado? Varias personas oyeron a Felice, la prometida de Kevin, amenazando a los Benson con ponerles la vida patas arriba. Aunque en ese momento nadie lo sabía, lo que pretendía Felice era dar a conocer la música de Black Hat, lanzarlo al estrellato póstumamente. Tuvo la mala fortuna de ir a pedir ayuda a un perdedor codicioso, Lyle Corwin.

–Fue el mayor error que cometió la chavala –apostilló Leman.

–Y que tú lo digas. De la noche a la mañana, Felice desaparece. No sabemos qué le ha pasado, pero no puede ser nada bueno. Y, en efecto, cuando la pequeña Nan consigue entrar en la casa donde se había escondido Felice, y donde medio vivía con un negro mayor, se encuentra con su destino escrito en las paredes. Por desgracia, estaba escrito con sangre.

...Y aquí tenemos otro paralelismo raro: mi... mi fuente de información, llamémoslo así... la persona que me ayudó a entrar en casa de Ida y me puso sobre la pista de Lyle, también desaparece. Y también está ensangrentado, aunque vivo. Antes de que se lo lleven al quirófano, logra decirme que Lyle Corwin está pringado en el asunto con Miller, el compañero de Ida, y, probablemente, también el de Felice. Porque había tres hombres negros mayores enredados en esta trama: Jacob Benson, Miller...

–Y tu viejo –añadió Sweet.

–Sí, y mi propio padre. De los tres, Miller es el candidato número uno a haber tenido alguna relación con la chica, sobre todo si andaba el sexo por medio. Benson me aseguró que no tenía nada contra Felice, pero no me lo tragué. Saltaba a la vista que la detestaba. Y, aunque sé que no soy objetiva, Sweet, las probabilidades de que mi padre haya seducido a Felice Sanders son tan altas como las de que se agoten las entradas para verme tocar en el Garden.

...Y bien, ¿cuál es la situación? Todo el mundo está liado con todo el mundo. Incluida su segura servidora. Todos sufren por sus pérdidas y hacen lo que pueden para recuperar lo perdido... o para saldar las cuentas. Te digo, Sweet, que al juntar todos los cabos, la respuesta sale sola. Es sencillísimo.

–¿Sencillísimo? –exclamó–. ¿Me estás diciendo que sabes de qué va todo esto? ¿Quién ha hecho cada cosa y contra quién? Pues no me dejes a dos velas.

–De acuerdo. Como he dicho antes, es muy sencillo. Y también muy triste. Tan triste como para que te entren ganas de darte a la bebida.

–De eso ya has tenido bastante por esta noche, Bola de Billar. Voy a pasar a recogerte. ¿Desde dónde me estás llamando?

Me disponía a responder cuando se interrumpió la comunicación.

No, no es que fallara el servicio telefónico. Ni que Sweet me colgase el teléfono. Jacob Benson estiró el brazo sobre mi hombro y cortó la llamada.

Él también iba armado.

Lo último que vi cuando el doctor Benson me alejaba a empujones del teléfono fue una cucaracha poniéndose a refugio.

As Long as I Live [Mientras viva]

El doctor Benson tiró al pequeño Black Hat al primer cubo de basura que encontró en la acera.

–Tienes que ser un auténtico monstruo para haberle llevado este maldito muñeco. Te gusta verla sufrir, ¿no es eso? Aunque se haya quedado sin nada, todavía seguís tratando de chuparle la sangre. ¡No os quedaréis contentos hasta que no la veáis muerta!

Su destemplado cuchicheo era como un latigazo en la espalda.

Quise decir algo, pero me negó la oportunidad.

–No digas nada –me advirtió–, si no quieres que te mate aquí mismo. ¿Comprendido?

¿Qué pretendía que hiciera? Una de dos: o me callaba, o le decía que lo había comprendido.

Me dio un sopapo y yo opté por una solución de compromiso: asentí con un gesto.

Un revólver me raspaba despiadadamente la nuca. Me llevaban a la fuerza a algún sitio. ¿Adónde? ¿A su casa para tomar la última? Ni de coña.

En esos momentos comprendí cómo debía de haberse sentido Howard.

De hecho, me estaba identificando con Howard en varios campos. Nueva York era una ciudad con siete millones de habitantes. Y, sin embargo, nuestros malhechores (en su caso, la «malhechora» era yo) por lo visto lo tenían facilísimo para encontrar lugares desiertos donde aterrorizarnos.

Nadie entraba ni salía de los numerosos establecimientos médicos que flanqueaban las calles. El horario de visitas había terminado hacía mucho. Los negocios del barrio, que dependían de los hospitales –las cafeterías, las tintorerías, las floristerías, la librería–, estaban cerrados a cal y canto. A esas horas de la noche, los autobuses urbanos pasaban con una frecuencia de unos veinte minutos. El metro no llegaba a aquella zona apartada del este. Si sobrevivía a la noche, iba a escribir al alcalde una carta contundente sobre la estación fantasma de la Segunda Avenida.

Para variar, lo que no faltaba eran taxis.

Pasaban zumbando por la avenida York como escarabajos amarillos. Cómo me habría gustado hacerle señas a uno de ellos. Pero no despegué los brazos de mis costados. Benson sería viejo, pero desarrollaba una velocidad increíble con

sus piernas anquilosadas. Cruzamos a la carrera esquivando el tráfico, en dirección al este, alejándonos cada vez más de la avenida y de la vida nocturna que en ella pudiera haber. Alejándonos de la posibilidad de que me socorrieran.

Benson giró bruscamente a la izquierda, hacia el norte. Quizá sí pretendía llevarme a su casa.

No. En la calle Setenta y tres, volvió a poner rumbo al este. Quién sabe si no era un chapuzón lo que tenía en mente. Ante nosotros no había nada salvo la East River Drive y, al otro lado, las anchas aguas.

Probablemente, Benson me iba a obligar a meterme en medio del tráfico rápido de la autopista. Acabaría mis días como un caso de atropello en el Upper East Side. Qué bajo se puede llegar a caer.

Por usar la frase polivalente de Aubrey: que le dieran por saco.

La guerrera que llevaba dentro al fin se hizo oír:

–Voy a hablar, doctor Benson, le guste o no le guste.

Dio un respingo, como si le hubiera despertado de un sueño.

–Antes de que esto llegue demasiado lejos, haga el favor de escucharme. Ya ha matado a dos personas. Pero entiendo que estaba sometido a muchísima presión.

–¿Presión? –repitió con agresividad, torciendo el gesto–. ¿Llamas «presión» a lo que he tenido que soportar? Sólo por eso debería matarte, zorra despiadada.

–Me refería a que comprendía sus motivos –dije, tratando de aplacarle–. Pero esto es diferente. No tiene por qué hacerlo. Es un asesinato premeditado, nada más que eso, y lo sabe.

Benson continuó empujándome hacia delante, en silencio.

Se nos estaba acabando la acera. Empezaba a percibir el olor del río y el fragor del tráfico de la autopista.

Hablar es lo mío. Estaba dispuesta a enrollarme como una persiana hasta que fuera necesario. Si con mi elocuencia no le disuadía de matarme, por lo menos le distraería lo suficiente como para sacar el revólver.

–¡Oiga! –bramé–. ¿Me está escuchando o no? Estoy enterada de que Ida Williams traicionó a su esposa de la forma más rastrera. Lenore la tomó por una encantadora artesana que vendía sus obras en un mercadillo cercano a su casa. No podía imaginar que la iba a arrastrar al infierno.

...Sé que se puso usted furioso cuando Kevin dejó colgados los estudios. Cuando le dijo a qué quería dedicarse, fue como si escupiera sobre sus ideales, como si estuviera arrojando a la basura a sus padres y todo lo que le habían dado. Se peleó con usted por cuestiones de dinero, por su novia, por la música... por todo. Luego se largó de casa y no volvió a dirigirle la palabra. Lenore era vulnerable y estaba a punto de venirse abajo. Necesitaba un confidente, un apoyo. Por eso le contó sus problemas a Ida.

...Cuando asesinaron a Kevin, Lenore empezó a desvariar. Fue un golpe que no pudo soportar. Ida y un hombre que se hacía llamar Miller aprovecharon para empezar a exprimirla.

–Fue a *mí* a quien exprimieron –me corrigió.

–¿A usted?

–Tardé más de un mes en darme cuenta de que Lenore estaba entregándoles a manos llenas a esos vampiros brutales el dinero ganado con el sudor de mi frente. Les dio miles de dólares de su dinero y luego echó mano a nuestra cuenta conjunta. La estaban desplumando. Además de todo lo que les pagaba por sus presuntos servicios, habían empezado a falsificar cheques.

–Qué vileza –dije–. Es horrible. Pero usted descubrió la estafa. Podría haberles puesto entre rejas en un abrir y cerrar de ojos. Pero no se habría conformado con eso.

–Cuernos, no, ¿cómo me iba a conformar con mandarles a prisión? Después de lo que habían hecho con nuestras vidas, un año o dos a la sombra habría sido un castigo risible.

...¿Crees que mi esposa era vulnerable? Estúpida desalmada... Valía más que cien de vosotros juntos. Tenía una entereza que para vosotros la quisierais. Se había mantenido estable durante más de quince años. Hace veinte que logró salir de una clínica psiquiátrica. Consiguió salir del infierno. Sobrevivió a embarazos truncados, injusticias y sacrificios que tú ni entenderías. Cuando nos arrebataron a Kevin, pensé que sería el golpe de gracia para ella... era lo peor que podía pasar. ¡Su único hijo! Tendido en el suelo con la mitad de la cara destrozada. Pensé que la iba a matar. Pero no la mató. Una persona como tú ni es capaz de imaginar esos sufrimientos, ¿verdad que no?

No me atreví a contradecirle. Dejé que continuara prestando declaración.

–Luego, esos caníbales le echaron las zarpas encima. Pues sí. Consiguieron lo que nadie había conseguido... acabaron con ella.

–Su esposa no está muerta, doctor.

–Como si lo estuviera. Nunca la recuperaré.

–Ya veo. Quien más ha salido perdiendo con todo esto ha sido usted, ¿no? Y ahora quiere nivelar el marcador. Empezó por Ida –dije.

–Guardé todas esas malditas muñecas para que reavivaran mi odio cada vez que las veía. Necesitaba fortalecerme para lo que iba a hacer. Quería verle los ojos a esa zorra cuando le volara la cabeza. Pero me privaron de ese placer.

–Pero ¿qué dice? ¿Es que no logró acercarse bastante esa noche para verle los ojos cuando la mató?

–¡Me *privaron* de él! –chilló–. Lo que no significa que no vaya a disfrutar matándote. A ti y a cualquier otro secuaz de esa pareja. La engañasteis cuando

estaba demasiado débil para pensar con claridad, la torturasteis con vuestros manejos siniestros, destrozasteis para siempre su mente.

–Yo no hice eso, doctor Benson. No le hice nada a su mujer. Ida me engañó a mí igual que a Lenore. Fui a visitar a su mujer porque...

Me oyó como quien oye llover.

–Sois una panda de negros depravados, unos parásitos –dijo–. No descansaré hasta que os haya llevado a todos a la tumba.

–¡Oiga! –grité–. Siento mucho lo que le ha pasado a su familia. Pero haga el favor de meterse los insultos donde le quepan.

Benson estaba furioso, con la respiración agitada. Y yo también.

Volví a llevar la conversación adonde me interesaba.

–¿Y qué me dice de Felice Sanders, doctor? ¿Ella también era una depravada como nosotros? No lo creo. Me parece a mí que no era más que la chiquilla de la que estaba enamorado su hijo.

Con eso le obligué a prestarme atención. Su cuerpo sufrió una sacudida al oír nombrar a Felice.

–¿Qué pasa, viejo sabio sanador de niños enfermos? –dije con crueldad–. ¿En qué está pensando ahora? ¿Está reviviendo el momento en que apretó el gatillo? ¿En que mató a la única hija de otra mujer? ¿El momento en que usted también se convirtió en un monstruo?

No esperaba una respuesta, pero me la dio.

–Sí –dijo sencillamente. Y luego lo repitió–: Sí. En eso me han convertido. Me han hecho... un engendro negro, un perdido que a nadie le importa, que mata sin pensar –me miró con los ojos vidriosos y se le ahogó una carcajada en la garganta–. A un callejón sin salida; ahí me han llevado los sermones de mi orgullosos padre y la confianza que veía en los ojos de mi niño. Ahí me he dejado toda la entereza de mi estirpe.

Sí, pobrecito, pensé.

–Usted creyó que Felice era cómplice de Ida y Miller. Y la presionó con la esperanza de que traicionase a Miller; la amenazó con su revólver y, como ella no paraba de repetir que no sabía nada de la jugada que le habían hecho a su mujer, la mató.

Benson asintió gravemente.

–También sé cómo la localizó. La noche que fui a verlo a casa, el teléfono sonó cuando estábamos en el pasillo. En aquel momento no le concedí importancia, pero la cuestión es que usted encendió la lámpara de mesa antes de contestar. ¿Por qué? Porque necesitaba más luz para ver el número en la pantalla del identificador de llamadas. Al ver que era alguien del hospital, respondí. Pero cuando volvieron a llamar un momento después, miró la pantalla y decidió que esa llamada podía dejarla para más tarde.

...Me figuro que Miller llamó a su casa en algún momento mientras realizaban su plan. O quizá sorprendió usted a Lenore hablando con él por teléfono al volver a casa algún día. Sea como fuere, anotó el teléfono desde el que llamaba. Luego se dio cuenta de que era el mismo que estaba usando Felice Sanders cuando llamó para disculparse por la escena que montó en el funeral. Se enteró mediante el identificador de que el número era de unos tal MacLachlin. Una simple consulta de las Páginas Blancas le bastó para conseguir la dirección.

...Pero luego, después de destrozarle la cabeza en aquel piso, llegó el terrible momento de pensárselo mejor. Cuando ya era demasiado tarde. Antes de matarme a mí tendrá que pensárselo dos veces, doctor, porque yo tampoco puedo decirle dónde está Miller.

Volvió a inclinar la cabeza en señal de pesados asentimiento.

–¡Piénselo ahora mismo! –supliqué–. ¿Por qué no lo piensa *ahora*? ¿No ve que es imposible que yo forme parte de esta demencia? Es absurdo. Por lo que más quiera, si he estado trabajando para la policía.

...Eso le trae al fresco, ¿verdad? Lo único que le importa es que *su* familia ha quedado destrozada... que le han robado *su* dinero... que *le* están matando los remordimientos por lo de Kevin. No para de pensar: si no hubiera hecho esto, si le hubiera dejado hacer aquello, todavía seguiría vivo. Y yo tendría a mi hijo y a mi mujer.

Quizá –sólo quizá– mis palabras empezaban a hacerle mella. No había modo de saberlo.

–Me da usted asco, Benson. Se engaña pensando que hace esto por amor a Lenore. ¿Qué cree que va a ser de ella cuando lo pongan a buen recaudo por estos crímenes? Se pudrirá en la cárcel... y hasta es posible que le condenen a muerte.

Entonces empecé a darle a la inventiva.

–¿No comprende que la policía está al tanto de todo? Ahora mismo ya andan buscándole. La persona con la que estaba hablando era el detective Sweet.

Benson habló despacio, con una voz tan pegajosa como un helado derretido:

–Me da igual con quién estuviera hablando.

–¿Cómo que le da igual? No le da igual en absoluto. Empieza a creer en mi inocencia. Lo sé. Ya sólo pretende evitar que le cuente lo que sé a la policía. Pero es demasiado tarde. Lo saben todo. Saben que usted mató a Ida y a Felice. Saben que está persiguiendo a Miller. Le atraparán aunque me mate.

Habíamos llegado a un punto sin retorno. Lo siguiente era internarnos en la zona salpicada de rocas que había junto a la vía de incorporación a la autopista. En verano era uno de los lugares donde los sin techo montaban sus refugios improvisados. Pero en aquella época del año allí sólo había algunas palomas

muertas y desechos varios de los vicios humanos: condones usados, agujas hipodérmicas y frascos de amilnitrato.

Ya no tenía nada que perder: miré desafiante al viejo. Su cara estaba deformada por la angustia.

—¿Qué pasa, doctor? ¿Lágrimas? ¿Por qué cojones llora? —grité sarcásticamente—. Creía que iba a disfrutar matándome. ¿Por quién llora? ¿Por Felice? ¿O está llorando por Kevin? ¿O por nuestra raza?

Benson hizo un esfuerzo por contener las lágrimas. Resollaba y resoplaba, en un intento de aquietar su respiración. Se enjugó las lágrimas con la mano que tenía libre. Pero, cuando logró dominarse, no fue para bajar el arma y rendirse.

¡Mierda! Me estaba apuntando al corazón.

No podía ser. No, no y no. Era una equivocación. Se suponía que iba a vivir hasta los noventa y tener un entierro por todo lo alto al estilo negro, con mucha escandalera de lamentos y sollozos, como el de esa peli sentimentaloides que vimos mi madre y yo en la programación de madrugada, *Como la vida misma*.

O eso, o me despeñaba con mi fabuloso descapotable en una curva muy cerrada de la sinuosa carretera que hay sobre Saint Tropez, después de tomarme una copa de más en *le festival du jazz*.

No, no, estaba preparándose para apretar el gatillo del puto revólver.

Salté como si me hubieran tocado un resorte y eché a correr en zig-zag, agachada.

Su primer disparo me alcanzó en el muslo. Tuve la sensación de que me había golpeado un tren en llamas.

¿No había oído una vez cómo un poeta horripilante hacía una comparación ridícula entre un tren y *Col-trane*? Me hubiera reído, pero los gemidos me lo impidieron.

Se acercó a mí a trompicones, sollozando.

Traté de sacar mi Beretta, a sabiendas de que no lo conseguiría. Con las extremidades tan flácidas como las de una muñeca de Ida, no tenía la menor posibilidad de ser más rápida que él. Pero si le iba a decir adiós a este mundo, la despedida sería sonada.

¿Quién habría pensado que iba a ser la idiota que asesinaría a una de las lumbreras de la comunidad afroamericana? Bueno, yo iba a caer con él, y eso si lograba llegar a dispararle.

Tres detonaciones rápidas despejaron la incógnita.

No habían salido de mi revólver, que seguía guardado en el bolso.

Benson yacía muerto, con un gesto de suma perplejidad.

Cuando dejé de gritar, oí unos pasos que se alejaban. Corriendo.

La figura vestida con un chubasquero oscuro se dirigía hacia el norte por la

cuneta de la vía de incorporación a la autopista. Le vi atravesar a la carrera la pasarela peatonal que hay sobre la autopista a la altura de la calle Setenta y cuatro y desaparecer por la pista para corredores del otro lado.

Lo conocía. O al menos, creía conocerlo de algo.

¿Quién sería aquel tío?

Blood Count

[Recuento sangriento]

Hoy día, en el hospital te visten con un camisón de colores. Supongo que lo hacen con buena intención. Pero a mí me fastidiaron. Siempre me ha gustado el efecto del blanco sobre la piel negra.

No obstante, les perdoné. Errores por cuestiones de moda aparte, me dieron una medicación alucinante. En la vida me había pillado un colocón semejante.

El cuelgue me duró unos días y luego dio paso a la depresión.

Entretanto, por mi habitación semi-privada circularon casi todas las personas que cuentan algo para mí. Mi madre fue la que más lloró. Tan flemático como era de prever, mi padre fue el que me trajo más libros y revistas. Aubrey me trajo la mejor comida, así como un par de zapatillas de precio disparatado y un set de maquillaje de cosméticos Mac. Las flores de Dan Hinton se llevaron la palma. Se pasó a verme con un cargamento de calas piel de leopardo en las que debió de dilapidar un par de semanas de sueldo. Mi mentor musical, Jeff, me agasajó con las legendarias galletas de mantequilla de cacahuete que hacía su mujer y un codiciado álbum de Dexter Gordon que había estado buscando especialmente para mí.

Algún que otro conocido también se dejó caer por allí. Les saludaba a todos con la misma sonrisa flipada y me hinchaba de calorías inservibles mientras ellos susurraban palabras amables a las que en realidad no prestaba ninguna atención.

Hasta el detective Loveless vino a verme. La suya no fue una visita de cortesía, por supuesto. Me mareó con un interrogatorio exhaustivo de dos horas, sin reconocer ni por un instante que yo había acertado desde el principio con respecto al asesinato de Ida.

Mis allegados tenían que restringirse al horario de visitas. Pero lo de Lemman Sweet, mi acompañante más permanente, era otra historia. Al ser agente de la policía, tenía libertad para ir y venir a su antojo, dentro de lo razonable, claro está. Y eso le venía muy bien, porque no tenía la menor gana de coincidir con el resto de mis amigos y parientes.

Había que verlo para creerlo: estaba pasando voluntariamente casi todo mi tiempo libre con Lemman Sweet. Y, lo que es aún más asombroso, era casi la única persona cuya conversación me interesaba. Claro que el hermano Sweet y yo teníamos mucho que comentar.

—¿Te han herido de bala alguna vez, Sweet? —le pregunté una tarde, cuando

aún no me habían hecho efecto los medicamentos.

Desvió la mirada y se encogió de hombros, sin querer responder. La historia escondida detrás de ese gesto debía de ser de órdago. Me sentí intrigada, pero no insistí.

–Encontrasteis a Felice, ¿verdad? –dije–. Es lo que estabas a punto de decirme cuando apareció Benson.

–La encontramos –dijo a la vez que asentía con un gesto.

–¿Cómo fue? ¿Dónde la...?

–¿Estás segura de que quieres enterarte?

Un escalofrío me trepó por la espalda. Debía de ser peor –todavía peor– de lo que me temía.

–Digamos que encontramos alguna que otra parte de ella –dijo.

–¿La descuartizó? ¿En serio?

–Sí.

Esta vez fueron dos escalofríos.

–Dios. No me lo puedo creer. Aunque todo cuadra –dije–. La sacaría de la casa de la calle Greenwich en una sola pieza. Pero luego tuvo que llevársela adonde fuera para hacerla desaparecer... cubrir sus huellas. Lo de Ida fue distinto. Eso *quería* que se hiciera público. Para que Miller se enterase de que la había matado y lo interpretara como una señal de que también iba a cargárselo a él. Pero el asesinato de Felice fue un error. Se dio cuenta con retraso de que no había participado en la estafa a su mujer. Para entonces, ya había pasado todos los límites y le daba igual ocho que ochenta.

–¿Has pensado en cómo llegó a relacionar a Felice con Miller?

Le conté el asunto del identificador de llamadas, remontándome al día en que entrevisté a Jacob Benson.

–Benson no me felicitó por mi deducción, pero tampoco lo negó. Estoy prácticamente segura de que fue así como encontró a Felice... repasando los teléfonos archivados en el aparato.

–Puede ser, puede ser –dijo pensativamente. Aunque no podía jurarlo, le parecía recordar que, durante el registro policial de la casa de los Benson, vio que el teléfono estaba equipado con ese sistema. Sería muy sencillo verificarlo.

Me incorporé en la cama y revolví el surtido de dulces hasta dar con un bombón de chocolate amargo.

–El bueno del doctor dijo que Lenore Benson tenía a sus espaldas toda una historia psiquiátrica. Por lo visto, había sufrido otra crisis importante hace unos quince o veinte años.

–Sí –dijo Leman–, así es. He repasado los archivos del hospital y de la residencia donde estuvo ingresada. Después del asesinato de Black Hat, se mantenía a flote a base de sedantes y otras cosas prescritas por el psiquiatra. Una

medicación de caballo que habría bastado para dejar como la seda a todos los yonquis de la ciudad. Además, probablemente descubriremos algún componente alucinógeno en las infusiones y demás guarradas que le daban en la furgoneta.

Seguramente tenía razón. A cualquier mujer la trastornaría perder a un hijo, pero la señora Benson tenía que estar profundamente desequilibrada para caer en el lazo que le tendieron Miller y Ida. Después de eludir una crisis durante muchos años, la muerte de Black Hat, sumada a la traición de Ida, fue un golpe mortal.

–En las cintas que Miller le compró al promotor musical –dije– se oía a Kevin Benson durante horas y horas, hablando y cantando. Miller hizo un montaje, las amañó, y las usaron para convencer a Lenore Benson de que su hijo se estaba comunicando con ella desde el otro mundo. Quizá Ida y Miller estaban metidos en ese rollo de las canalizaciones que está de moda.

...Yo fui tan idiota que me dejé seducir por los cuentos de hadas de Ida. Pero Lenore Benson se los tomó totalmente en serio. Puede que incluso les creyera capaces de devolverle a Kevin si les pagaba suficiente. Es patético. Me figuro que la tarifa subía con cada sesión.

–Tú lo has dicho. El dinero se esfumaba de la cuenta de los Benson –me contó Leman–. Se supone que el doctor trató de que su señora le explicara en qué estaba gastando la pasta, pero ella no soltaba prenda. Entonces se puso a hacer indagaciones y descubrió lo que se traían entre manos Miller y Ida.

Al recordar la rabia desahogada de Benson, su ciega obsesión con la venganza, volví a sentirme aterrorizada.

–Ese tío era como una cobra, Leman. Estaba cargado de un odio venenoso. Pero ¿sabes qué es lo más raro de todo? Aunque haya estado a punto de matarme, lo raro es que le entiendo. O creo entenderle. Benson era un negro americano de pies a cabeza. Trabajó como un burro y se convirtió en cirujano jefe contra viento y marea. Se casó con la mujer que le convenía y tuvo un hijo como Dios manda. ¿Por qué no le iban a ir bien las cosas? ¿Por qué no le iba a sonreír la vida? Se lo había ganado a pulso. Después de invertir tanto tiempo y de cumplir con los requisitos establecidos y alguno más, todo se fue a la mierda. Me dijo que su vida era un callejón sin salida.

A Leman se le tensó la mandíbula.

–Más le habría valido invertir su tiempo en la persecución de los que habían matado a su hijo –dijo–. Que le den a él y a su rabia. Cuando descubrió que Miller y Ida estaban robándole, debería haber acudido a la policía. Tendría que haberse ocupado de su señora en lugar de ir causando estragos como un guerrero ninya. ¿Y qué me dices de la madre de Felice? Apuesto a que ella

también está rabiosa, a fin de cuentas han matado y mutilado a su hija por algo que ni siquiera había hecho.

Eso también lo entendía. Ahí estaba el problema. Había llegado a comprender todos los puntos de vista. ¿Y si Benson me hubiera matado a mí? ¿Habría sido justificación suficiente para que mi padre le mandara a criar malvas? Desde luego, me habría sentado fatal que no lo hiciera.

–Bueno –dije–, con rabia o sin ella, justificada o no, es evidente que Lenore Benson no era la única desequilibrada de esa familia. Benson se pasó tanto de rosca que también se le fue la olla. Cuando me puse a largarle el rollo, tratando de ganar tiempo, le dije que se iba a pudrir en la cárcel. Pero no le habrían encerrado en el trullo. Después de lo que le hizo a esa cría seguro que le habrían puesto la camisa de fuerza. A ningún juez se le ocurriría mandarle a la cárcel.

–No estés tan segura –comentó Lemán con acritud.

Pensándolo bien, no lo estaba.

–Cambiando de tema, tú tuviste buena suerte y mala suerte a la vez –dijo Lemán mientras se tomaba la gelatina de la bandeja en la que me habían servido la comida–. Benson fue a visitar a su mujer a la clínica, vio el puto muñeco y preguntó quién se lo había llevado. Le informaron de que acababas de marcharte. Supongo que se puso a recorrer la avenida York como un loco, con el muñeco en una mano y la pipa escondida en la manga, asomándose a los portales. Quién te mandaría a ti no coger un taxi para irte a casa y llamarme de allí.

–Pues sí. A ti sí te acompañó la suerte esa noche, Sweet.

–¿Por qué lo dices?

–Como Benson creía que yo era de la pasma, si no me hubiera encontrado en ese tugurio, tal vez se habría presentado a buscarme en tu despacho. Y podría haber montado un buen tiroteo en la calle Doce antes de que le dieran el pasaporte.

–Quizá. Pero ¿qué me dices de tu ángel de la guarda? Increíble, un capullo que aparece de pronto y se carga a Benson antes de que él *te* dé el pasaporte. No tenemos ni la menor idea de quién ha sido.

–No. Ni idea. A lo mejor me lo mandó Mama Lou.

–¿No hay ninguna posibilidad de que fuera el vendedor de libros ese, verdad?

–¿Howard? Ni hablar.

–No, yo tampoco lo creo. Todavía lo tenemos detenido, pero lo soltaremos pronto. No hay cargos contra él.

–Más bien puede ser Howie quien presente cargos contra mí. El ligue le salió rana. Si hasta le amenacé con castrarlo.

–No va a presentar nada –dijo Lemán–. Cuando le haya dado un buen

repaso, se irá a vender sus libros robados a Idaho.

–Idaho –repetí pensativa–. Me pregunto si el canalla ese del promotor de medio pelo que timó a Felice se habrá largado allí.

Sweet no hizo comentarios.

–¿Sabes otra cosa? –continué–. Me gustaría que Benson hubiera tenido unos minutos más de vida para contarme si le echó el guante a Miller. ¿Se habrá ido de rositas, como Lyle, o empezarás a encontrar sus pedazos algún día?

–Lyle Corwin no está en Idaho –me comunicó.

Esperé a que continuara, pero sólo conseguí esperar un segundo.

–¡Cuéntamelo!

–Lo encontraron muerto esta mañana. Bajo unos pilotes junto al muelle de la calle Morton, en el Village. Llevaba un par de días en el agua.

–¡Cáscaras! ¿Quién se lo cargó? ¿Miller?

–Difícilmente. También a él lo han encontrado. A los dos les habían pegado un tiro en la nuca.

Me quedé literalmente boquiabierta.

–¡No digas nada más!

Las neuronas se me pusieron a mil por hora.

¿Cuándo vieron juntos a Lyle y a Miller por última vez? Después de que atizaran a Justin. Él los vio poniendo pies en polvorosa.

¿Dónde encontraron los cadáveres? En el muelle. En el muelle del centro donde estaba aparcada la furgoneta burdeos. Uno de ellos, o los dos, iban a usarla para huir de la ciudad.

Debieron de dirigirse hacia allí al salir de la oficina. Y Benson iba pisándoles los talones. Les dio alcance antes de que entraran en el vehículo. Bang, bang, splash, splash. O sea que estaban ya con los peces cuando Howard y yo andábamos rondando por ahí como Slim y Slam.

Así que el doctor Benson los eliminó a todos. Justo lo que me había dicho.

Y, de paso, se llevó por delante a una inocente, Felice Sanders, y faltó el canto de un duro para que también quitara de en medio a una saxofonista de piernas largas.

Benson también me había dicho otra cosa que en su momento no llegué a captar.

Cuando le acusé de haber perseguido y matado a Ida, dijo: *Me privaron de ese placer.*

Con eso estaba diciendo que no fue él quien la mató.

Le creía. Ahora le creía.

–Imagino que el laboratorio de la policía ha verificado que fue el arma de Jacob Benson la que mató a Miller y a Lyle Corwin. Y a Felice –dije.

–Sí, lo han comprobado todo.

–Pero no en el caso de Ida, ¿verdad? No habéis localizado el arma que usaron contra ella, ¿no?

Hizo un gesto negativo, sin hablar.

–Leman, ¿ya habéis desmantelado el ático de la calle Greenwich? ¿Y la furgoneta también?

Se rió entre dientes.

–No desmantelamos, hacemos un inventario. ¿Por qué?

–Quien quiere comprar un arma lo tiene facilísimo, ¿a que sí?

–Por lo visto, a ti no te resultó muy difícil. Y confío en que no vayas a tener la jeta de pedirme que te la devuelva –me reprendió–. Pues sí, comprar una pipa no es nada del otro jueves. ¿Y qué?

–Miller era un genio para escamotear cosas. Yo creo que dejó escondido un revólver en algún lado. En casa de los MacLachlin o en la furgoneta. A lo mejor hay alguna caja de doble fondo... o puede estar metida en un paquete de copos de trigo, o algo así.

–Es posible. ¿Qué más daría?

–Cuando la encuentres, te aconsejo que también la lleves al laboratorio.

–¿Para qué?

–Para ver si es la que usaron contra Ida. Creo que fue Miller quien la mató.

Me quedé dándole vueltas a la cabeza mientras él telefoneaba a la comisaría de la calle Doce.

–¿Por qué? –preguntó después de haber colgado–. ¿Qué te hace pensar que Benson mató a todos excepto a Ida?

No me había pasado inadvertido que llamó directamente y luego me pidió que le explicara mi razonamiento. Se lo agradecí.

–Porque Ida era una choriza pero tenía corazón –dije.

–¿Y eso qué significa?

–Significa que no me la imagino planeando fríamente desplumar a Lenore Benson y luego dejarla hundida en la locura. Yo creo que cobró afecto a la señora Benson, una cliente rica que la trataba con simpatía y le compraba sus cosas. Y que estaba angustiada por las dificultades que le daban su hijo y su matrimonio. Luego asesinan al chico. Ida y Miller se abaten sobre ella como buitres. Y la dejan hecha un pingajo. Creo que Ida se dio cuenta de que habían llevado las cosas demasiado lejos y empezó a sentir remordimientos. No era tan desalmada. Estoy segura.

Sonrió con socarronería.

–Fue Miller quien la obligó a hacerlo. Y ella pensaba delatar a Miller... confesar. ¿Es lo que estás diciendo?

–Me parece plausible que por lo menos se lo estuviera pensando. Y que Miller se sintiera amenazado. Supongamos que decide eliminarla. El chollo se

les había terminado, Lenore Benson estaba ingresada. Así que mata a Ida y se deshace del arma o la esconde en algún sitio.

Sweet reflexionó sobre lo que le había dicho.

–Puede que tengas razón y, a la vez, te equivoques. A lo mejor fue Miller quien le limpió el forro... pero no necesariamente porque fuera el malo de la película y ella la buena. Quién sabe si Ida no era un bicho. A lo mejor estaba chantajeando a Miller. O no se contentaba con la participación que él le daba y le presionó demasiado. Es otra explicación.

–Es posible –dije. Pero no lo creía.

–El tiempo lo dirá –apostilló Leman–. Y balística.

Quedó un momento en silencio y luego preguntó:

–¿Qué tal te van las cosas con el otro menda?

–¿Qué menda?

–Esa monada de profesor que la mete donde no debe. Ayer le vi salir de aquí. Supongo que tu padre lo habrá puesto en la lista negra.

–Y no le ha mandado un pelotón de fusilamiento porque no ha podido.

Sentí una punzada de pena por Dan Hinton, que me había cogido la mano con ternura durante su visita. Mi madre, nada más verle, ya estaba pensando en que fuera el padre de mis hijos, qué más daba que se hubiera hundido con todo el equipo en el instituto. «*Hacen falta* profesores. Ya conseguiré otro trabajo», me aseguró.

–No hay nada entre vosotros, ¿verdad? –me preguntó Sweet.

Entonces fui yo la que se encogió de hombros y guardó silencio.

–La otra noche me tomé una copa con Aubrey –me comunicó.

–¡Eso sí que es un notición!

Agachó la cabeza.

–Aubrey es una preciosidad de chica, maldita sea.

–En efecto, lo es.

–Pero no somos más que amigos. Decidí que era mejor dejar así las cosas.

–Ah, vaya, no me digas.

Fue lo único que se me ocurrió para ahogar una carcajada. Me moría por oír la versión de Aubrey.

Ése era el tono de las visitas que me hizo Sweet mientras estuve ingresada. Nos dedicábamos a desentrañar los dos casos. A especular. Era una lástima que, después de todo lo que había pasado, él siguiera atascado con los asesinatos de los raperos, en el mismo punto que el día en que le interrumpí el almuerzo.

Había otra persona que me animaba –y me hacía reír durante mi convalecencia: Justin.

Hablábamos por teléfono todos los días, él desde su hospital y yo desde el

mío. Era el colmo del absurdo. Le mantenía al corriente de mis conversaciones con Sweet. Y la pobre Aubrey se pasaba el día de aquí para allá, trayéndonos el correo, hamburguesas y, en el caso de Justin, revistas porno para gays. Lo normal habría sido que esta última obligación recayera en Kenny, pero le ofrecieron un trabajo de tres semanas en Toronto y Justin se empeñó en que lo aceptara.

Cuando me dieron el alta, antes de que llegaran mi madre y Aubrey para llevarme a casa, llamé por última vez a J.

–Estupendo, Siniestro Total. Nos veremos enseguida. Ya estoy planeando organizar un fiestón en Caesar’s. Tú me rescataste, niña. Eso hay que celebrarlo hasta el amanecer. Creo que voy a invitar a un enfermero guapísimo que hace el turno de noche.

–Me parece de miedo, J –dije–. Y ya que nos hemos puesto a hablar de la lista de invitados, quiero hacerte una pregunta.

–¿Cuál?

Era el momento de mover ficha:

–¿Voy a bailar con una persona que cree que me llamo Thelma?

Se hizo el silencio en la línea.

–Le has pedido el último favor cuando ya estabas en el hospital, ¿verdad Justin?

–Te advertí que no te metieras donde no te llamaban, pero sabía que no me harías caso. No podía dejar que te mataran sin más, Siniestro. Sólo me ocupé de proporcionarte una protección extra, por si acaso Mama Lou no cumplía con su cometido.

Por algo me era conocida aquella figura que atravesó corriendo la pasarela peatonal. Ya sabía quién me había salvado la vida la noche de marras.

–Lefty –dije–. Lo dejaste todo en manos de Lefty. Y ahora eres tú el que *le* debe una gorda.

–Tienes que concederle un baile, Nanny.

–Sin problemas.

–Que llegues a salvo a casa, amiga.

Sana y salva.

Me movía renqueando y haciendo muecas de dolor, pero me alegraba tanto de estar otra vez en casa que me daba igual.

Eché a mi madre y a Aubrey en cuanto fue posible. Necesitaba estar sola.

Al anochecer, sin haber recibido el potente tratamiento, se me vino encima la horripilante experiencia. La confianza depositada donde no debía. La desolación. La violencia. Y el sentimiento de culpa... por tantas y tantas cosas.

Yo me creía una chica mayor, una mujer hecha y derecha. Venía

convenciéndome de eso más o menos desde los trece años. Y ahora había quedado demostrado, sin ningún género de dudas, que no era verdad. Había sentido la necesidad apremiante de que Ida Williams me tratara como una madre. La necesidad de que se enorgulleciera de mí. Quise demostrarle lo que valía. Y, al final, Ida acabó muerta. Algo que no se merecía por mucho daño que hubiera hecho en este mundo.

Le había hecho la vida imposible a Aubrey, y al mundo en general, tratando de superar la ruptura con André. Me puse en plan autodestructivo sin querer afrontar la realidad, el hecho de que André no quería seguir conmigo. Una mujer hecha y derecha sabría cómo aceptarlo y seguiría adelante con su vida. Pero ¿la llorona de Nan? No, ella busca la solución en una muñeca mágica.

Soy grotesca.

Todavía alimento un resentimiento sordo por los supuestos errores cometidos por mi padre, que en realidad se entera de bien poco. Evidentemente, nunca iba a ser capaz de decirme lo mucho que me quería si yo no daba el primer paso. Pero era demasiado terca para darlo.

¿Cuándo iba a madurar de una puta vez?

Bueno, había querido estar sola. Y hay que ver cómo se cumplieron mis deseos.

Además me sentía vieja. Y eso no me gustaba ni un pelo.

No es que fuera vieja. Ni siquiera había cumplido los treinta. Pero ¿no me parecía un poco a Jacob Benson? Desdeñaba a los jóvenes como Black Hat, me reía de ellos. Mi dedicación a la música que amaba era en cierto sentido mi manera de rendir respeto a mis mayores. Pero ¿estaba obligada a detestar a los ídolos de Black Hat y a su público de jovencitos? A los fanáticos del karaoke no los despreciaba. Diantre, qué ganas tenía de que los blancos se apropiaran por completo del rap y a los negros no les quedara más remedio que inventarse otro tipo de música.

¿Por qué la gente mayor se toma las cosas tan a pecho? ¿Por qué se atrincheran en el pasado y se sienten amenazados cuando los jóvenes quieren hacer las cosas a su manera?

«¿Por qué no quieres ir a visitar al bisabuelo?», me preguntó una vez mi madre. Creo que en aquel entonces tenía seis años. «Porque no me escucha, «dije malhumorada», y huele mal».

Una vez más, me vino a la cabeza Lenore Benson. Ella sí que estaba sola de verdad. Aunque, con un poco de suerte, ni se daría cuenta.

Destapé uno de los platos que me había dejado preparados mi madre, pero terminé por vaciarlo en la basura. Cenar era algo que no entraba en mis planes.

Me quedé plantada en la cocina, aturdida por la soledad.

Me daba la impresión de que, si no encontraba algo adonde agarrarme, me

iba a despeñar por el borde de la tierra.

Así pues, cogí las dos muñecas y me agarré a ellas.

Something to Live For [Algo por lo que vivir]

El teléfono estaba desconectado. Como todas las noches.

Las cosas iban a terminar tal como habían empezado. Nada nuevo bajo el sol. Salvo en lo relativo al alcohol.

Bueno, un poco sí bebía. Pero no con el mismo desenfreno. Ni con aquella actitud de chica dura a la que le resbala todo. Pasaba lo mejor que podía los días y las noches, matando el tiempo. Las chicas (Mama Lou y Dilsey) y yo nos acomodábamos todas las noches con una copa, un libro y el cedé que nos tenía obsesionadas en ese momento: Jimmy Scott. Ya era viejo, y se le notaba en esa voz suya, excepcional y como de otro mundo. Le había dado por poner su talento al servicio de una sorprendente selección de canciones de lo más extravagante. Como «Sorry», de Elton John. Cuando le oí interpretarla, tuve que dejar el libro y tumbarme en el sofá.

Había algo más que se salía de lo corriente: era la noche del veinticuatro de diciembre. El resto de mundo estaba esclavizado por las compras, el ponche de leche y huevo, y las campanillas de los trineos. Yo había advertido a todos los capullos que conocía que no mencionaran ni una sola vez esa palabra que empieza por «N» si no querían que les matara.

En esa época del año, encender la televisión es particularmente arriesgado. Ese cable también lo desenchufé. Sabía que me entrarían convulsiones y ametrillaría la pantalla si caía por casualidad en un canal donde pusieran *Qué bello es vivir*.

Mi madre se quedó desolada cuando le dije que Aubrey y yo no íbamos a ir a cenar con ella ni a hacer el habitual intercambio de regalos.

Mi padre se sintió herido y ofendido cuando rechacé su invitación a una comida navideña en Aquavit, el precioso restaurante escandinavo de enfrente del Museo de Arte Moderno, con un joven chef negro muy afamado.

Jefferson, mi profesor de música, se molestó porque no asistiera a su célebre fiesta del domingo por la tarde, aun cuando me había dicho que Roamer y Hank, que se iban a marchar de la ciudad dentro de pocos días, tenían muchas ganas de coincidir allí conmigo. Rechacé su generoso ofrecimiento de acompañarles a California. Y me figuro que ellos también estaban cabreados conmigo.

En cuanto a mi relación con Ernestina, hasta nos habíamos retirado la

palabra. El mundo entero estaba furioso con la pequeña y amargada Nan. Incluso la pequeña y amargada Nan.

Pensaba cosas tan abominables sobre el género humano que me dormía con una sonrisa desdeñosa en los labios.

Esa noche, sobre las once, me despertó una batahola procedente del pasillo de fuera. Primero oí la voz de la mujer que vivía al fondo del pasillo con toda una tropa de niños. Luego reconocí la voz del portero.

Un minuto después, llamaron a mi puerta.

¿Quién podía venir a verme a esas horas? Precisamente esa noche. No sería Santa Claus. Él no visitaba a los misántropos como yo. Y mucho menos después de la larga lista de desatinos que había cometido.

—¡Fuera de ahí! —grité de pronto—. Estoy armada. Va en serio... dispararé.

Me quedé sentada en la oscuridad, rechinando los dientes, mientras arremetían los golpes en la puerta. Tenían que ser Aubrey y Justin, que venían a levantarme el ánimo. Les había advertido que no quería que nadie me molestase, maldita sea. No quería que me levantaran el puto ánimo.

La voz del portero fue subiendo de volumen, estaba discutiendo con otro hombre. Y uno de los dos me llamaba por mi nombre.

No pude resistirlo más. Encendí la luz, me dirigí a la puerta a zancadas y la abrí de golpe.

Lo primero que vi fue la funda del violín.

—¿Nan?

Por fin, la prueba definitiva de que no era una perdonavidas ni un marimacho: se me volvieron los ojos del revés, las piernas me flaquearon y, como la chica que era, me desmayé.

Era André quien estaba a la puerta.

—¿Es que no te da el dinero para pagar la factura del teléfono?

Estiré los brazos y me aferré a él como un ciego cayéndose por las escaleras del metro.

¿Cómo es posible? ¿Qué pasa aquí? Algo me decía que tenía que esperar y tener paciencia, y eso hice. Dan Hinton me tiró los tejos, y Howard, y Lefty. Pero yo te estaba esperando. Sólo a ti. ¿Por qué has tardado tanto?

Quería decir todas esas cosas, pero no lo logré. No conseguía hablar. Cuando al fin recuperé la voz, fue un despropósito lo que salió de mi boca:

—¡Horace Tapscott vino a actuar aquí, mamón! ¡Horace Tapscott! ¿Sabes desde hacía cuánto tiempo no venía a Nueva York? ¡Y no fui a verle, André! ¡Te estaba esperando a ti! ¡Y ahora el pobre ha muerto!

Aquel arranque lo dejó comprensiblemente pasmado.

Me quedé echando humo por las orejas mientras él despedía al portero.

–Te voy a traer un vaso de agua, Nan. ¿Dónde está la cocina?

Se lo indiqué por señas. Pero cuando giró sobre los talones para alejarse, volví a colgarme de él.

–Dios mío... ¿André? ¿Eres tú de verdad?

–Sí, Nan, soy yo –me comunicó–. Cálmate, anda. Soy yo –me agarró por los hombros–. Mira cómo estás. No eres más que un saco de huesos. ¿Es que te has quedado en la miseria?

Antes de que pudiera responderle, se fijó en las muletas, apoyadas contra la nevera.

–Cielo santo, Nan, ¿qué ha pasado?

–No te preocupes de eso ahora. Abrázame más fuerte... más fuerte todavía. Sé que me puedes abrazar más fuerte. Me acuerdo muy bien.

André tenía un aspecto aún más maravilloso de como lo recordaba. Y yo estaba a todas luces hecha un desastre. Pero no pareció importarle. Hicimos el amor durante horas y horas; al principio tomando precauciones con mi pierna lesionada, hasta que encontramos un ritmo con el que no nos estorbaba.

Después fui cojeando a la cocina y saqué unos restos de jamón y un bizcocho de chocolate rancio para darle de cenar. Preparé leche con cacao, le añadí un chorro de bourbon, puse todo en una bandeja y lo llevé al dormitorio.

Me abracé a su espalda mientras comía. Querría haber cerrado los ojos y reclinar mi cabeza sobre él, pero no me atrevía. Ni a parpadear me atrevía por miedo a que se desvaneciera en una nube de humo.

Apuramos la leche con cacao y nos dispusimos a dormir. Nos adormilábamos, luego abríamos los ojos, empezábamos a acariciarnos y volvíamos a hacer el amor.

Estaba a punto de amanecer. Me sentía más feliz de lo que creía posible. Y agradablemente amodorrada. A decir verdad, creo que incluso llegué a dormirme.

–¿André?

–Dime, cariño –dijo con voz somnolienta.

–Mañana por la mañana, lo primero que me vas a contar es cómo estaba París cuando te marchaste.

–Sí, sí.

–¿André?

–¿Tienes una gabardina gris? ¿Con un cinturón ceñido?

–No. ¿Por qué?

–Recuérdame mañana, ¿eh? Lo de Miller. Era Miller.

–¿Quién?

–¿Sabes qué más he soñado, André?

–¿Qué?

Solté una risita.

–He soñado que me decías que te habías casado. Que tu mujer estaba en París.

Larga pausa, seguida de:

–Eso no ha sido un sueño, Nan. Te lo he dicho yo.

–¿Que te ha picado un bicho? Lo siento, cielo. Mañana te pondré pomada.

–¿Has oído lo que he dicho, Nan?

–Hum... Feliz Navidad, mi amor. Nos vemos por la mañana.

Le di otro beso, me arropé con la colcha, me volví de lado y me deslicé hacia el mundo de los sueños.

Dormí como un niño de pecho.

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a estos buenos amigos y compañeros: Antoinette Bower, Wesley Brown, Burt Kendle, Frank King, Gloria Peropat, Larry Qualls, Joan Ringelheim, Ira Silverberg, Lewis Warsh, Gene Wildman.

Título original: *Drumsticks*

Edición en formato digital: julio de 2012

© Charlotte Carter, 2000
© De la traducción, María Corniero, 2007
© Ediciones Siruela, S. A., 2007, 2012
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-963-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Rapsodia en Nueva York	4
'Tis Autumn [Es otoño]	7
It's Magic [Esto es magia]	16
Repetition [Repetición]	24
Black Coffee [Café solo]	27
Filthy McNasty [El asqueroso McMalo]	34
Let Me Off Uptown [Déjame en el norte de la ciudad]	41
Fine Brown Frame [Un estupendo chasis moreno]	51
It's Easy to Remember [Es fácil de recordar]	59
The More I See You [Cuanto más te veo]	69
I Remember You [Te recuerdo]	77
It Shouldn't Happen to a Dream [No debería sucederle a un sueño]	87
Deep in a Dream [En las profundidades de un sueño]	98
It's Always You [Siempre eres tú]	102
Darn That Dream [Que lo zurzan a ese sueño]	107
Close Your Eyes [Cierra los ojos]	117
We see [Veamos]	125
Ask Me Now [Pregúntamelo ahora]	128
Blue Room [El cuarto azul]	138
As Long as I Live [Mientras viva]	144
Blood Count [Recuento sangriento]	151
Something to Live For [Algo por lo que vivir]	161
Agradecimientos	165
Créditos	166